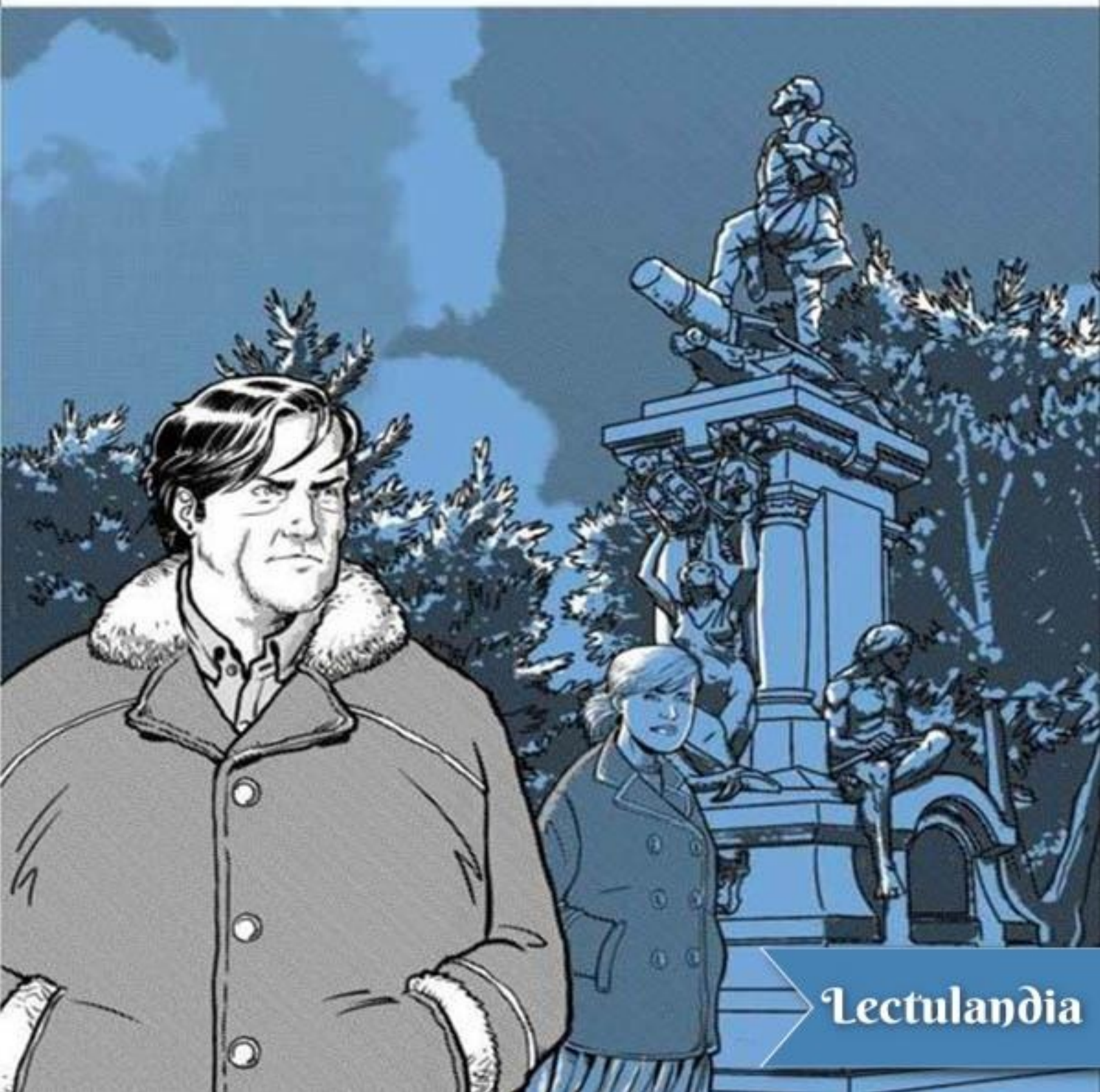


Ramón
Díaz Eterovic

*Nunca enamores
a un forastero*



Lectulandia

Heredia recibe una carta de Severino Caicheo, antiguo compañero de universidad que reside en Punta Arenas y está vinculado a actividades relacionadas con la defensa de los Derechos Humanos. A desgano, y tan solo motivado por la amistad, viaja a la ciudad más austral del mundo para investigar dos inesperados asesinatos: el de su amigo Caicheo, y el de Doris Mollet, una bella y atractiva heredera. Desde su refugio en una cálida pensión de propiedad de un matrimonio de inmigrantes croatas, Heredia inicia su investigación con la ayuda de Drago, un simpático policía local, y de «Firpo» Rondinoni, un expugilista argentino que vive recordando sus pasadas glorias deportivas. La investigación lo lleva a explorar la intimidad de dos familias de ricos comerciantes, y el submundo de un grupo de policías corruptos que, a toda costa, quieren evitar que Heredia descubra la verdad que tanto le interesa. Lejos de su barrio y de sus amigos habituales, Heredia debe recurrir a la ayuda de nuevos amigos y buscar consuelo en los brazos de Yasna Matic, una hermosa mujer empeñada en enamorar al forastero que ha llegado a golpear la puerta de su casa. Como es habitual en las novelas de Díaz Eterovic, en esta historia se encuentran acertadas y convincentes atmósferas, y tiene un estilo que destaca por su ironía y humor.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

Nunca enamores a un forastero

Detective Heredia - 5

ePub r1.0

Titivillus 20.04.16

Título original: *Nunca enamores a un forastero*

Ramón Díaz Eterovic, 1999

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hermana Lenka Díaz Eterovic
por enseñarme a leer y amar los libros
en las tardes de nuestra infancia en Punta Arenas.

Al escritor Ante Zemljarić,
por su amistad sin fronteras y su compañía
en la amada Isla de Brac de mis abuelos.

A mis amigos Jaime Pinos
y Marcelo Montecinos.

Uno

Extendí la carta de Caicheo sobre el mantel rojo que cubría la mesa. La letra redonda y clara evidenciaba preocupación porque el mensaje fuera entendido; y su petición de ayuda estaba subrayada en forma nerviosa, con líneas que se alargaban hasta los extremos de la hoja. En otra ocasión habría botado la nota sin la menor nostalgia, pero la amistad que me unía a Severino Caicheo era razón suficiente para recorrer los interminables kilómetros que me separaban de Punta Arenas, la ciudad más austral del mundo.

Leí la carta tres veces, puse algo de ropa en una maleta y encargué al quiosquero Anselmo el cuidado de mi gato Simenon. Luego, llamé a la línea aérea que señalaba Caicheo en su carta y antes de que el arrepentimiento me agarrara del cuello, tomé el camino que conducía al aeropuerto.

Pocas cosas me desagradan tanto como arrastrar maletas y posar mis asentaderas en sitios extraños. Odio salir de Santiago. Me gusta su gente dándose codazos en las calles, los gritos de los vendedores, el esmog, los rostros desconocidos y, sobre todo, la posibilidad de beber a solas, sin que nadie contabilice los tragos que consumo. Me gusta observar el ajetreo de la ciudad desde el ventanal de mi oficina, ubicada en la calle Aillavilú, cerca de la Estación Mapocho. Adivinar los pensamientos de las hormigas que corren por las veredas y esperar a los clientes, o la llamada de un amigo deseoso de perder algunas horas charlando alrededor de las copas. Mi mundo es la ciudad y todo el tiempo que ella me otorga para escuchar los tangos de Rivero, leer a Hemingway o Soriano, y estudiar los programas hípicas de cada fin de semana.

Lo demás, son el despacho desordenado, un gato blanco llamado Simenon y mis libros.

En el avión que abordé penaban las ánimas. Durante el viaje bebí un *gintonic* y estudié «La Huasca» con la esperanza de ubicar una oficina de apuestas en Punta Arenas para soñar con un vuelco de la vida en minuto y medio de carrera.

Al despertar, la voz de una aeromoza ordenaba a los pasajeros ajustarse los cinturones de seguridad. A través de la ventanilla observé el mar; azul, ceremonioso y de seguro tan helado como la nariz de los osos polares. Escuché mencionar el Estrecho de Magallanes y durante varios minutos no vi otra cosa que agua. El avión dio un brinco inesperado, pareció sumergirse en el mar y luego se escuchó el chirriar de sus ruedas sobre la pista humedecida.

La carta que permanecía sobre la mesa era precisa. Señalaba el día, la hora y el nombre de la pensión donde Caicheo y yo nos encontraríamos. La pensión se llamaba Doña Florencia, estaba instalada en el sector más alto de la ciudad, y ubicarla fue tan simple como entregar cinco billetes de a mil a un taxista parlanchín y con ánimo de guía turístico.

Llegué antes de la hora convenida. Pedí una taza de café y me senté junto a la mesa desde la cual podía observar parte de la ciudad. El paisaje entraba fácil por los ojos. El puerto, las construcciones céntricas, el mar que parecía adormecido sobre un fondo celeste y puro. Punta Arenas parecía una ciudad pequeña y hasta donde había observado, algunas de sus calles estaban empedradas. Las casas, adecuadas para resistir el frío y los vientos, estaban pintadas de vivos colores. La noche anterior había nevado y el manto vidrioso de la nieve obligaba a los transeúntes a moverse con sigilo. Frente a la pensión, cinco niños formaban un obeso mono de nieve. Le habían puesto sonrisa de carbón y parecía contento, atiborrado de frío, risueño. La escarcha, el colorido de los techos y la cercanía del mar recordaban los poemas de Rolando Cárdenas, el poeta al que había conocido en el bar «La Unión Chica», donde algunos escritores iban a ver pasar la vida y el eterno vaivén de los solitarios. Un poema a la belleza de los cipreses, a las cercas retorcidas por el viento y a los rostros reunidos junto al calor de la salamandra familiar.

Caicheo editaba el periódico de una asociación de profesores y, además, ejercía como abogado. En su carta, hablaba de sus actividades en Punta Arenas, recordaba algunas cosas de nuestra vida en común en la universidad, y casi al final, aludía a los anónimos con amenazas de muerte recibidos en los últimos meses. Estaba al tanto de mi trabajo de investigador privado y suponía que con unos días de permanencia en Punta Arenas yo podría averiguar el origen de los anónimos.

Había conocido a Severino en la Escuela de Derecho a comienzos de los años setenta, cuando el país se agitaba con los cambios sociales. Era estudioso y activo. Sabía lo que buscaba en la universidad y hasta donde mi memoria permitía, lo recordaba como un sujeto bajo, lampiño y con tendencia a la calvicie, que solía encontrar en la biblioteca o en el casino de la facultad.

Releía la carta cuando escuché el timbre del teléfono. Alcé la vista y oí al dueño de la pensión contestar la llamada en una jerga a medio camino entre el español y el croata. Casi de inmediato dejó el fono sobre el mesón del bar y me miró.

—¿Usted es el señor Heredia? —preguntó enredándose con la erre que le salió al camino.

Pensé por última vez en el poema de Rolando Cárdenas y mientras guardaba la carta en mi chaquetón, respondí afirmativamente.

—Caicheo, el abogado, dice que lo espere. Se retrasó en su trabajo, pero no tarda en llegar.

—Gracias —dije, y acercándome al mesón con la idea de beber algo que me ayudara a soportar el frío, pregunté—. ¿Tiene *whisky*?

—No. Mis clientes no suelen pedir ese licor.

—¿Tal vez un pisco doble?

—Del mejor, amigo —respondió el viejo, al tiempo que tomaba una botella del mostrador que tenía a sus espaldas—. Fuerte, sano y barato.

—Sírname una copa, señor...

—Matic. Pedro Matic a su servicio —interrumpió con amabilidad.

—Heredia —dije y observé mi rostro en el espejo que ocupaba todo el largo de la pared frente a la barra. Me veía saludable, bien afeitado y con las mejillas enrojecidas por el frío que había tomado durante el trayecto del aeropuerto a la pensión. Sobre mi cabeza llevaba el sombrero que me regalara Ifigenio Clausel, el detective mexicano al que había conocido años atrás; y debajo de mi chaquetón de paño azul, aparecía la punta de la chalina tejida por Andrea, una amiga de otros tiempos y deseos.

—¿Se alojará aquí, Heredia?

—Depende de Caicheo.

—Tenemos habitaciones limpias y también buena comida. La prepara mi esposa.

—Me parece una atractiva oferta —dije apurando el primer sorbo de pisco.

—Limpia las arterias y activa el corazón —comentó el croata observando mi copa.

—Eso dice mi médico —contesté, risueño. Luego, mirando el salón desierto, agregué—. La clientela no es mucha.

—Hoy es malo, pero fin de semana bueno —respondió economizando al máximo sus palabras—. La gente baja de las estancias con apetito, sed y dinero.

—No hay quejas.

—Cuando uno se pone viejo sabe que el pan llega de alguna parte. Con mi patrona nos conocimos de jóvenes. Ninguno tenía dinero ni estudios. Me vine solo desde Pucisca, en la Isla de Brac, Croacia. Dejé hogar y familia. Trabajé como peón de estancia y ballenero. Ahorré y la mandé a buscar. Llegó en un vapor que se demoró quince días más de lo presupuestado en arribar al puerto. Todas las mañanas iba al muelle a consultar por el «Orissa». Los paisanos hacían burlas, hasta que ella llegó una tarde. Con el tiempo juntamos dinero e instalamos la pensión. Pequeña al comienzo y luego así, como usted la ve.

Matic tenía la intención de seguir con sus recuerdos, pero la puerta de la pensión se abrió y entró un hombre joven, mal encarado y vestido con un traje algunas tallas mayor que sus medidas. Miró a su alrededor y en dos zancadas se acercó a la barra.

—Buenos días, don Pedro. Buenos días, caballero —saludó ceremonioso.

—Buenas, Castaño —respondió Matic con cierta dureza que parecía fingida.

—¿Tiene alguna changa, don Pedro? —preguntó Castaño al tiempo que miraba mi copa con interés.

—La patrona necesita que le piquen leña. Lléneme el cajón de la cocina y ella le dará almuerzo. Después conversa conmigo para arreglar las cuentas.

—Gracias, don Pedro —contestó Castaño. Enseguida hizo el intento de partir, pero volvió a mirar mi copa y agregó—. ¿No habría un adelanto, patrón?

—Uno y nada más —dijo Matic y dispuso sobre el mesón un vaso de vino blanco.

Castaño se llevó el vaso a la boca y antes de que yo pudiera contar hasta cinco, lo vació.

—Ahora sí que hay fuerzas —comentó frotándose las manos. Luego hizo una

venía ridícula y salió del lugar.

—Es un buen hombre, pero algo borracho —dijo Matic sin esperar a que le hiciera alguna pregunta sobre Castaño.

—No es fácil saber cuál es la última copa.

La campanilla de la puerta volvió a sonar. Metido dentro de una gruesa parka verde reconoció a Caicheo. Parecía el mismo de los tiempos en la universidad, aunque estaba más gordo y calvo. Lo noté cansado, como si hubiese vivido más de la cuenta desde nuestra última farra en el «Real Madrid», el bar próximo al Hospital del Salvador, al que concurríamos cuando las clases en la universidad nos aburrían. Se acercó y nos abrazamos.

—¿Cómo te trata el austríaco? —preguntó risueño, indicando a Matic que observaba nuestro reencuentro.

—Nunca trato mal a la gente, chilote bruto —contestó el croata, siguiendo el juego de palabras.

—Lo sé, don Pedro. Por eso cité a Heredia en su boliche. Por eso, y porque quiero que pruebe el estofado de cordero que guisa doña Flora. ¿Es posible, o no?

—¡No faltaba más! —exclamó Matic alzando sus brazos hacia lo alto—. Voy a disponer que lo preparen de inmediato.

Caicheo indicó una mesa próxima a la que nos acercamos.

—Te ves bien, Heredia. Algo grueso, quizá.

—Se hace lo que se puede con la vida y con los kilos.

—Nunca entendí mucho los motivos de tu trabajo, pero sé que lo haces bien.

—La fama no puede haber llegado tan lejos.

—He conversado con algunos amigos comunes y hace años leí una nota relacionada con el secuestro de cierta universitaria. Feo asunto.

—No sé cómo lo pintaron los diarios, pero estoy seguro de que me costó bastante sudor. Esa muchacha jugó a la libertad en una época en que la libertad no era juego.

—¿Por qué hablas en pasado?

—¿Lo hago?

Caicheo quedó en silencio, meditando mi respuesta. Aproveché la pausa para cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Y por tu lado, qué me cuentas? —pregunté.

—Me casé y tengo dos hijos. Uno de diez y otro de ocho años. Mi esposa es abogada y en estos días anda en Valparaíso asistiendo a un curso de perfeccionamiento. Lo demás es el trabajo. Mucho con las leyes y con la prensa.

—Algo de eso me decías en tu carta. No me resultó muy claro el asunto.

—Por correo no podía ser más explícito.

—Sí. Al contrario de lo que piensa la gente y no pocos escritores, el papel no lo aguanta todo. Quiero que me cuentes los detalles.

—Más tarde hablaremos de eso —respondió Caicheo—. Ahora quiero comer, charlar de los viejos tiempos y brindar con el mejor vino que tenga Matic.

Dos

Mientras relataba lo sucedido en su trabajo, las palabras de Caicheo parecían detenerse en cada uno de los cuadros rojos del mantel que cubría la mesa. Habíamos dejado transcurrir la cena y sobre la mesa sobrevivían los restos de la comida que había acompañado los recuerdos y el afán de rememorar solo aquello que nos permitía sonreír, mientras el vino corría raudo y satisfecho. A través de las ventanas entraba la noche y el sonido del viento que recorría la ciudad con su rudeza de costumbre. De la radio instalada en una esquina del salón emergió la voz de un locutor que anunciaba el comienzo de la «Hora mexicana», y de inmediato el lugar fue invadido por el vozarrón de José Alfredo Jiménez, cantando: «Estoy en un rincón de la cantina oyendo la canción que yo pedí. Me están sirviendo ahorita mi tequila».

Junto al mesón, el viejo Matic conversaba animadamente con dos clientes, y de tanto en tanto miraba hacia nuestra mesa, atento a una señal de Caicheo para servir más vino. El ambiente era grato, y desde el inicio de la comida, el salón se había ido llenando de bebedores que, a solas o en grupo, parecían concentrar todas sus energías en acabar con la bodega de licores del croata.

—Los problemas comenzaron con la reapertura de la investigación sobre el bombazo del que fue víctima una iglesia, hace algunos años. El asunto en ese entonces se acalló y ahora cobró actualidad con las gestiones de un nuevo juez —dijo Caicheo—. Te conté que trabajo en una agrupación de profesores católicos. Hace dos meses los muros de nuestra sede fueron rayados con insultos y amenazas. Después, secuestraron al muchacho que nos ayudaba en el despacho de la correspondencia y los encargos. Fue como un eco de los años pasados, cuando todas las actividades que se desarrollaban en la iglesia eran vigiladas. Al muchacho lo mantuvieron secuestrado un día entero y luego lo soltaron con cuatro cruces marcadas en la espalda. Las cruces se las hicieron con el filo de una hoja de afeitar. El recado era claro. Debíamos dejar tranquilo el asunto y no colaborar con la investigación judicial.

—Creo haber leído algo sobre el bombazo.

—Ocurrió el año 1981. En la época de las protestas contra la dictadura de Pinochet. El atentado pudo terminar sin consecuencias, pero algo falló y junto con parte de la iglesia voló por los aires el cuerpo de uno de los culpables. El párroco de la iglesia encontró entre los restos la cédula de identidad de un individuo que pertenecía a cierto organismo de seguridad. La noticia trascendió a los diarios y la policía dio su versión. El sujeto, de apellido Navarro, si bien pertenecía a la inteligencia militar, actuaba como miembro de un grupo independiente llamado «Once». Eso fue todo. Si encontraron más antecedentes, nunca se dieron a conocer.

—¿A qué se dedica tu agrupación?

—Asuntos del magisterio y cosas relacionadas con la defensa de los Derechos Humanos. Manteníamos un consultorio médico, otro de asistencia legal y varias ollas comunes para los profesores cesantes.

—Nada que en ese entonces ocupara titulares en la televisión ni en los diarios.

—Desde luego que no.

—¿El muchacho vio a sus secuestradores? ¿Es posible conversar con él?

—Mientras duró su cautiverio lo mantuvieron encapuchado. Luego, después de ser liberado, recibió otras amenazas y sus padres lo enviaron a vivir con unos familiares a Río Turbio, en la Argentina.

—¿Y las amenazas en tu contra?

—Los anónimos comenzaron a llegar a la casa apenas se produjo la reapertura del proceso. Al comienzo no les di importancia, pero después comencé a preocuparme.

—¿Fuiste a la policía?

—Sin datos concretos no es mucho lo que puede hacer.

—Y tal vez prefieran quedarse quietos —aseguré.

—Sí, también eso es posible.

En el relato de Caicheo había muchos hechos del pasado pero ninguna pista que hiciera abrir los ojos con entusiasmo. Algunos anónimos y las huellas de una historia en la que nadie tendría deseos de escarbar. Era el tiempo del olvido, o al menos así lo predicaban los políticos y todos los cómplices de la mala memoria. Se lo dije a Severino, y también le hice una seña indicándole que el vino se había terminado. Caicheo llamó a Matic, y el viejo se puso en campaña para superar la crisis. Mientras llegaba la nueva botella, Caicheo habló de Bergamon, un antiguo oficial del Ejército, al que habían dado de baja por enredarse en las faldas de la mujer de otro oficial con más rango. El tipo había seguido viviendo bien, sin que se le conocieran sus actividades; y desde entonces se le vinculaba a la «Liga de la Patria», una organización de carácter anticomunista y anticatólica. Un grupo del que nadie daba cuenta pública, a pesar de que las murallas de la ciudad amanecían rayadas con sus sentencias y amenazas.

—Sabíamos que ese hombre participaba en las actividades de ese grupo. Sin embargo, nadie lo pudo probar y la policía no se interesó en investigar. Eran parte del poder que nos dominaba —agregó Caicheo.

—Ahora eres tú el que habla en tiempo pasado.

—Se supone que las cosas han cambiado.

—Sí, eso he oído decir, pero no me consta.

Pensaba hacer otra pregunta cuando llegó el vino. Lo traía una mujer pelirroja, de ojos grandes y azules. Caminaba con cierta timidez. Su rostro era blanco, como de porcelana, y una línea roja surcaba levemente sus labios. El cabello le caía sobre los hombros, liso y brillante. Llevaba un vestido floreado, y pese a la amplitud del modelo, bajo la tela se apreciaba su cuerpo apetecible.

La miré a los ojos mientras dejaba la botella sobre la mesa y ella resistió la mirada brevemente. Después se alejó de nuestro lado y seguí el juego de sus caderas hasta que se perdió por la puerta contigua al mesón. Su figura se cambió bruscamente por la dura mirada de Matic.

—Es la hija de don Pedro —dijo Caicheo anticipándose a mi pregunta.

—Parece que el viejo la cuida con fiereza.

—Yasna tiene algo más de treinta y aún su padre no permite que se le acerque varón alguno. Cuestión de costumbre y de celos.

—Ese asunto tuyo de los derechos humanos debería preocuparse de la criatura.

Caicheo se rió. Tomó su copa y bebió buena parte de su contenido.

—Bergamon es nuestro tema —dije de vuelta del deseo.

—Rumores de esos años, Heredia.

—Detrás de los rumores suelen aparecer verdades del porte de un buque. ¿Qué es de él en la actualidad?

—Sigue en Punta Arenas, siempre rodeado de misterios. Nadie sabe dónde vive. Después de ser dado de baja instaló una oficina de vigilantes para bancos y tiendas comerciales y en eso sigue hasta ahora. Se dice que frecuenta el bar «Oro Negro».

—En el proceso, ¿se le vincula a lo ocurrido?

—En forma indirecta, solo como amigo de Navarro.

—Algo me dice que puede ser un buen nombre para comenzar a investigar. Mi hígado necesita a diario su dosis de trabajo y, de seguro, en el «Oro Negro» tendrán el tónico de mis afectos.

—Te advierto que Bergamon no es ningún trigo limpio.

—Descuida. Suelo revolcarme en las cunetas y destapar ollas con caldos descompuestos. Cuestión de gustos o de oportunidades, Severino.

Estaba solo en una ciudad desconocida, con tipos desconocidos a quienes enfrentar y un cansancio que empezaba a cubrir mi piel como una roncha maligna. El nombre de Bergamon era algo para comenzar, y el asunto, aunque no reportara utilidades, me interesaba. Así se lo dije a Severino luego de bostezar.

—Cuento contigo, Heredia. No tenía a quién recurrir y tu nombre surgió como la última esperanza, pese a que no podré pagar tus servicios como corresponde.

—No hace falta que me llenen el jarrito para cantar. Mañana podremos seguir hablando. Ahora quiero descansar y espero que me indiques el rumbo.

—Te quedarás en esta pensión.

—Me gusta el lugar. Hay buena calefacción, comida y vino en abundancia y, además, está esa atractiva colorina.

—Estamos en una ciudad chica. Hay que tener cuidado con lo que se hace —dijo Caicheo preocupado por mis últimas palabras.

—Procuraré no darte más problemas de los que ya tienes.

Pensaba despedirme, pero la campanilla de la puerta se anticipó a mis deseos. Entraron dos hombres al salón. El primero, joven, moreno, de movimientos ágiles y una mirada alerta que abarcó rápidamente la sala. El segundo era de más edad, barrigudo y de tez colorada. Daba pasos que no delataban ninguna ansiedad en especial. Un bigote cano, de anarquista de principios de siglo, resaltaba en su rostro. Se acercaron al mesón y Matic los recibió con evidente alegría. Igual que actores de

una obra repetida por años, los dos hombres, más Matic y un cuarto sujeto que hasta entonces charlaba con el croata, se dirigieron hacia el comedor. Matic portaba una botella de vino en una mano, y en la otra un mazo de naipes españoles.

—El gordo es Drago, el policía más antiguo de la ciudad. El joven, Vicencio, su ayudante —me informó Caicheo al intuir mi interés por los hombres.

—¿Y el cuarto tipo?

—Se llama Vera. Vende libros y alguna vez trabajó de redactor en una revista argentina. Buen sujeto, aunque algo odioso cuando se emborracha. Una noche se la pasó trayendo una escoba desde el baño de la pensión. La ponía junto a la mesa. Matic la guardaba y a los pocos minutos, Vera estaba de regreso con la escoba. En otra ocasión se las ingenió para sacar una tetera desde la cocina. La repuso a la mañana siguiente, después de tener a Matic de cabeza buscándola.

—¿Y qué se supone que hacen?

—Juegan al Truco. Un juego de cartas típico de Punta Arenas y de la Argentina —dijo Caicheo, y a continuación se puso a dar una clase sobre la forma de jugarlo. Mi ánimo no estaba para aprender reglas, y el sueño comenzaba a hilvanar su telaraña dentro de mi cabeza.

—«Cuarenta naipes han desplazado la vida» —agregó Caicheo— «Adentro hay un extraño país: las aventuras del envido y del quiero, la autoridad del as de espadas, como don Juan Manuel, omnipotente, y el siete de oro tintineando esperanza».

—¿Y eso qué carajo es?

—Jorge Luis Borges y su poema al Truco.

Una risotada invadió el comedor. Drago se agitó dentro de su corpachón y Matic lo observó con enojo. Al parecer le estaban dando una frisca y el croata tendría que esforzarse para cambiar de fortuna. En todo caso, no pretendía esperar el desenlace. Los párpados me pesaban y se lo dije a Severino, quien, sin alargarse en ceremonias, se puso de pie y, acercándose a la mesa en la que estaba Matic, le habló al oído. Luego volvió a mi lado.

—Está todo arreglado —dijo, entregándome una llave—. Es en el segundo piso.

Nos despedimos y con los gritos vivaces de los jugadores a mis espaldas fui subiendo la escalera que conducía al segundo nivel de la casona. Al llegar a la puerta individualizada con el número veinte, la abrí y quedé frente a una amplia cama cubierta con una colcha de lana. Antes de entrar a la pieza intuí que me observaban y al mirar hacia un costado del pasillo, vi que una puerta se cerraba de prisa, ocultando la cabellera roja de Yasna.

Había dejado mi maleta junto al mesón, en el primer piso, y no tenía fuerza para repetir la procesión. Me desnudé y entregué mi cuerpo cansado a la suavidad tibia de la cama.

Apagué la lamparilla que estaba sobre el velador arrimado al lado derecho de la cama y a oscuras dediqué unos minutos a repasar la conversación con Severino. Pensé que con recorrer algunos bares y hablar golpeado bastaría para intimidar a los

que lo amenazaban. Y si no era así, al menos sabrían que no estaba solo.

Del asunto de Caicheo pasé al ruido que producía el viento en la ventana y, cuando ya me acostumbraba a esa música salvaje, una lluvia fina la interrumpió como una imprevista entrada de timbales. El viento eran los violines y la lluvia sobre los tejados, los metales diáfanos.

Se estaba bien en ese cuarto. Se podía soñar, dejar volar la imaginación y, sobre todo, dormir tranquilamente. Cerré los ojos y la música me acompañó por algunos minutos más.

Tres

Una ducha caliente, una buena taza de café cargado y dos huevos fritos en los cuales hundir un pan fresco y crujiente pueden significar el inicio de la felicidad. Así lo pensé esa primera mañana en Punta Arenas, mientras observaba el sol que crecía desde la mar y se multiplicaba en los charcos escarchados de las veredas. Había dormido bien y, al despertar, mi ánimo parecía adecuado al nuevo lugar donde me encontraba, lejos del tono gris de mi departamento. Por un instante extrañé el ruido de los autos y los gritos de los niños del vecindario en camino a sus colegios, pero apenas reconocí los rincones de la habitación, me dispuse a iniciar la jornada con un extraño sentimiento de optimismo en los bolsillos.

Matic trajinaba en el comedor cuando bajé a desayunar. Los efectos de la traspasada apenas se notaban en su rostro, pero cierta huella de enojo, malhumor o simplemente de no querer nada con el mundo se dibujó en su semblante al verme ocupar una de las mesas.

—Ya lo atiende —gritó mientras terminaba de barrer el comedor.

—No hay prisa —dije y, en seguida, con la intención de ganarme su voluntad, pregunté—. ¿Cómo estuvo anoche la suerte con los naipes?

Fue como si le hubiera apretado los dedos con una puerta. Dejó de lado su trabajo y de tres zancadas estuvo frente a mi mesa.

—¿Cómo me va a ir si me tocaron puras cartas malas? No pude ganar ninguna partida en todo el juego.

—Ya tendrá otra oportunidad para desquitarse —dije y, sin querer profundizar en el asunto, miré hacia la calle pretextando observar a dos personas que pasaban frente a la pensión. Matic intentó iniciar un reclamo general sobre la vida, pero al ver mi desinterés se dirigió a la cocina a preparar el desayuno.

Llegar a una ciudad desconocida invita a recorrer sus calles, aspirar su aire y, si la suerte acompaña, a entrar en cualquier bar. En calles y bares anda la vida y uno se puede acercar a ella seguro de ver su cara más real. La gente, las comidillas, esas pequeñas esperanzas que en cada pueblo se arrastran de modo diferente. Algo de todo eso hice después del desayuno. Recorrí el barrio, admiré los techos rojos de las casas y me detuve en las esquinas a ver pasar la gente. Punta Arenas parecía una ciudad tranquila y limpia. Las tiendas tenían un aspecto de casas familiares y en sus vitrinas se podían reconocer las chucherías más diversas, todas acompañadas de pequeños carteles que indicaban sus precios y bondades. Anduve sin prisa, respirando hondo y alerta a la escarcha que convertía cada paso en una pirueta resbaladiza. Después, cuando el reloj de la iglesia que estaba ubicada frente a la Plaza de Armas marcó el mediodía, decidí que era la hora adecuada para beber el primer aperitivo y opté por conocer el bar que había mencionado Caicheo en nuestra conversación.

—En la calle Errázuriz —me respondió el hombre al que detuve para consultarle la dirección. Era un hombre bajo y algo gordo. Al reconocer mi ignorancia y

engañado por sus propios deseos, agregó—: la calle de las putas.

Lo miré con la expresión de un severo pastor evangélico y el hombre siguió su camino temiendo que de mi chaquetón sacara la Biblia, un ejemplar del Atalaya o del Grito de Guerra, boletín del Ejército de Salvación que solía comprar a una muchacha de lindas piernas que se ubicaba a la salida de mi oficina.

Caminé en la dirección indicada. Crucé por una avenida y observé sus árboles nevados y cabizbajos. Punta Arenas seguía siendo una postal navideña, y no me habría sorprendido encontrarme a la vuelta de cualquier esquina con Santa Claus y sus renos.

La barra de acrílico que colgaba sobre la puerta me indicó que la casona de aspecto familiar que tenía enfrente era el bar que buscaba. Entré lentamente al «Oro Negro», adaptándome a la luz opaca que empobrecía el aspecto de los objetos que había en su interior.

Un aire cálido y vinoso me acogió con entusiasmo. Miré a mi alrededor y reconocí una veintena de mesas rodeadas de sillas. Ocupé la mesa más alejada de la puerta y el calor que proporcionaba una salamandra me obligó a sacarme el chaquetón.

Me atendió un fulano rollizo, al que le pedí una copa de Tres Plumas, el coñac argentino que solía beber en Santiago con un amigo bonaerense aficionado al fútbol, las carreras de caballos y a recordar los barrios de su ciudad. El mozo podía ser flojo, confiado, o las dos cosas a la vez. Lo cierto es que regresó con una botella de coñac, la colocó sobre la mesa y me dijo que dispusiera de ella a mi antojo y después le diera cuenta de la cantidad de copas bebidas. Lo miré, asombrado por la inusitada oferta, y en su rostro se reflejó una sonrisa amplia, casi burlona.

—Es la costumbre de la casa —dijo—. Se ve que usted es primerizo por estos lados.

La primera copa pasó rápida y segura. Dejé la segunda sobre la mesa y mientras esperaba la reacción de mi estómago, observé el lugar. Sus mesas, la salamandra, el tragamonedas que emitía en ese momento un animoso corrido mexicano, diez o quince hombres que jugaban a los naipes o al dominó; el mesón atendido por dos hombrones que vestían delantales blancos, y un tercero, atrincherado tras una vieja máquina registradora.

Miré con nostalgia la segunda copa y cuando pensaba hacerla parte de mis sueños, escuché un barullo de gritos y sillas que rodaban por el suelo. Un puño surcó el aire con energía y fue a dar al mentón de Castaño, el borrachín al que había conocido en la pensión del viejo Matic. El hombre intentaba ponerse de pie, mientras un barrigudo con aspecto de luchador grecorromano lo empujaba, alentado por las risas de sus amigos y la pasividad de los amos del lugar.

Estimé que la lucha era desigual y sin medir las consecuencias avancé en dirección a la riña. Toqué la espalda del grandulón cuando se disponía a propinar un nuevo mamporro a Castaño. Giró su cabeza y la risa en su rostro se transformó en

mueca con el puño que impactó en su nariz y lo hizo trastabillar. En seguida ayudé a Castaño a levantarse. Tenía una ceja abierta y su aliento olía a infierno. Oí el ruido que producía una navaja al rasgar el aire y vi al hombrón con el filo reluciente en su mano derecha. Sus movimientos eran torpes, así que di un paso hacia mi derecha y logré esquivar la mano armada que buscaba con ansias mi vientre.

Dudé entre molerle la cabeza a puñetazos o reventarle las bolas de una patada. Al final, opté por una tercera alternativa más limpia y efectiva: saqué la Beretta que llevaba aferrada al cinturón y se la puse a dos cuartas de la frente.

Una pistola apuntando a los ojos es algo que siempre permite pensar en las bondades de la vida. El hombre lo hizo de prisa. La navaja cayó al suelo y mi rival se fue alejando hacia la mesa que ocupaba con sus amigos sin perder de vista el caño oscuro de la pistola.

—Sin rencor. Me pareció un tanto injusta la pelea —dije sin descuidar el arma.

El hombre no estaba de acuerdo, pero se tragó su opinión. Hice un gesto a Castaño y nos alejamos en dirección a la mesa donde nos aguardaba el coñac. Miré una vez más al matón y vi que sus amigos lo tranquilizaban. Nos sentamos junto a la mesa. Cogí una copa y se la ofrecí con tres dedos de licor en su interior.

—Gracias, caballero —dijo, luego de beber el coñac. La herida de la ceja sangraba y él parecía no darse cuenta. Saqué un pañuelo del chaquetón y se lo pasé.

—Gracias, caballero —repetió, semioculto en el pañuelo.

—Se te rayó el disco, amigo —dije, al tiempo que le servía otra dosis de licor.

—No estoy acostumbrado a que me ayuden —balbuceó.

—No me parecía un pleito equilibrado.

—Me acusó de soplar las cartas a la pareja contraria.

—Grave. Por menos he visto destripar cristianos en los bares de San Diego.

—Solo quería beber unos tragos y mirar el juego.

—Hay mejores formas de hacerlo. No importa cuánto se beba, pero hay que hacerlo con dignidad —dije. Castaño, avergonzado, bajó la mirada.

Me asqueó un poco mi filosofía de alcohólico anónimo y para no sentirme mal del todo, probé otro sorbo de mi copa.

—Cuéntame algo de ti —pedí.

Castaño tenía veintiocho años y desde los veinte bebía como si le pagasen para ello. En lo demás, era uno de los tantos a los que nadie ofrecía la oportunidad de hacer algo distinto.

—Me dejó mi mujer y desde entonces bebo —agregó al término de un extenso relato de penurias.

Había visto beber a muchos tipos por mejores motivos, pero no se lo dije. Simplemente lo escuché hasta que la oscuridad de la calle se reflejó en las ventanas del bar que, poco a poco, mientras transcurría la tarde, se había ido llenando de más clientes, bulla y copas. Cerca de las nueve de la noche, dijo que debía irse. Aunque la razón aconsejaba seguirle los pasos, decidí quedarme otro momento, con la esperanza

de llegar a conocer a ese tal Bergamon del que me había conversado Caicheo.

—¿Vas a pasar a la pensión de Matic? —pregunté a Castaño.

—Voy a cenar allí.

—Tengo una cita con Caicheo y me debe estar esperando en la pensión. Dile que estoy aquí y que lo espero.

Observé a Castaño mientras abandonaba el bar. Sus pasos eran zigzagueantes y supuse que el viento de la calle le ayudaría a recobrar el equilibrio necesario para llegar a la pensión. Miré hacia la mesa donde había estado el hombrón de la pelea. Estaba ocupada por otros clientes. Del tragamonedas salía la voz de Leo Dan y recordé a un compañero de colegio que la cantaba en las clases de música. Desentonaba como un burro pero el profesor se reía a gusto y con eso se ganaba un siete en su libreta de notas. Era otro tiempo. Tal vez el año sesenta y dos, en los días en que Misael Escuti atajaba como los dioses y Los Beatles eran una hermosa novedad.

Hice un guiño a la nostalgia y encendí otro cigarrillo. Una hora más tarde Caicheo estaba a mi lado, escuchando la versión semiebria y exagerada de mi pelea con el matón. Mis pensamientos andaban lejos de su problema y él se dio cuenta al verme tararear unas canciones de Ramón Aguilera y Buddy Richard. Sugirió beber la copa del estribo y después regresar a la pensión para comer algo antes de que Matic cerrara la cocina.

Salimos al poco rato y el aire frío hizo el milagro de reintegrar su solidez a mis pasos. La ciudad parecía una boca de lobo y las luces del alumbrado público apenas conseguían acentuar el aspecto tenebroso de las calles. Caminamos dos cuadras en silencio. Caicheo daba unos trancos largos, movía su cabeza y me observaba de reojo sin atreverse a manifestar su enojo.

—Deseaba conocer a Bergamon —dije al comienzo de una excusa que no prosperó.

—Así como trabajas no serás de mucha ayuda.

—Tengo mis métodos.

—¿Sí?

—En ocasiones los descuido.

—El problema es que siguen llegando los anónimos —agregó Caicheo, al tiempo que sacaba un papel desde su chaqueta.

—Están bien informados —dije después de leer la nota—. Hasta aparece mi nombre.

—Eso te debería hacer entender que no están jugando.

Severino tenía razón. No jugaban ni perdían su tiempo. La nota era una amenaza y las palabras de mi amigo un adelanto de lo que sobrevino minutos más tarde.

Para llegar a la pensión debíamos cruzar un pasaje oscuro en el cual no había otra cosa que terrenos baldíos, algunas bodegas y dos o tres casas. Una ruta obligada para acortar el camino que, de andar solo, hubiera preferido evitar. Pero la compañía de

Caicheo me daba confianza y solamente la irrupción de unos focos de autos a ambos lados del pasaje me hizo reconocer que andábamos por la senda equivocada.

Alerté a Caicheo y nos detuvimos. Las luces se apagaron y de los vehículos descendieron varios hombres. Podían ser ocho o más. Todos encapuchados y provistos de armas. Los vimos avanzar a nuestro encuentro y miramos a nuestro alrededor buscando un refugio inexistente. Huir era imposible y enfrentar a los matones no pasó de ser una buena intención.

Preocupado de los que se acercaban por el frente, olvidé la retaguardia. Luego los gritos de Caicheo me dieron la pauta para empezar a luchar. Lancé un golpe al primer encapuchado que tuve cerca y conseguí sacudir el aire helado de la noche. Mi mano derecha buscaba la pistola cuando sentí que algo contundente azotaba contra mi espalda. De reojo vi la inútil defensa de Caicheo que concluyó con el relámpago de un cuchillo que se introdujo en su estómago. Un quejido fue su última resistencia.

Mis ideas se hicieron confusas. Reconocí el cuchillo que buscaba mi cuerpo y solo atiné a lanzarme sobre el encapuchado que lo portaba. La hoja entró fácil en mi hombro izquierdo. Me aferré a los brazos del agresor y en una de mis manos quedó un trozo de pulsera que retuve con fuerza. Me dejé caer al suelo sin oponer resistencia y la tierra húmeda me golpeó como una cachetada. No alentaba un final feliz para mis huesos y, sin embargo, en una de las casas del pasaje se encendieron sus luces y alguien salió de ella dando gritos de alarma. Eso bastó para que los matones no siguieran con su trabajo y emprendieran la fuga. No supe más. La noche se hizo más noche y mis ojos se negaron a seguir abiertos.

Cuatro

Desperté en la residencial con el vago recuerdo de las imágenes y los sonidos que me habían acompañado en las últimas horas. Los rostros de Matic y su hija. Sus voces confundidas con las de otros extraños y, sobre todo, la sensación de estar viviendo un tiempo que no lograba retener en la memoria.

Reconocí las paredes de mi cuarto, su ventana y los muebles que existían en su interior. Una venda cubría mi brazo izquierdo y otra apretaba parte de mi pecho, impidiéndome respirar libremente. Yasna estaba sentada junto a la cama y aplicaba sobre mi frente una toalla humedecida. Parecía un ángel y, de no ser por el viento que golpeaba en la ventana, habría jurado que estaba en la antesala del Paraíso. Pero todo era rotundo y cierto. La pelirroja y el dolor que se concentraba en el brazo vendado. Pensé que siempre alguien me aporreaba más de la cuenta y que, para mi fortuna, un ángel tierno llegaba a socorrer mis huesos. Miré a Yasna y recordé a una mujer de otro tiempo. Se llamaba Andrea, bailaba en un *cabaret* de la calle Bandera, y una noche me había recibido en su departamento después de un penoso recorrido por las calles de una ciudad oscura y triste. Una mujer del pasado de la que ya no tenía referencias, salvo la foto que guardaba en mi escritorio y dos o tres cartas confundidas entre las páginas de un libro de Jim Thompson.

—No se toque la venda. Tiene una herida en el brazo. No es grave, pero igual es conveniente que se cuide, —dijo el ángel.

—Me duele todo el cuerpo.

—Recibió muchos golpes.

—Sí, demasiados golpes para mi gusto —dije, recordando vagamente la pelea en el callejón.

—¿Se acuerda de lo que sucedió?

—No mucho. Los hombres, la encerrona, los golpes. ¿Cómo llegué a la residencial?

—El callejón donde lo asaltaron queda cerca de la pensión. Unas personas reconocieron a Caicheo y nos avisaron. Casualmente, en la pensión había un médico y, con él mi padre salió a ver qué ocurría. No quisieron llevarlo al Hospital Regional y lo trajeron a su pieza.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Dos días.

—¿Y Caicheo? —pregunté sin obtener una respuesta inmediata.

Yasna evitó mirarme de frente y yo insistí con la pregunta.

—Tuvo menos suerte. Nada se pudo hacer por él. Tenía dos puñaladas en el estómago.

—¿Quién fue?

—No lo sé.

—¿Qué se sabe del asalto? —agregué, reconociendo al instante la inutilidad de

mis preguntas.

—Vuelvo en un momento —dijo ella, obviando mis palabras.

Abandonó la habitación y regresó al cabo de unos minutos portando dos periódicos. Los abrí de prisa y busqué alguna información. En uno, las notas se limitaban a lamentar la muerte de Caicheo y reproducían un parco boletín policial; y en el otro, mostraban algunas imágenes del sepelio y en un párrafo discreto se reseñaba el discurso pronunciado en el cementerio por un dirigente del Colegio de Profesores.

—Hubo líos a la salida del funeral —dijo Yazna—. La gente pide una investigación rápida.

—Ese es un trabajo que me corresponde.

—El doctor aconsejó que usted no se moviera de la cama por un par de días.

—Un par de días es mucho tiempo.

—Le hará mal moverse antes de tiempo.

—Mediré mi tiempo y mis fuerzas.

—Cumplo con indicarle las órdenes del médico.

—No lo tomes a mal. Agradezco lo que haces.

Yasna iba a responder pero la puerta de la habitación se abrió dando paso a Matic y a Drago, el policía bigotudo.

—¡Resucitó, Heredia! —exclamó Matic.

—Es resistente, amigo —comentó Drago.

—Tengo alma de gato y, tal vez por eso, cuesta que me partan el lomo.

—Más le vale tener prudencia —acotó Drago.

—Para ser un intruso mete hartos su cuchara —respondí, con la intención de iniciar una reyerta que me permitiese aliviar mi rabia.

—Le presento al comisario Domingo Drago —intervino Matic—. D.D. para los amigos.

—Un placer —dijo el aludido y sus grandes bigotes se agitaron en medio de su rostro.

—Tal vez para usted.

—Trato de ser amable, joven. Con mis años ya no puedo ser prepotente. Eso es algo que usted aprenderá a su debido tiempo.

—De acuerdo. Anoto un punto a su favor —dije y, enseguida, con un tono más suave, pregunté—. ¿Qué se sabe del asesinato de Caicheo?

—Nada —dijo Matic.

—Nada —repitió Drago—. Al llegar no había nadie. Los vecinos vieron a unos encapuchados que huían en un par de vehículos.

—Algo se podrá averiguar.

—El asalto fue rápido y muy bien organizado.

—En una ciudad pequeña no debe ser difícil enterarse de ciertas cosas.

—Siempre y cuando a uno lo dejen meter las narices. Esto me recuerda cosas que

sucedieron hace unos años.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Son fantasías de un viejo.

—Ninguna pista, entonces —dije con desaliento y sin profundizar en las dudas del policía—. Ninguna —ratificó Drago.

—¿Quizá esto sirva? —preguntó de pronto Yasna, mi ángel colorín, mostrando el objeto que tenía en una de sus manos.

—¿Qué es? —pregunté, observando una figurilla dorada.

—Parte de algún colgajo o pulsera. Usted lo traía empuñado cuando llegó a la pensión.

—¿Le dice algo? —preguntó Drago.

—Recuerdo haberme aferrado al brazo de uno de los atacantes. Fue antes de recibir la puñalada.

—Parece parte de una pulsera —intervino Matic—. Mi esposa tiene una con figurillas que cuelgan.

—Puede ser útil —dije.

—La tendré en cuenta —sentenció Drago.

—Usted quiso decir algo hace un instante —dije al policía.

—Pensaba en voz alta. Ahora me interesa saber si usted puede aportar algunos otros datos.

—Caicheo recibía unos anónimos.

—Sí, pero ninguno de ellos nos permitió atar hilos.

—Me llamó a causa de ellos. Quería mi ayuda. La noche de su muerte recibió el último anónimo. Yo lo leí, y en él también aparecía mi nombre.

—No me extraña —dijo Drago—. Las noticias se filtran. Cuando Caicheo me habló de usted, pedí informe a Santiago. Nada de lo que nos enviaron le favorece, amigo. Investigador privado, ebrio, metiche y pleitero, podría ser una buena síntesis.

—A veces no es bueno creer en todo lo que se lee.

—Hasta ahora no tengo nada en su contra y mientras no se meta en líos nos llevaremos bien. Pero le advierto que en Punta Arenas no estamos acostumbrados a gente como usted. Los nortinos nos dan mala espina desde antes que muevan un dedo. Así que si sabe algo me lo dice y, en lo posible, trate de marcharse de la ciudad en cuanto pueda.

—Me gusta su tono, D.D. Sin embargo, mientras no sepa quién mató a mi amigo no me iré de la ciudad.

—Está en su derecho. Pero no se engañe, en pueblo chico también se pega duro —dijo Drago—. Y si mi olfato no me engaña, que meta su nariz en el asunto de Caicheo puede molestar a más de alguien.

—Estoy acostumbrado a ser un tipo desagradable. Si quiere más información de la que ya tiene sobre mí, llame a Santiago y pida conversar con el comisario Dagoberto Solís.

—El señor Heredia necesita descansar —interrumpió Yasna, al tiempo que se acercaba a la cama para acomodar mi almohada.

—Tiene razón. —Dijo Drago a la mujer, y luego, dirigiéndose de nuevo a mí, agregó—: Soy franco pero no soy su enemigo. No lo olvide y cuando se sienta mejor pase por mi oficina a llenar una declaración. Mientras tanto se le puede ocurrir algo nuevo.

—Lo tendré en cuenta, comisario.

Matic y el policía salieron de la pieza. Yasna los siguió y pasados algunos minutos regresó con un tazón de caldo. Se sentó a mi lado y quedé frente a sus ojos azules.

—Ojos tan hermosos deben tener dueño —dije.

—No —respondió y, por primera vez desde que la conocía, sostuvo la mirada.

—¿No hay hombres de verdad en esta ciudad?

—Bébase el caldo, le hará bien.

—¿A quién le importa el caldo?

—Entonces, duerma, señor Heredia —dijo, y sin agregar una coma, salió de la pieza.

Quedé con toda la soledad del mundo a mi lado. Me sentía afiebrado y confundido. Dos cosas que no me servían de ayuda para seguir adelante con un trabajo que ni siquiera había tenido tiempo de comenzar. Después del primer fracaso no tenía otra alternativa que recoger los trozos del jarrón quebrado. Nunca lo iba a recomponer, pero tenía una conciencia que calmar y el deseo de hacerlo en un plazo breve. Pensé en Santiago, y por un instante creí reconocer a mi gato Simenon. El gato se subía a la cama y se recostaba a la altura de mi pecho, observándome con sus ojos maliciosos de felino flojo y resentido.

—¿Qué haces ahí, solo y con un aspecto que apena? —preguntó.

—Espero.

—La muñeca esa no te hizo caso.

—Dame un poco de tiempo.

—Tu fama no te será de mucha ayuda.

—No he pedido tu opinión.

—Lo sé. Quería saber de ti. Te extraño. La vecina con la que me dejaste encargado me da puros tallarines y huesos calvos.

—No te quejes. Más duro es el tejado.

—Nadie se queja. Tan solo te informo.

—¿Sí? Creo que tú podrías ser un dios ona.

—¿Dios ona? ¿A qué viene ese cuento?

—Lo leí en un diario que me pasaron en el avión. Decía que los dioses onas eran gordos, flojos y pacíficos. ¿Qué te parece?

—Eres un detective cabrón y deslenguado.

—¿Tú crees?

—Por eso estás ahí, solo.

—Tal vez.

—Pero aun así, no te demores. Ya te dije, la vecina...

—Tallarines y huesos calvos, lo sé.

Cinco

Creí que el tiempo se había detenido o que lo vivido era un sueño de los muchos que a menudo me asediaban con imágenes del pasado. Sabía que todo viaje es una irrealidad, un tiempo suspendido entre dos puntos que apenas se intuyen y, en esa pieza de la pensión, esa idea parecía confirmarse con el aliento inevitable de la lejanía. Las ausencias pesaban como una carga inútil que me había obligado a llevar desde aquella época que muchos pretendían borrar, como si el dolor y las humillaciones fueran una simple mercadería de trueque. Los días se repetían inmisericordes y nada a mi alrededor adquiría el encanto de las viejas ilusiones. Sin embargo, en algún punto de mi conciencia, respiraba el deseo inconcluso que me hacía seguir en la huella, cansado y torpe, alentando un cambio en la caída de los dados, un fugaz guiño de la suerte.

Algunos nombres se repetían con una sensación de camisa gastada que no se desea abandonar. Caminaba con ellos y a veces, brevemente, conseguía dejarlos atrás, quietos, sujetos a una realidad que ya no existía. Pero no siempre era así, y la roñosa nostalgia me tiraba de las mechas haciéndome buscar lo inexistente: el ayer o ese trapo rojo que buscaba la Maga en una ficción de otro tiempo, de aquellas lecturas de Julio Cortázar que hacía con el entusiasmo del que ha descubierto la única pepa de oro del mineral.

El dolor persistía en el brazo, pero el resto del cuerpo recuperaba su ánimo de otras horas. Los cuidados habían dado sus frutos y eso era un buen presagio. Abrí los ojos y encontré la mirada azul de Yasna y el rostro risueño de Drago.

—Pasé a informarme de su estado —dijo el policía, al tiempo que estremecía su bigote con una sonrisa.

Se oía sincero y como necesitaba algunas palabras de aliento, decidí creerle.

—Me recuerda al amigo policía del que le hablé —dije.

—Hablé con su amigo Solís. Me dio algunos antecedentes que me permiten verlo a usted de otra manera. Bien dicen que todo depende del cristal con que se mira.

—Solís es de los pocos tiras que están del lado correcto.

—Prefiero no discutir ese punto, Heredia. Yasna me ha dicho que usted ha pasado una buena noche.

—¿Ella estuvo conmigo toda la noche?

—Lo hizo. No lo dude —dijo Drago.

—Es más de lo que se merece cualquier forastero —agregué buscando los ojos de la mujer.

—Un forastero que hoy está en boca de todos. Los diarios siguen hablando de la muerte de Caicheo, las radios nombran al detective santiaguino y no hay un alma en la ciudad que no comente el crimen.

—El señor obispo hizo una declaración —dijo Yasna—. Denunció la brutalidad del asesinato y pidió la designación de un juez especial.

—Ese curita no se olvida del pasado —agregó Drago—. Relacionó la muerte de Caicheo al atentado que hubo en contra de una parroquia. De eso hace varios años.

—Y al igual que entonces se han producido manifestaciones en las calles —intervino Yasna.

—Y seguramente le han repartido garrotazos a la gente —comenté.

—Ahora son otros tiempos, Heredia —dijo Drago.

—No se abrume, comisario. Desde niño aprendí que hay sopas que debemos tomar aunque no nos gusten. Lo importante es saber dónde se encuentra el límite de lo soportable.

—Usted enreda todo con sus ideas, Heredia. Por lo que a mí respecta, quiero que el crimen se aclare. Nunca estuve de acuerdo con los pensamientos políticos de Caicheo, pero tampoco nunca lo vi hacer mal a nadie. Era un buen hombre, y eso para mí es importante.

—Le creo, Drago. No sé por qué le creo a un policía, pero lo hago.

—Bien —dijo Drago a sí mismo—. Debo resolver el crimen de Caicheo. Descubrir el misterio.

—En ese asesinato no hay misterio. Su origen está en el juicio reabierto y en quienes se benefician con olvidarlo. El circo y las pesadillas aún no terminan.

—Su lengua es peligrosa, Heredia.

Drago iba a decir algo más, pero en ese instante escuchó a Matic que preguntaba desde el comedor si el comisario se encontraba en la pieza. El policía salió al pasillo y respondió con un grito que estremeció su corpachón. Luego entró de nuevo a la pieza, se escucharon unos pasos apresurados y apareció Vicencio, el ayudante de Drago. Se notaba agitado, con la desesperación del tipo que lleva en las manos un kilo de papas calientes y no sabe dónde dejarlas.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó Drago.

Vicencio saludó a Yasna y me observó un instante, como si mi presencia fuera un obstáculo para decir el mensaje que a todas luces lo preocupaba.

—Hable —ordenó el comisario.

—Jefe —tartamudeó Vicencio—. Se trata de la señorita Mollet.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó Drago, impaciente.

—Bueno.

—Hable. No repare en los presentes, Vicencio.

—Está muerta. Apareció muerta —dijo finalmente el ayudante.

—Hombre, ¿qué dice usted?

—Ayer por la mañana salió a dar su paseo habitual en moto. No volvió por la noche y su familia comenzó a preguntar en las casas de sus amigas. Nadie sabía nada de ella hasta que, hace un par de horas, unos obreros la encontraron en un patio de la Zona Franca.

—¿Muerta?

—Ya se lo dije, comisario.

El rostro de Drago se congestionó, y por un momento pensé que necesitaría de alguien que lo ayudara a sostenerse en pie. Pero fue una impresión repentina, ya que enseguida el comisario hizo un gesto de despedida y se dispuso a dejar la pieza.

—Cuénteme todos los detalles —alcancé a escuchar que le decía a Vicencio.

A mi lado, Yasna palideció. Tenía entre sus manos una servilleta que apretaba con fuerza, como si con ello hubiera podido contener las lágrimas que humedecían sus mejillas.

—¿Quién es esa señorita Mollet? —pregunté.

—Fuimos compañeras de liceo —balbuceó.

—¿Quién es?

—Ella era algo menor, pero hicimos varios cursos juntas. Su padre es el dueño de una cadena de supermercados y restaurantes. Una familia adinerada. Hubo un tiempo en que éramos muy unidas. Me invitaba a estudiar a su casa y a veces también al cine. Después nos distanciamos. Más que nada por mis padres, que no me dejaban salir con ella. Decían que no eran buenas esas fiestas a las que asistía, pero creo que se avergonzaban porque cada vez que volvía de su casa les hablaba de las cosas lindas que había donde Doris. A pesar de eso, siempre era cariñosa conmigo. Cuando nos encontrábamos en la calle preguntaba por mis actividades y un par de veces vino a la pensión, de visita.

—¿Qué hacían en esas fiestas?

—Nada especial. Bailaban a media luz y algunas parejas se besaban. Nada del otro mundo, solo que las vecinas murmuraban y los comentarios solían llegar a oídos de mi mamá.

—¿Drogas?

—No en las fiestas a las que asistí. Hablo de diez o quince años atrás.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Trabajaba con su padre. Durante tres años estudió arquitectura en Santiago, pero no sacó ningún título. Simplemente se aburrió y el señor Mollet la mandó a buscar. En los últimos años administraba uno de los restaurantes de su padre.

—¿Era casada? ¿Tenía novio?

—No que yo sepa —dijo Yasna—. ¿Por qué me hace tantas preguntas?

—La verdad es que no lo sé.

—Era una buena chica, señor.

—Diablos, Yasna. Hasta cuándo me dices señor —dije, resuelto a no continuar con el interrogatorio.

Seis

Yasna me entregó al día siguiente un ejemplar del diario *La Prensa Austral*. Un titular, escrito a lo ancho de la página, mencionaba a Doris Mollet y su foto ocupaba un recuadro amplio, destacado. Llevaba pantalones vaqueros y polera blanca. Su cabellera rubia caía hacia un costado de su rostro, y en éste se apreciaba una sonrisa tímida.

—Era linda —dijo Yasna.

—Sí, lo era —contesté mientras comenzaba a leer el contenido de la crónica.

Según el redactor de la noticia, el motivo del asesinato no había sido el robo. Junto a su cadáver se había encontrado una buena cantidad de billetes y la moto en la cual se movilizaba. Sin decirlo con todas sus letras, el periódico daba a entender que había sido violada después de muerta, y luego abandonada en uno de los patios de la Zona Franca, un recinto comercial libre de impuestos aduaneros al que a diario concurría mucha gente y que se encontraba a las afueras de la ciudad.

El diario no daba más antecedentes sobre el crimen de Caicheo, y deduje que con la muerte de Doris Mollet pasaría a ser un asunto de segundo orden para periodistas y policías. Algo conveniente, en la medida en que podría husmear sin temor a despertar los celos de nadie. Terminé de leer las noticias y por un instante tuve deseos de abandonar la cama y empezar a trabajar en mi investigación.

—Aún no puede salir —dijo Yasna, intuyendo mis pensamientos.

—No pensaba hacerlo —mentí.

—Perdóneme, pero no le creo.

—Pensaba si el crimen de tu amiga tiene alguna relación con el de Caicheo. Nada permite suponerlo y, sin embargo, es raro que en un par de días se produzcan dos asesinatos. Demasiados muertos para una ciudad chica y tranquila.

—Hasta donde sé, ellos no se conocían. Pertenecían a círculos distintos.

Pensé preguntar a Yasna por las amistades de Doris Mollet, pero mis intenciones se esfumaron en el momento en que golpearon a la puerta de la pieza y vi entrar a un hombre de mediana estatura, canoso y vestido con elegancia.

El extraño observó la pieza y se acercó a Yasna. Ella lo saludó tímidamente y trató de decir algo que nunca nadie escuchó.

—¿El señor Heredia? —preguntó el hombre, alargando una mano fina y bien cuidada.

—El mismo —contesté.

—Mollet —dijo, apartándose de la cama. Mi sorpresa era grande y no pude ocultarla.

—Puedes dejarnos a solas —ordenó Mollet a Yasna. Ella se sonrojó y se acercó de prisa a la puerta de la pieza.

—Siento lo de Doris —balbuceó antes de salir.

Mollet hizo un gesto de entendimiento y miró hacia la ventana.

—Acabo de leer lo que dice la prensa acerca de su hija —comenté.

—No se habla de otra cosa en la ciudad.

—En unos días dejará de ser noticia.

—Eso no me inquieta —dijo y, luego de una pausa que aprovechó para examinar mi aspecto, agregó—: Créame que no me resulta fácil estar aquí.

—¿A qué se refiere?

—Mi hija está muerta y nada va a cambiar esa situación. No obstante eso, quiero encontrar al culpable.

—En eso trabaja la policía, ¿no?

—Eso dicen. Pero quiero otra investigación, y a otro ritmo.

—Tenga paciencia. Aún es muy pronto para que la policía obtenga resultados.

—No es asunto de paciencia —interrumpió Mollet—. Leí en la prensa un artículo sobre la muerte del abogado Caicheo. Lo mencionaban a usted y decidí contratar sus servicios.

—Más le vale esperar que la policía haga su trabajo.

—No quiero consejos, Heredia. Usted es la persona indicada para que se haga cargo de la investigación —dijo sacando un cheque desde uno de los bolsillos de su chaqueta—. Aquí tiene un buen estímulo para que empiece a trabajar.

Leí la cifra escrita en el cheque y noté que tenía muchos ceros hacia la derecha.

—¿A dónde quiere llegar? —pregunté aparentando indiferencia.

—Quiero descubrir al culpable.

No me gustaba el tono prepotente del hombre. Era el de alguien habituado a mandar, un negrero disfrazado de caballero inglés.

—Estoy de paso en la ciudad, y en uno o dos días me iré —dije.

—Se puede quedar más tiempo.

—¿Por qué no aguarda los resultados de la policía?

—Digamos que no confío en ella.

—Es una buena razón, pero no basta. Debe haber otro motivo para que usted quiera contratar mis servicios.

—Eso es algo personal. Usted vende un trabajo y yo se lo estoy comprando.

—Creo que guarda un par de cartas bajo la manga —dije, al tiempo que dejaba el cheque sobre la cama.

Mollet no estaba acostumbrado a que le contradijeran y lo hizo notar. Tomó el cheque y, sin mirarlo, lo volvió a dejar a mi alcance.

—Déjese de actuar, Heredia. Antes de venir llamé a un abogado amigo en Santiago. Él me informó todo lo que necesitaba saber de usted. Mi paga le permitirá atiborrarse de vino durante un buen tiempo o pagar la renta atrasada de su departamento. Además, Drago me ha dicho que pretende investigar la muerte de Caicheo, y para eso necesitará dinero.

Mollet había dado en el blanco, pero no se lo dije. Sabía muy bien cuántas docenas de huevos se compraba con su dinero. Tomé el cheque y me sentí

desarmado, con ganas de insultar al tipo rico que se abanicaba con sus billetes. Pensé en Caicheo y en el dinero que tenía dentro de mi chaqueta. El total rimaba con poco, poquísimo, casi nada, y los ceros en el cheque de Mollet brillaban como las joyas de una vampiresa.

—Usted no me agrada, pero voy aceptar su trabajo —dije.

—No estoy comprando afecto, Heredia. Haga lo que sabe hacer y no se preocupe de lo demás.

—Deme un día para reponerme —contesté, dominando a duras penas mi rabia—. Tuve un encuentro con algunos muchachos muy efusivos.

—Usted sabrá cómo y cuándo trabaja.

—¿Dónde lo ubico si tengo noticias?

—En esta dirección —dijo, pasándome una lujosa tarjeta de visita.

—Lo llamaré cuando sea necesario.

—Quiero resultados —graznó Mollet.

Siete

Por la tarde hice dos intentos de iniciar mi trabajo. El dolor disuadió el primero y Yasna al segundo, transitando, sin aviso previo del señor, a un Heredia a secas. Resignado, dejé transcurrir una noche más.

Un nuevo amanecer en Punta Arenas me sorprendió de pie y con la energía suficiente para bajar al comedor y servirme un desayuno tan reponedor como la mirada azul de Yasna. Con el cheque de Mollet podía permanecer un tiempo largo en la ciudad, investigar el crimen de Caicheo y enviar un giro a mi amigo Anselmo, el suplementero del barrio al que había dejado a cargo del cuidado de mi departamento. Si las matemáticas no me engañaban, con el giro tendría de sobra para pagar las cuentas y un par de los meses de arriendo que adeudaba.

Salí a la calle y un sol tibio me animó. Volví a mirar el cheque de Mollet y comprobé con alivio que durante la noche no había perdido ninguno de sus ceros luminosos. Pasé a un banco, ayudé a una anciana a cruzar la calle, lustré mis zapatos frente al cine Cervantes, discutí del clima con un jubilado, compré un regalo para Yasna, envié el giro a Anselmo y entré a beber dos cortos de pisco en un bar llamado «El círculo polar».

El lugar no era lujoso ni destacaba por su limpieza. Me acodé en una larga barra y pedí de beber. A mi lado, un hombrecillo bajo y de cara risueña apuró una caña de vino. El mozo le repitió la dosis y el hombrecillo me miró con ojos de duende travieso.

—Buenas —dijo, amistoso.

—Buenas —contesté sin ganas de entablar una charla de cantina.

—¿Nortino?

—Santiaguino.

—Bonito día para pasear.

—Sí, muy bonito.

—¿Le gusta la poesía?

—Cuando tiene vida.

—Vea ésta —dijo, pasándome la fotocopia de un poema.

—Homero Portugal —leí en voz alta—. ¿Ese es su seudónimo?

—Es mi nombre verdadero y legal.

—No embrome.

—¿Le gusta, o no? —preguntó, con un tono de voz más agresivo.

—Parece un poema de Nicanor Parra.

—¿Parra? ¿Quién es Parra?

—¿Cuánto?

—La caña.

—La caña y el silencio —dije, al tiempo que bebía de prisa mi primera copa. El poeta llamó al mozo y le indicó su caña a medio camino.

—¿Usted la paga? —preguntó el mozo.

—Esa y otra más para mí.

El poeta sonrió satisfecho; y después, solo después, cuando la vida tuvo cierto sentido, me despedí de él y encaminé mis pasos hacia la comisaría con la intención de averiguar algo sobre el asesinato de Doris Mollet.

La oficina de Drago tenía el aspecto triste de todas las oficinas públicas. En algo menos de cuatro metros cuadrados se amontonaban dos escritorios metálicos, un kárdex, una foto del presidente Alywin y un calefactor a gas.

—Me complace verlo, Heredia —dijo cuando me vio entrar a su despacho.

—Vengo a cumplir con su encargo.

—Su declaración. Para ahorrar tiempo redacté el informe con lo que me contó en la pensión. Léalo y si está de acuerdo con su contenido, lo firma.

—Parece que tiene mucha prisa.

Drago me pasó cuatro hojas mal mecanografiadas que contenían una versión imperfecta del asalto en el pasaje. La leí lentamente, esperando el momento preciso para hablar de Doris Mollet.

—Se dio un gran trabajo, Drago.

—Y eso que con el asunto de la niña Mollet casi no hay tiempo de redactar. Durante años no ocurre nada extraordinario en la ciudad y de pronto tenemos dos asesinatos.

El viejo policía deseaba conversar y no dejé pasar la oportunidad.

—Yasna está muy afligida por la muerte de su amiga —dije.

—Feo asunto. La golpearon duro, y según la autopsia, el asesino la violó después de matarla.

—Supongo que tiene a toda su gente de cabeza en el caso.

—El inspector Spolletto lleva la investigación. La orden llegó de más arriba y yo apenas alcancé a informarme de algunos detalles.

—¿Cuál es su hipótesis, comisario?

—Un maniático, un drogadicto. ¿Qué otra cosa?

—Algún negocio sucio de su padre que motivara una venganza.

—Mollet no es muy simpático, pero es honrado. Llegó joven a la ciudad. Instaló un almacén y le fue bien. Lo convirtió en supermercado, lo multiplicó por cinco o seis y después se dedicó al negocio de los restaurantes.

—Nada reprochable. Un adelantado de la libre empresa.

—Nada es la respuesta, aunque no en el tono en que usted lo dice, Heredia.

—¿Y su hija?

—Oiga, Heredia, hace muchas preguntas. No estará pensando meterse en el asunto...

—No —mentí—. Es pura deformación profesional.

—Lo entiendo. Me ocurre lo mismo cuando leo las noticias criminales en los diarios de Santiago. Pienso en los hechos y en cómo encararía la investigación. Igual

me ocurre con las novelas policiales. Leo un par de páginas y me pongo a sacar conclusiones. Ayer no más leí una de...

—¿Qué hay de la muchacha? —insistí, sin ánimo de iniciar un taller literario.

—Usted no ceja, Heredia —dijo Drago y, luego de respirar hondo, agregó—: Doris era una muchacha tranquila. Algo extraña, solitaria tal vez. Ayudaba a su padre en uno de los restaurantes. Nunca se destacó por nada especial. Si quiere más datos le puedo mostrar sus antecedentes.

El policía abrió el kárdex y sacó un expediente. Doris Mollet, veintiocho años, caucásica, un metro sesenta y ocho. Estudios en el Liceo María Auxiliadora y en la Universidad Católica de Chile. Aficionada al motociclismo. Sin antecedentes delictuales. Tercera hija de Augusto Mollet, comerciante de la plaza. Sus hermanas mayores se llaman Amalia y Cristina. Amalia está casada con Sebastián Suzarte y reside en Punta Arenas. Cristina vive en Colombia desde el año 1976.

—¡Suzarte! —exclamé—. He visto algunas tiendas con ese nombre.

—Son del padre de Sebastián. Tiendas, estancias, embarcaciones, lo que usted quiera.

—Un fulano rico.

—Y mucho.

—¿Y esa hermana en Colombia?

—Se fue el año 1973. Estaba casada con un abogado que ejercía un cargo público durante el gobierno de Salvador Allende. Estuvo detenido tres meses en Isla Dawson, en el campo de prisioneros que los militares crearon para encerrar a los izquierdistas. Después lo expulsaron del país. Nunca han vuelto y, hasta donde sé, el viejo Mollet nunca se molestó en ir a visitarlos. No se llevaba bien con el yerno, aunque dicen que movió influencias para que los milicos lo dejaran libre.

—Muchas historias.

—Y veo que le interesan.

Asentí con un movimiento de cabeza y volví a la lectura. Del informe familiar se pasaba a los detalles del hallazgo de su cadáver y el resultado de la autopsia. Era poesía dura y deduje que el espectáculo de la mujer muerta no había sido agradable. Terminé de leer y, mientras Drago contestaba una llamada telefónica en otra oficina, arranqué una copia del informe y la guardé en mi chaqueta.

Mientras esperaba el regreso del policía me dediqué a observar la oficina. La modernidad, o sea eso que consiste en botar cosas antiguas y colocar en el mismo sitio otras más pequeñas, caras y frágiles, no había pasado por el lugar. Los escritorios necesitaban una capa de pintura, la silla en la que Drago posaba su culo gordo chirriaba como esposa en día de pago, y las paredes se perdían bajo una colección de galvanos, diplomas y atrocidades similares de esas que dan a un hombre para decirle que se está poniendo viejo.

—No es posible —escuché gritar a Drago.

—No es posible —repitió de regreso en su oficina.

—Lo que sea no es posible —comenté sin contener una risita irónica.

—No es chiste, Heredia. Detuvieron a Castaño y lo acusan del asesinato de la niña Mollet.

—¿Qué?

—Lo detuvo Spolleteo y lleva varias horas apretándole las clavijas para que confiese. Castaño insiste en su inocencia y no lo van a soltar hasta que cuente todo. No quisiera estar en su pellejo. Spolleteo no es de los que se detienen en detalles para sacar una confesión.

—Conocí a Castaño la noche en que murió Caicheo. No me parece que sea capaz de matar a nadie.

—Su observación es buena, Heredia.

—¿Podríamos ver a Castaño?

Drago no respondió. Tomó el teléfono que estaba sobre su escritorio y se comunicó con otra oficina del cuartel policial. Hizo un par de preguntas, le mentó la madre al inspector Spolleteo y colgó el fono con violencia.

—Sígame —ordenó—. Lo han dejado tranquilo por un rato.

Durante algunos minutos anduvimos por unos pasillos oscuros y laberínticos. A nuestro paso nos cruzábamos con otros policías que parecían tener prisa y se saludaban entre ellos sin mayor entusiasmo. Llegamos hasta una celda custodiada por un hombre que se interpuso en el camino de Drago.

—¿Qué sucede, Adriasola? —preguntó Drago, molesto.

—Lo siento comisario, tengo órdenes de no dejar entrar a nadie —dijo el vigilante.

—Órdenes, ¿de quién?

—De Spolleteo.

—Déjese de pendejadas. Todavía Spolleteo depende de mí y quiero ver al hombre que tiene encerrado.

El guardia dudó un instante, observó la expresión dura de Drago y dejó libre la puerta.

—Diré que usted me lo ordenó —dijo.

—Si eso lo hace feliz, hágalo —contestó Drago.

Entramos y vimos a Castaño tendido sobre el suelo encementado de la prisión. Parecía adormecido y en su rostro tenía las huellas de varios golpes. Drago lo llamó dos veces por su nombre y enseguida lo remeció por los hombros.

—Jefe Drago —murmuró Castaño, recuperándose.

—¿En qué lío te metiste, Delfín? —preguntó el policía.

—Juro que no maté a la señorita Doris.

—Por algo estás en capacha.

—Por nada, jefe. Me fueron a buscar a mi casa y quieren que confiese algo que no hice.

—¿Qué pretende Spolleteo? —se preguntó a sí mismo Drago—. No es más que un

tiro al aire. Conozco a Castaño.

—O la conducta de alguien que tiene apuro en cerrar el caso —intervine.

—Es muy extraño —agregó el comisario, y enseguida abrió la puerta de la celda y llamó al detective que la vigilaba.

—¿Dónde está Spolleteo? —le preguntó Drago.

—Dijo que iba al restaurante de la esquina, a tomar un café.

—Ubíquelo y que se presente de inmediato.

Esperaba ver aparecer a un ropero forrado en grasa y músculos, pero el tipo que llegó a la celda cinco minutos más tarde era una especie de samurai venido a menos o creado a escala reducida. Un petiso achinado y gordinflón que mientras oía a Drago puso en su cara una sonrisa estúpida, de contador municipal esperando que le encuentren bien una suma de cuatro cifras. Algo fallaba en el sistema de selección del personal policíaco o bien el mofletudo tenía santos en la corte.

—¿Qué razones tuvo para detener a este hombre? —preguntó Drago señalando a Castaño, que seguía tendido en el suelo.

—El día del asesinato lo vieron merodeando cerca del restaurante de la víctima.

—¿Es cierto eso, Castaño? —preguntó el comisario.

—La señorita Doris me había ofrecido trabajo y la estuve esperando para conversar con ella.

—¿Alguna otra cosa, Spolleteo? —gritó Drago.

—No tiene trabajo y habitualmente anda borracho. Es un vago.

—No es un crimen estar sin trabajo. Si no tiene algo más contundente en contra de Castaño le ordeno que lo suelte y se dedique a investigar hechos y no apariencias.

—Como usted ordene —respondió Spolleteo.

—Estoy harto de sus métodos —agregó Drago—. Si de mí dependiera ya habría solicitado su traslado a otra unidad.

Spolleteo bajó la mirada. El rencor le brotó de la piel y sin esperar que le reiteraran la orden, salió de la celda.

—Jamás me ha simpatizado ese fulano —comentó Drago—. Pero tiene parientes militares y eso pesa en la institución.

—¿Y si en esta ocasión no estuviera equivocado?

—Conozco a Delfín desde que era mocoso, y en cuanto a ese Spolleteo, no tengo dudas de su incapacidad. No joda con sus preguntas, Heredia. Voy a disponer la salida del preso —dijo y me dejó a solas con Castaño.

—Te van a dejar libre —le dije.

Castaño se levantó lentamente y tomó el cigarrillo que le ofrecí.

—Ese Spolleteo me tiene de casero. Varias veces ha ido a detenerme a mi casa, acusándome de cosas en las que no tengo nada que ver.

—Podrías denunciarlo.

—No embrome, jefe. Un fulano como yo no es nadie en Punta Arenas.

Lo escuché y nos miramos en silencio. Puse mi cajetilla de cigarrillos y un billete

de diez mil pesos en la chaqueta de Castaño.

—Come algo caliente y descansa —le dije antes de despedirme.

El olor a orín y mugre de la celda me asqueaba. Salí al laberinto y después de varios recorridos por los pasillos logré llegar a la calle. Decidí no esperar a Drago y me encaminé hacia la Plaza de Armas. El sol acariciaba el monumento a Hernando de Magallanes ubicado al centro de la plaza, y los indígenas ubicados a sus pies seguían imperturbables, con sus miradas fijas en el mar. Caminé por los alrededores y traté de comunicarme con Augusto Mollet. Una secretaria amable me informó que su patrón no atendía a causa de la muerte de su hija. La explicación me pareció razonable y por un momento pensé en los motivos de Mollet para contratarme. Algo no encajaba en el *puzzle*, pero no estaba en condiciones de precisarlo. Luego recordé a Caicheo. También en ese caso existía un muro que me impedía ver más allá de mis narices. Solo la figurilla de oro era algo concreto, aunque hasta ese momento, indescifrable.

Ocupé el resto del día en recorrer la ciudad. Al atardecer entré al Cine Cervantes a ver una película de vaqueros y a la media hora dormía atontado por el tedio de una trama sin mucho sentido. Me despertó el acomodador al que alguien había llamado por la molestia que provocaban mis ronquidos. Salí del cine y me encaminé por la calle Roca en dirección al puerto. Pero no llegué muy lejos. A poco andar encontré un bar llamado American Service. En su interior reconocí a unos marinos y media docena de mujeres con aspecto de buenas personas. Me pareció lo suficientemente sórdido como para beber dos copas en paz y respirar a mi antojo. Una rubia oxigenada me observó en afán de cacería. Sus piernas eran largas y firmes, pero el resto de su cuerpo evidenciaba un exceso de kilos y noches. Esquivé sus miradas y me concentré en la bebida.

Con la segunda copa pensé en Yasna Matic.

Ocho

Inicié mi segunda semana en Punta Arenas con los mismos problemas del primer día en la ciudad. Sentía frío por las noches, los tragos se encadenaban a mi memoria y no hallaba un hilo confiable para desenrollar la madeja de los asesinatos que me preocupaban.

Bebí un café cargado y sin azúcar para espantar un mal sueño, en el que Simenon arañaba mis orejas. Yasna regaba unas plantas en el comedor de la pensión y de tanto en tanto me miraba de reojo. Lucía más alegre que en otras mañanas y su cuerpo se ceñía dentro de un pantalón vaquero que resaltaba cada centímetro de su piel. Espanté la idea de atraparla entre mis brazos y comencé a escribir una carta para Anselmo, en la que le explicaba que permanecería otros días más en Punta Arenas.

De pronto sonó el teléfono de la pensión y Yasna se apresuró en contestar la llamada. La oí saludar a Drago y enseguida hizo un gesto para que me acercara. Tomé el fono y escuché la voz del policía.

—¿Heredia? —preguntó con voz quebrada.

—¿Qué sucede, comisario?

—Se trata de Castaño...

—Lo escucho.

—Apareció ahorcado cerca del lugar donde murió Doris Mollet. Me acaban de comunicar la noticia y pensé que a usted le interesaría conocerla. Además, tengo algunas ideas al respecto que no deseo compartir con mis hombres. Dudas, temores, tincadas. Necesito su ayuda y si le interesa, puedo pasar por la pensión para que me acompañe a dar un vistazo en el sitio del hallazgo.

—Lo espero —dije.

Quedé con el fono entre mis manos y por unos segundos no supe qué hacer con él. Yasna y su padre, que venía entrando al comedor, se aproximaron. Murmuré una maldición y les conté la noticia. Ella se cubrió el rostro con las manos y Matic exclamó tres palabras en favor de Castaño ante alguien que debía estar en un más allá lejano e intangible. Luego se acercó a la barra y sirvió grapa en dos vasos pequeños. Bebimos en silencio y el viejo repitió la dosis.

Drago se sumó a la tercera ración de grapa. Contó algunos detalles más acerca de la muerte de Castaño y enseguida nos dirigimos en su auto hacia la Zona Franca. Delfín se había ahorcado con su cinturón y en una carta confesaba el asesinato de Doris Mollet. Junto a la carta había dejado el reloj de pulsera de la muchacha.

La visión de Castaño oscilando del árbol no aportó nada nuevo a la historia de Drago. Busqué algo de lástima en mi interior y no la hallé. Una muerte más ya no inquietaba mi ánimo. Era parte del negocio verla a mi lado, calva y dentada.

Cuando la ambulancia se llevó el cadáver pensé que el único negocio próspero desde mi llegada a la ciudad era el de las pompas fúnebres. Drago señaló su vehículo —un Opala azul de cuatro puertas— y una vez en su interior sacó una petaca de ron

desde la guantera. Me di un trago de cuatro segundos y lo observé. Parecía más viejo y cansado que unos minutos antes.

—Me molesta que el pastel se horneara tan rápido —dijo Drago—. Y sobre todo, que existan algunas cosas que no cuadren.

—¿En qué está pensando, Drago?

—Revisé las fotos del cadáver de Doris y en todas ellas aparece con su reloj. Lo comprobé con el informe de las pertenencias encontradas en el sitio del crimen. Eso significa que el asesino no se llevó el reloj y que alguien lo sacó del cuartel.

—Alguien que debe ser policía —comenté.

—Exactamente. Por eso, apenas me contaron lo del reloj, quise hablar con usted. Sí, lo de Castaño es un truco burdo.

—Está cocinando con un fuego peligroso, Drago.

—Lo sé y me duele. He trabajado cuarenta años como policía y siempre he creído estar del lado correcto.

—Algunas cosas cambian con el tiempo.

—Es tan burdo lo de Castaño que estoy por creer que es obra de Spolletto.

—¿Sería capaz de algo así?

—Por sí solo no. Pero hay algo que usted ignora, Heredia. Hace algunos años se vinculaba al inspector Spolletto con un sujeto de apellido Bergamon.

—Sé quien es —interrumpí—. Caicheo me habló de él.

—Bergamon pertenecía al Ejército. El año 1974 fue destinado a la policía secreta de Pinochet. Su trabajo estaba relacionado con la represión de los grupos políticos. Un trabajo de mierda para tipos de mierda. Cuando fue dado de baja se habló mucho de que había seguido vinculado al mismo trabajo. Se decía que era el cabecilla de un comando especial al cual se habría integrado Spolletto. No es descabellado. Spolletto es ambicioso y tiene pocos sesos. El sujeto ideal para ser utilizado en algunos trabajos sucios.

—Su cuento parece bien armado e incluso debo confesarle que Bergamon es la única pista que tengo con relación a la muerte de Caicheo, pero no veo cómo encaja con la muerte de Doris. Ni siquiera tengo claro a qué se pueda dedicar en estos tiempos alguien como Bergamon.

—No lo sé. Se me ocurrió al relacionar la muerte de Castaño con otras producidas en Santiago en años pasados. Hay ciertos elementos...

—¿A qué se refiere?

Drago sacó de su chaqueta una carta y me la pasó.

—Es la carta de Castaño. Léala y dígame qué piensa.

—A primera vista parece correcta —dije luego de leer.

—¿Y después?

—Contiene ideas preconcebidas, como tomadas de otra parte o escritas sin sentimiento. Demasiado ordenada para ser de alguien a punto de suicidarse. Y, además, el tono, el lenguaje, no calzan con Castaño.

—¿Diría que se la dictaron?

—Podría ser.

—Que lo obligaron a escribirla.

—¿No estará hilando muy fino?

—Soy viejo pero no tonto.

—No me refería a eso. Pensaba en si hoy existe la posibilidad de investigar libremente un asunto como el de Castaño. Hablo de sus posibilidades, comisario.

—Ese es el problema. Me resultaría difícil destapar la olla. Los jefes de más arriba no quieren saber nada del pasado. Si les planteo mis inquietudes me recordarán de inmediato que estoy en edad de jubilar. Y no es eso lo que deseo. Pretendo trabajar hasta que mi nieta termine de estudiar en la universidad.

—En cambio a mí nadie me controla —dije.

—Por eso lo llamé y le cuento mis impresiones. Leí el informe que llegó sobre usted desde Santiago y sé que ya antes ha metido sus narices en el trabajo de gente como Bergamon. Tiene el pellejo duro. La carta de Castaño es suya. Juéguela, y en lo que pueda ayudar, cuente conmigo.

—Lo hace parecer fácil y hasta divertido.

—No es broma, amigo.

Tomé de nuevo la petaca de Drago y bebí otro trago.

—¿Qué me dice? —preguntó el comisario.

—No hay nada que decir. Es parte del negocio.

En el rostro de Drago se reflejó una sonrisa.

—Déjeme cerca de la Plaza de Armas —agregué—. Acabo de tener una idea.

—¿Relacionada con lo nuestro?

—Tal vez.

Mientras conversaba con Drago me había acordado de Augusto Mollet. Supuse que no estaría al tanto de la muerte de Castaño ni del consiguiente cierre de la investigación del crimen de su hija. Debía decírselo y de paso terminar nuestro contrato.

Me despedí de Drago y esperé que su auto se alejara para dirigirme hacia la casa del comerciante. Me recibió en un *living* amplio, lleno de buenos muebles, figuras de porcelana, un par de paisajes de Pacheco Altamirano, libros empastados en cuero negro, botellas de cristal y una chimenea bien provista de leña.

—El caso se cierra —dije al terminar el relato de lo sucedido a Castaño.

Mollet pareció no escuchar mis últimas palabras. Aspiró el cigarro que había encendido minutos antes y observó la habitación como si por primera vez se hubiera encontrado dentro de ella.

—La policía considera aclarado el crimen de su hija —insistí.

—Pero usted no es la policía, Heredia.

—¿Qué quiere decir?

—Escuché su historia con atención y la noté poco convincente. Creo que hay algo

que no me ha dicho.

La afirmación de Mollet me tomó de sorpresa y no tuve más alternativa que contarle lo referido a la carta de Castaño y el reloj de Doris.

—¿Por qué deseaba engañarme? —preguntó sin demostrar ninguna emoción por lo que acababa de escuchar.

—Investigar eso va más allá de lo que me permite la ley —dije a modo de justificación.

—¿Y desde cuándo le preocupa eso? Usted tiene otros recursos, así que no use la ley como pretexto. Voy a decírselo por última vez. Tengo ciertas dudas acerca del asesinato de mi hija. Son distintas a las tuyas, pero no voy a contárselas en este momento. Prefiero que investigue sin la influencia de mis prejuicios.

—No me parece un trato justo.

—Le pagué para que investigara y lo hizo —afirmó Mollet y enseguida sacó una chequera de su vestón. Tomó de ella un cheque y lo llenó con algunas cifras antes de pasármelo.

La cantidad anotada en el documento superaba todas mis expectativas.

—Quiero que siga investigando —ordenó Mollet.

La voz imperiosa del hombre me molestó. Pensé en retirarme de la sala y dejar al millonario a solas con su rencor. Sin embargo, seguí en mi sitio.

—Quisiera conocer a su familia y preguntar algunas cosas acerca de Doris. Quiero saber cómo era, ¿me entiende?

—Le llevará poco tiempo. En mi familia vamos quedando mi hija Amalia, su esposo Sebastián y yo.

—También quisiera hablar con algún amigo o amiga de su hija. —Tampoco será mucho trabajo. Doris no era de muchas amistades. Converse con Raquel Ahumada y con Aníbal Duarte, su pretendiente.

—¿Pretendiente?

—Duarte estaba interesado en Doris pero ella no le prestaba atención.

—Al punto que decidiera lastimarla.

—Usted saca las conclusiones, Heredia. Duarte es un empleado bancario y se conocían desde la época del colegio —agregó Mollet y enseguida decidió que la entrevista llegaba a su fin. Oprimió un timbre ubicado a un costado de la chimenea y, al mayordomo que acudió a su llamado, le dio instrucciones de acompañarme hasta la salida de la casa.

Afuera el viento hacía de las suyas. Cubrí mi rostro con el cuello del chaquetón y me puse a caminar. Pensé que a mi lado desfilaban los cadáveres y la investigación seguía en un punto oscuro. Necesitaba trabajar deprisa o tener mucha suerte. Recordé el departamento en Santiago y la nostalgia mordió mis mejillas. Maldije a Mollet y a todos los hombres como él. Estaba solo y el viento no era de gran ayuda.

—Pueblo chico infierno grande —dije y escupí para espantar el mal gusto de ese lugar común.

Nueve

Desperté con un sentimiento de rabia anudado a las sábanas de la cama. Tenía la sensación de haberme traicionado desde el momento en que había aceptado el dinero de Mollet, y sobre todo su modo prepotente de comprar mis servicios. Estaba viejo o cansado. Con quince años en el negocio, un par de costillas rotas y algunas cicatrices profundas allí donde no se borran, ya no aguardaba grandes cosas. «La sabiduría está en saber resignarse a tiempo» había leído alguna vez en un libro de Onetti, y a partir de eso y de saber que el mundo seguía su marcha ajeno a mis inquietudes, quería moverme conforme a mis impulsos, solo, negándome a todo sentimiento impuesto. Claro que no siempre lo conseguía, y a veces mi libertad tropezaba, torpe y confusa. Tenía cuarenta y cinco años. Había visto pasar al Halley, cantar a Rivero, pelear a Carlitos Monzón y amado a algunas mujeres. Poco o nada podía hacer para cambiar mi fortuna y me conformaba con sobrevivir mientras la vida hacía su juego sucio. Sabía hacer un par de cosas bien y me ajustaba al libreto. Lo demás —aquello que veía en las casas o cuentas bancarias de mis conocidos— me era ajeno, inalcanzable como el Everest o los ojos de Romy Schneider. Y no me importaba. Había llegado a ese punto de la resignación o de equilibrio cercano a la sabiduría de Onetti.

Después de la ducha ya no pensé en el dinero de Mollet. Lo necesitaba para seguir en Punta Arenas y, de un modo u otro, la repentina muerte de Castaño me comprometía a investigar el asesinato de su hija. Mientras desayunaba pensé en la información que tenía hasta ese momento, y como un pequeño consuelo me dije que en otras ocasiones había logrado buenos resultados aun con menos antecedentes. Todo se reducía a la suerte y a mantener los ojos abiertos.

Me seguían inquietando los motivos de Mollet. Sus dudas, aquello que había decidido callar. ¿Por qué insistía en la investigación? ¿Sospechaba de alguien o solo deseaba acallar su conciencia? Pensé que no iba a responder esas y otras preguntas sentado a una mesa, así que memoricé los nombres de las personas más próximas a Doris y salí a la calle dispuesto a ganarme mi paga, cada uno de los ceros escritos en el último cheque de Mollet.

La lluvia se había dejado caer por la noche y las calles estaban convertidas en lodazales. Salvo eso, la vida en Punta Arenas parecía seguir igual. Entré a la librería donde vendían los diarios de Santiago y compré *La Tercera*. Magallanes, mi equipo favorito, seguía rumbo al descenso y los caballos que días atrás parecían insuperables habían llegado apenas diez metros más adelante que la ambulancia. No había de qué alegrarse. Consulté la columna del horóscopo y los pronósticos tampoco fueron alentadores. «Semana con dificultades —decía—. Podrá superarlas con habilidad y tino. En materia de romances experimentará tentaciones. Altercados con gente extraña. Cuide su consumo de bebidas y alimentos». Nada para hacerse grandes ilusiones. Dejé el diario en el primer basurero que se cruzó en mi camino. Leída la información hípica, las noticias deportivas y las predicciones de los astros, no existía

justificación para seguir desgastando mis pupilas. Los diarios no pasaban más allá de ser guías telefónicas, catálogos comerciales o fichero de quilombos con mucho neón y acrílico.

Raquel Ahumada, la amiga de Doris, era la propietaria de una *boutique* ubicada a tres cuadras de la Plaza de Armas, cerca del río que cruzaba la ciudad con su hilillo de agua gris. Según me había contado Yasna, el negocio era producto de un concurso de belleza que la mujer había ganado años atrás y que daba sus frutos a fuerza de empeño y continuos viajes a Santiago o Buenos Aires para adquirir las novedades de cada temporada.

La tienda se llamaba Safo y su interior estaba cubierto de espejos y estantes en los que se apilaban prendas de distintos colores y estilos. Todo parecía fino y elegante, o al menos estaba decorado para dar esa idea. Al entrar vi a tres muchachas jóvenes y desarrolladas, de esas que obligan a maldecir el carné de identidad. Revisaban una pila de blusas y por sus expresiones daba la impresión de que tardarían mucho rato en decidirse a comprar algo. La encargada de la tienda me hizo un gesto para darme a entender que debía esperar. Era una morena alta y delgada que activó mis deseos con la precisión de un joyero. Vestía pantalones de cuero y una blusa de seda estampada que se adhería a los secretos bien formados de su piel. Dejé de mirarla y concentré mis energías en escuchar a Los Prisioneros que, desde un parlante arrinconado, preguntaban «¿Quién mató a Marilyn, la prensa fue o la radio tal vez, la televisión o el Ratón Mickey?».

—Dígame —dijo la morena un rato más tarde, acercándose a mi lado.

—Bonito lugar —comenté de regreso de los años, la música y el deseo.

—¿Quiere ver algo en especial? —preguntó—. ¿Busca un regalo?

—Busco a Raquel Ahumada.

—Yo soy.

—Me llamo Heredia y quisiera hacerle algunas preguntas —comencé a decir.

—Si se trata de Doris, ya le dije todo lo que sabía a la gente de Investigaciones.

—No lo pongo en duda pero no soy policía. Trabajo por cuenta del señor Mollet.

—¿Sí? Los diarios dicen que el asesinato se resolvió.

—Los diarios dicen muchas cosas y solo algunas de ellas son verdades.

—No voy a discutir con usted, señor —dijo la mujer y luego de sonreír, agregó—: Doris era mi mejor amiga, y si en algo puedo ayudar, cuente conmigo.

—Me interesa saber de ella. Sus gustos, hábitos, amistades.

—Son muchas inquietudes a la vez.

—Cierto. Pero, por ejemplo, ¿cómo era eso de sus paseos en moto?

—Le fascinaban las motos. Tenía tres o cuatro y a diario paseaba por las afueras de la ciudad. Decía que le gustaba la sensación del viento sobre su cara y que correr era la única manera de conocer la libertad en estado puro. La afición por las motos le venía desde la época del liceo, cuando pololeó con un gringo. Se llamaba Peter, si mal no recuerdo. Estuvo en la ciudad un año a cuenta de un programa de intercambio

cultural con estudiantes alemanes. Después se fue. Pero bueno, supongo que eso no le interesa.

—¿Y otros amigos?

—Pocos. Tal vez los únicos eran Aníbal Duarte y Pablo Andes. Nada significativo desde el punto de vista romántico. Una cerveza, alguna ida al cine, esas cosas.

—¿Solo amistad?

—Sí, se lo aseguro. Entre nosotras no existían secretos.

—¿Y algo que no hubiera querido contar? ¿Un amante?

—No era su estilo.

—Conforme. Solo tiro ideas al aire —dije y, luego de una pausa, pregunté—: ¿Qué piensa de lo sucedido?

—Lo del borrachín me parece claro. Doris era lo suficientemente inteligente como para no meterse en líos.

—Eso me han dicho.

—Pero no parece muy convencido de que así fuera.

—Me cuesta imaginar a una persona tan sola en una ciudad como Punta Arenas. Más aún si era joven, bonita y con dinero.

—A Doris la afectó mucho la muerte de su madre. Ocurrió cuando ella tenía diez años, en un accidente automovilístico. Con su padre no se llevaba bien. Don Augusto conducía el auto el día del accidente y Doris lo culpaba. No sé. Alguna vez llegué a pensar que su afán por las motos era una manera de buscar un final similar al de su madre.

—Complejo.

—Tampoco se llevaba bien con Amalia, su hermana. Había una buena diferencia de edad y Amalia siempre ha sido más próxima a su padre.

—Volvamos a sus amigos. Sé que Duarte la pretendía.

—Sin éxito, desde luego.

—Y ese Duarte, ¿es un sujeto rudo?

—¿Como para matar a Doris?

—Sí.

—Aníbal es incapaz de nada que le signifique mucho esfuerzo físico. Su mundo es un escritorio y un sinfín de cuentas. No. Para encontrar al culpable, jamás pensaría en él.

La mujer era categórica y eso me gustaba. También apetecía sus labios, el suave declive de sus caderas y el perfume que de seguro dejaba escurrir entre sus pechos.

—¿Y Andes? —pregunté, al tiempo que espantaba a mis fantasmas.

—Es un chico de Santiago. Llegó a Punta Arenas hace tres años. Vino a estudiar en la Universidad de Magallanes. No le fue bien, pero igual se quedó. Lo conocimos juntas, una noche en que fuimos a La Quinta Rueda, la peña donde él canta. Se hicieron amigos y a veces ella iba a verlo para conversar.

—Bien, creo que ya son suficientes preguntas —dije y, aunque no deseaba apartarme de la mujer, le di las gracias por su tiempo y me retiré de la *boutique* con un injustificado dejo de nostalgia.

Ella fue amable hasta el final. Me acompañó hasta la salida y me besó en una mejilla. Después, cuando el aire fresco borró mi aturdimiento, pensé que los nombres de Andes y Duarte se agregaban al amplio abanico de sospechosos. Calculé las posibilidades de cada cual y entre medio de raciocinios inútiles, sentí un rasguño tenue en el estómago. Tenía apetito y aplaqué los reclamos con una promesa de almuerzo para una hora más tarde. Estaba cerca del banco donde trabajaba Duarte y deseaba aprovechar el impulso de esa mañana.

Entré a la sucursal bancaria con el paso seguro del cliente que va a hacer depósitos en dólares o es sobrino del gerente. Pasé de largo frente a las cajas de atención y llegué junto a una puerta con un letrero que decía: Aníbal Duarte, Agente General. La abrí y una trigueña que se limaba las uñas al ritmo de Kenny Rogers me recibió con una sonrisa de aviso comercial. Traté de averiguar si más abajo de la sonrisa la calidad seguía siendo la misma, pero la secretaria no les dio tiempo a mis afanes científicos.

—¿En qué puedo atenderlo? —preguntó.

—Quisiera conversar con el señor Aníbal Duarte. Soy empleado de la compañía de seguros Intercontinental y deseo hacerle algunas preguntas.

—¿Personal o comercial?

—Supongo que ambas cosas.

—Se lo pregunto porque el señor Duarte no se encuentra. Hace veinte días que está en Santiago. Si su asunto es personal no hay nada que hacer; y si es comercial, podrá atenderlo el señor Fabres, su reemplazante.

Veinte días lejos de Punta Arenas dejaba a Duarte fuera de toda sospecha.

—¿Seguro que no lo dice para correrme de aquí?

—¿Cree que podría mentirle? —preguntó mirándome con una expresión risueña en su rostro.

—No con esos ojos tan bonitos.

—Gracias —dijo, evaluándome sin descaro—. ¿No quiere hablar con el señor Fabres?

—Fabres no es mi tipo.

—¿Y yo? —preguntó con picardía.

—Sin dudas, pero no en horario de oficina.

—El trabajo no es eterno.

—Lo tendré en cuenta —respondí y, luego de leer su nombre en la placa de acrílico que tenía sobre el escritorio, agregué—: Espero verla pronto, Pamela.

—Ya sabe dónde estoy —fue lo último que alcancé a escucharle decir antes de salir de la oficina y del banco.

En la calle me dejé acariciar por la brisa helada que subía desde el mar. En

dirección contraria a la que me dirigía vi marchar a un destacamento militar acompañado de una banda que interpretaba «Los Viejos Estandartes». Detrás de los uniformados caminaba un hombrecillo bajo y de aspecto pobre. En sus manos llevaba una suerte de báculo que agitaba en forma de guaripola y nada en él hacía pensar que se hallaba en sus cabales. Vestía pantalones que le llegaban a la altura de los tobillos y calzaba zapatillas blancas.

—¿Quién es ese? —pregunté a un colegial que miraba pasar el desfile.

—Rulito —dijo, al tiempo que se llevaba un dedo a la cabeza.

Esperé que el desfile pasara, y cuando me disponía a entrar a un restaurante divisé una joyería que despertó mi curiosidad y el recuerdo de Caicheo. Se llamaba «La Perla», como la novela de Steinbeck. Al entrar, tintineó la campanilla de la puerta y un vejete calvo que parecía dormitar sobre un diario se volvió hacia mí con indisimulado fastidio. Saqué la figurilla que llevaba en mi chaqueta y la dejé encima del mesón que servía de apoyo al hombre.

—Quiero saber si tiene algo similar —dije.

El joyero miró la figurilla como si fuera un bicho peligroso y enseguida movió la cabeza.

—No. Es un trabajo artesanal —dijo, y luego de tomar la figurilla y examinarla con una lupa, agregó—: Lo que suponía. Tiene la marca de la joyería «Becker», la única que se dedica a este tipo de piezas. Debe ser parte de un colgajo o de una pulsera. Si quiere algo igual vaya a la joyería «Becker». Queda en la calle Roca, a pocas cuadras de aquí. No hay cómo perderse.

Decidí obedecer a mi estómago y pospuse la visita a la joyería. En un restaurante llamado Haití me sirvieron vino blanco y gruesas patas de centollas. La carne roja y blanca apenas alcanzaba a detenerse un instante en mi boca, dejándome sentir el sabor inconfundible de la centolla. Después, cuando el boliche comenzaba a girar a mi alrededor, consideré oportuno pagar la cuenta y salir del lugar. Estaba en ese límite peligroso en que dan ganas de cantar boleros o de reírse por cualquier imbecilidad.

Caminé hacia la calle Roca y encontré fácilmente la joyería.

El lugar parecía sacado del siglo pasado o de las novelas de Dickens. Muebles y vitrinas antiguas cubrían cada espacio de la tienda. Un reloj cucú daba el tiempo ceremoniosamente y otros aparatos más modernos le hacían coro. Una anciana, también tomada a préstamo de Dickens, me atendió preocupada de enfocar mi rostro dentro de los gruesos anteojos que llevaba sujetos al cuello con una cadena de oro.

—Quiero saber si hacen trabajos de esta clase —dije repitiendo la función de sacar la figurilla y ponerla sobre el mesón.

—Esta es nuestra —contestó la mujer con voz de gallineta feliz—. Su estilo es inconfundible.

—Macanudo —exclamé riéndome, sin llegar a precisar si lo hacía por la noticia, el vino o la voz de la anciana.

—¿Desea encargar algo similar?

Sorprendido, busqué ayuda en el cucú que acababa de salir de su caseta de madera y pensé en un cuento de interés.

—Di una fiesta en mi casa y alguien que no conozco dejó caer esta pieza. Supuse que se trataba de un trabajo especial y que donde la hubieran hecho me podrían dar el nombre de quien la compró. Quiero devolverla.

La historia era muy mala, pero la mujer se la creyó.

—Llamaré a mi hijo para que le proporcione los datos —dijo y desapareció por una puerta disimulada entre dos armatostes de madera.

Conté hasta quince, conversé con el cucú y finalmente vi aparecer a un tipo canoso, con aspecto de solterón, apollorado y con profundas ojeras de onanista. Nos saludamos con la simpatía de dos perros vagos y en tres minutos le repetí la supuesta historia de la figurilla.

—Lo recuerdo bien —dijo—. El dato que le interesa debe estar en nuestro registro de clientes.

El joyero se acercó a una registradora y tomó un grueso cuaderno que se hallaba junto a la máquina. Lo abrió y fue leyendo en sus páginas hasta dar con lo deseado.

—Pulsera de hombre con signos del zodiaco —leyó en voz alta—. 30 de abril de 1990. Trabajo encargado por la señora Magda Morgado.

—¿Magda Morgado?

—¿No sabe quién es? —preguntó el joyero, al tiempo que mostraba una sonrisa de niño mateo que escucha chistes colorados.

—Ni idea, amigo.

—La Gran Magda —agregó—. La dueña del «Peñón».

—¿Y eso qué es?

—Una casa de tolerancia —respondió en voz baja.

—¿Casa de tolerancia? Casa de putas querrá decir —grité y el joyero dio una ojeada nerviosa a su alrededor para ver si su madre se encontraba cerca.

—Moderación, caballero, moderación —suplicó.

—No se inquiete. No lo voy a delatar con su viejecita.

El hombre sonrió y adoptó un aire de complicidad.

—Vaya una de estas noches y no se arrepentirá —dijo siempre en voz baja—. Han llegado varias nortinas muy lindas.

Le aseguré que seguiría su consejo y puse fin al diálogo de liceanos con apremios entre las piernas. Luego salí de la joyería y pensé en la relación que podría existir entre la Gran Magda y los asesinos de Caicheo.

Averiguaría lo que fuera por la noche, pensé, y dediqué el resto de la tarde a visitar a otras personas cercanas a Doris Mollet.

Diez

La casa de Amalia Mollet quedaba en el sector norte de la ciudad, frente a un astillero en desuso donde sobrevivían algunos oxidados y esqueléticos cascarones de barcos. Estaba ubicada sobre una colina desde la cual se podía contemplar el Estrecho de Magallanes. Un paisaje que permitía comprender la insignificancia de cualquier hombre detenido junto al oleaje, el cielo amplio y nuboso, la playa y el mar con sus secretos remecidos por el viento.

Un taxi me condujo hasta la entrada de la casa. El conductor, un hombre mayor y de buena labia, me contó que la casa era de reciente construcción, lo que se notaba en el barniz de las maderas y en el jardín donde algunos árboles luchaban por mantenerse erguidos. La empleada que abrió la puerta me hizo pasar a una sala adornada con filodendros y jarrones chinos de dudoso gusto. Le expliqué mis motivos y después de diez minutos vi aparecer a la esposa de Sebastián Suzarte.

Alguna vez había sido hermosa y ella era consciente de su deterioro. Lo noté cuando, luego de saludarnos, esquivó mis ojos que recorrían sin ninguna delicadeza su rostro blanco, cubierto de cremas y polvos que no lograban disimular sus arrugas. Era algunos años mayor que Doris. Sus cabellos se asemejaban al pasto seco y bajo un holgado vestido azul adiviné sus formas abultadas.

—Mi padre me informó que usted vendría —dijo sin ocultar la molestia que le ocasionaba mi presencia.

Quise encender un cigarrillo y ella me contuvo.

—Prefiero que no fume —dijo—. Me incomodan los malos olores.

—A mí también —contesté—. Los malos olores del mundo. Esos que se leen entre líneas en los diarios o se respiran en ciertas reuniones.

—Su filosofía no me interesa, señor Heredia. Y aun más, ni siquiera tengo interés en conversar con usted.

—Trato de saber algo de su hermana.

—¿Para qué?

—Es parte de la investigación.

—No entiendo qué busca mi padre...

—No es la única con ese problema. Pero, paga mis servicios y eso me basta.

—Usted dirá.

—Hábleme de Doris.

—Dudo que sea de mucha ayuda. Nos llevábamos mal y nos veíamos poco. La última vez fue con ocasión del cumpleaños de mi padre. Cuatro meses atrás. Tuvo la mala ocurrencia de llegar a la casa con un amigo cantante. Se lo dije, y prefiero no reproducir su respuesta.

—Tendrían sus razones para llevarse tan mal.

—Formas diferentes de ver la vida.

—Puede explicarse.

—Nunca hizo mayores esfuerzos por sentar cabeza. Se refugió en un rol de niña mimada y nunca salió de ahí.

—Ella era joven, libre y sin nadie a quien rendir cuentas —dije.

—Prefiero pasar por alto su impertinencia.

—Disculpe. No lo dije en el sentido que usted lo aprecia.

La mujer sangraba por una herida y me propuse averiguar los motivos.

—¿Siempre se llevaron mal?

—Supongo que no. Los problemas comenzaron a su regreso de Santiago. Había perdido tres años y parecía no importarle. Tampoco a mi padre, si he de ser sincera. Me molestaba su indiferencia por nada que no fuera ella misma.

—¿Con su esposo también se llevaba mal?

—¿Mi esposo? ¿Qué tiene que ver él en esta historia? —preguntó molesta.

—Es parte de la familia, ¿no?

—Sí, de la mía.

—Quisiera conversar con él.

—Búsquelo en su oficina —dijo y miró su reloj sin disimulo—. La dirección está en la guía de teléfonos.

—Lo haré.

—¿Desea saber algo más?

—¿Conocía a los amigos de su hermana? —pregunté más que nada para ganar un poco de tiempo y pensar en otras preguntas.

—Ya le dije que nuestra relación era mala.

—Pudo haber escuchado hablar de ellos.

—Doris no era un tema que me interesara.

—Sí, ya veo —dije mientras observaba las arrugas que se formaban sobre los labios de la mujer—. Y a propósito de interés, ¿sintió algo cuando murió su hermana? Me refiero a tristeza, pena, cualquier cosa semejante al dolor.

Amalia Mollet se puso de pie y caminó hasta la puerta de salida.

—Ya conoce el camino —dijo antes de perderse en uno de los pasillos interiores de la casa.

Quedé a solas y un chino obeso me hizo una morisqueta desde el jarrón instalado en una esquina de la sala. Parecía feliz, aunque su ombligo apuntara hacia el infinito y a su alrededor no hubiera más que flores plásticas y tres filodendros anémicos. En algún lugar de la casa escuché el ruido que hacía una puerta al cerrarse. Me puse de pie y encendí un cigarrillo.

Al salir de la casa estuve más de diez minutos a la intemperie esperando taxi. Llovía y la masa gris de las nubes cargadas de agua parecía descender sobre los techos de la ciudad. En la Plaza de Armas, media docena de personas se refugiaban junto a la puerta de la Iglesia Catedral y otras lo hacían bajo la marquesina del Teatro Cervantes. Esperaban un milagro o como me explicó el conductor del taxi, uno de esos cambios climáticos que, en Punta Arenas, permiten apreciar las cuatro estaciones

del año en un mismo día.

—Cosas de Punta Arenas —dijo el chofer con orgullo—. Como el viento, los calafates y su gente.

Asentí con una sonrisa y el hombre aceleró su vehículo.

Después de Amalia Mollet debía conversar con Sebastián Suzarte. Pero mi aspecto y la lluvia no estaban para visitas sociales. Necesitaba zapatos secos, otra camisa y una copa que me diera calor y entusiasmo. Me recosté en el asiento y el taxista condujo hasta la pensión.

Encontré a Matic, como de costumbre, a un costado de la barra que presidía el comedor de la pensión. Junto a él estaba la réplica criolla de Goliat, Frankenstein o quien fuera que midiera un metro noventa de alto. Saludé al croata y de reojo observé al gigantón. Su cuerpo era el de King Kong, pero tenía el rostro de un colegial con la nariz aplanada a reglazos.

—Deme algo para el frío —pedí.

—Le presento a un amigo —retrucó el croata indicándome al hombrón.

—Carlos Humberto Rondinoni —dijo el gorila alargando una mano del porte de una pala.

—Firpo Rondinoni —agregó Matic sin advertir mis esfuerzos por zafarme de la garra del mastodonte.

Comenté el acento argentino del extraño.

—Soy cordobés y pugilista —aclaró Rondinoni.

—Lo de pugilista va en tiempo pasado —acotó Matic—. Hace dos años que no pelea y dudo que vuelva a hacerlo.

—¿Qué sabe usted? —se defendió Rondinoni—. Hice una buena campaña en Punta Arenas. Boté a la lona a varios paquetes.

—Menos al chilote Hernández —agregó Matic que parecía disfrutar aportillando al argentino.

—Muy joven y rápido —sentenció Firpo, al tiempo que hacía una finta para evitar un par de golpes imaginarios—. En nuestras tres peleas me ganó de puro nuevo.

La historia de Carlos Humberto Rondinoni no era original. Años atrás, como figura promisorio en Buenos Aires, había ocupado los cartelones del Luna Park. Una docena de victorias consecutivas lo habían hecho conocido, hasta que un moreno de Neuquén, mañero y curtido, le puso algunos golpes que lo obligaron a babear la lona. Después hizo un par de preliminares sin fortuna y fue quedando en la orilla, lejos de las luces grandes, obligado a llenar carteleros del interior, cada vez más al sur entre Bariloche y Río Gallegos. Y al final, sin crédito y sin luz, cansado de servir de prueba para los prospectos regionales, había emigrado a Punta Arenas.

—Aquí hizo buenas peleas —comentó Matic—. Era garantía de combates duros. Nunca arrugó, y los jóvenes que deseaban trepar alto debían probar sus manos.

—Muchos aprendieron conmigo —dijo Rondinoni.

—Y de paso se ganó a la Carmelita —agregó Matic.

—¿La Carmelita? —pregunté.

—La esposa de Firpo —comenzó a decir Matic—. Una muchacha que trabajaba en las casas de la calle Errázuriz...

—Lavaba platos y sábanas —interrumpió Rondinoni.

—Si, eso —dijo Matic, al tiempo que me hacía un guiño cómplice—. Lavaba sábanas y este argentino cabeza dura la sacó del lugar. Fue en su época de gloria, cuando ganaba dinero y lo botaba en cantinas y quilombos. Una buena inversión, porque hasta la fecha la mujer lo acompaña. Y eso que en los últimos años la vida no le ha sido fácil.

Rondinoni sonrió a una galería imaginaria e intuí que poco de lo que conversábamos llegaba al fondo de su cabeza golpeada en un infinito *round* contra la suerte. Matic le sirvió una cerveza y el argentino jugó unos segundos con la espuma que sobresalía del vaso.

—Y no crea que es poca cosa, Heredia. Encontrar la contraparte que calce y tenga paciencia no es fácil.

Pensé en algunos nombres del pasado. Bebí un sorbo de grapa y observé al boxeador que parecía entretenido con el color de su cerveza.

—¿Qué, le di en los cachos? —preguntó el croata, risueño.

—Pensaba en otra pareja —mentí—. Hoy estuve en casa de Amalia Mollet y tengo intenciones de conversar con su marido. ¿Qué me puede decir de Sebastián Suzarte?

—Lo que sabe todo el mundo —dijo Matic—. Es hijo de uno de los hombres poderosos de la zona, pionero en el negocio de las ovejas. Sebastián es hijo único y atiende algunos de los asuntos del padre, aunque las malas lenguas dicen que lo mejor que hace es gastar los millones del viejo. Le gustan los caballos, las cartas, quilombear y pasarlo bien.

—¿Y su matrimonio con Amalia Mollet?

—Mucha pompa y dinero. Se dice que fue por conveniencia. Unir capitales siempre ha sido buen negocio.

—Y por cierto, la felicidad no se refleja en la cara de Amalia.

—Los cuernos nunca han dado alegría a nadie, Heredia. Menos en una ciudad como la nuestra, donde todo se sabe, comenta y multiplica.

—¿Cómo es eso?

—El hombre tiene sus encantos y sus afanes. Se dicen muchas cosas acerca de sus aventurillas con algunas damas. Los detalles no son necesarios, usted tiene más de dos dedos de frente.

—¿Le cuento la pelea con Zambrano? —preguntó de pronto Rondinoni, interrumpiendo mi conversación con Matic.

—¿Qué cosa?

—Mi pelea con Zambrano. Uno de mis mejores combates.

—Estoy hablando con Matic —respondí.

—Si quiere oír una buena historia, escúchelo Heredia —dijo el croata—. Por mi parte no es mucho más lo que podría decirle de Suzarte y su gente.

—Tal vez en otra ocasión. Tengo trabajo pendiente —dije, al tiempo que vaciaba mi copa.

—Cuando quiera oírla, me avisa —alcancé a escuchar que decía Rondinoni mientras subía la escalera que conducía al segundo piso.

Once

Cuando salí de la pensión la lluvia había dado paso a un viento helado. Eran apenas las cinco de la tarde, pero ya las luces del alumbrado público estaban encendidas y la oscuridad invernal se arrastraba hacia los rincones más apartados. Algunos estudiantes comenzaban a salir de sus aulas y correteaban por las veredas, ajenos al frío o las precauciones que la gente mayor tomaba para atravesar la calle o avanzar sobre pastelones vidriosos. Unas luces amarillentas emergían de las vitrinas comerciales y el ruido de las cadenas que envolvían las ruedas de los vehículos establecía una suerte de música monótona que solo se interrumpía con la urgencia de las frenadas o los bocinazos de algún conductor impaciente.

Subí las solapas de mi chaquetón y respiré hondo el aire helado de la calle. El aspecto gris de los edificios y de las nubes que parecían estar prontas a caer sobre ellos irradiaba una imagen de tristeza que acentuó mi soledad. Estaba lejos de mis rincones conocidos, y como un niño explorador disciplinado me dispuse a cumplir mis tareas. Caminé sin rumbo fijo y enseguida entré a una cafetería a preguntar por las oficinas de Sebastián Suzarte.

Media hora después llegué a la oficina ubicada en el décimo piso del edificio Libertador, una mole de mal gusto y cemento instalada frente a la Plaza de Armas. Mis pies se hundieron en una alfombra rojiza y una secretaria con aspecto de aburrida me hizo las consultas habituales. Luego me hizo esperar cinco minutos antes de invitarme a entrar al despacho de su jefe. Suzarte se encontraba sentado junto a un escritorio con cubierta de vidrio. Tenía un teléfono y una revista a su alcance. Lo demás era el silencio y el paisaje que entraba en la habitación a través de un ventanal. Observé al hombre y pensé que si era de la misma edad de su mujer lo disimulaba muy bien. Se veía joven, atlético, con aspecto de muchas horas de gimnasia o trabajo con pesas. Vestía deportivamente y sus prendas evidenciaban buen gusto y dinero en abundancia para comprarlas.

Suzarte me miró con curiosidad y enseguida me ofreció asiento frente a su escritorio.

—Así que usted es detective —dijo.

Le di mi nombre y motivos. Noté que se inquietaba y que hacía esfuerzos para no evidenciar su nerviosismo. Buscó en uno de los cajones del escritorio y me ofreció un cigarrillo. Lo tomé y encendí con mi propio fuego.

—Quiero saber cosas de su cuñada —dije.

—La muerte de Doris fue espantosa —comentó—. Me costó creerlo. Un día antes la había visto, alegre y bella como siempre.

—¿Dónde la vio?

—En una fuente de soda. Nos saludamos y conversamos brevemente.

—¿Solía conversar con ella?

—Eramos de la familia y nos encontrábamos a menudo. En un restaurante, en la

calle. Aquí es normal que la gente se vea con frecuencia. Los espacios son reducidos y las actividades sociales muy pocas.

—Su esposa me contó que no se llevaba muy bien con Doris.

—¡Amalia! —exclamó Suzarte—. Ella no se lleva bien con nadie. Las amigas le duran apenas un suspiro. Pero su conducta y la mía no son iguales. Doris y yo nos llevábamos bien y en más de una oportunidad procuré que ella y Amalia se reunieran. Nunca tuve éxito. Entre ellas existía un quiebre y el culpable era mi suegro. Vivía poniéndolas en contra y no sé el motivo. Alguna vez llegué a pensar que las odiaba.

—Eso es muy duro, señor Suzarte.

—Creo que las culpaba de la muerte de su esposa. O era su forma de protestar por haberse quedado solo con dos niñas a las que tuvo que criar y cuidar más allá de lo que tenía pensado hacer cuando se casó. En fin, no creo que sea un tema de su interés.

—Todo puede ser importante —dije. Suzarte sonrió y noté que su inquietud tendía a desaparecer.

—Hay padres que llegan a matar a sus hijas —agregué.

—No quise decir eso, Heredia.

—Descuide, es solo una idea. En este caso ando con la cabeza metida dentro de un saco.

—Usted dirá en qué otra cosa puedo ayudarle.

—Hábleme de los amigos de Doris —dije, cansado de iniciar otro interrogatorio.

Suzarte se quedó en silencio. Pareció pensar en el asunto y enseguida respondió con una negación.

—Me lo imaginaba —dije—. Y a Castaño, ¿lo conocía?

—Supe de él por la prensa.

—¿Le parece que haya sido el asesino?

—Las noticias me parecieron convincentes. Por lo demás, no tengo otros antecedentes como para pensar lo contrario.

—Pablo Andes, ¿no le dice nada?

—Nada. ¿Quién es?

—Un amigo de Doris.

—Nunca oí hablar de él. Lo que no es extraño. Doris era bien reservada con sus cosas. Una mujer capaz de guardar un secreto si así se lo proponía.

—¿Qué quiere decir?

—Trato de reflejar algunas de sus características.

La conversación se alargó unos minutos más. Mis preguntas se hicieron torpes, reiterativas, y me di cuenta de la molestia que ellas ocasionaban en Suzarte. En mi interior dejé germinar una inquietud. Me parecía extraño tanto desconocimiento en torno a una mujer y así se lo comenté.

—Usted tendría que conocer bien a Mollet y sus hijas. Siempre están mirando hacia dentro de ellos mismos. Se comunican poco y mal entre sí. Es como si no se

quisieran, o peor aún, que se temieran.

—Está hablando de la familia de su esposa.

—Todo se desgasta. Incluso los afectos —sentenció Suzarte.

Lo miré recorrer con sus manos la cubierta del escritorio y tuve la impresión de estar frente a un hombre solo, atormentado por una rutina que lo mantenía aprisionado en su castillo de metal y acrílico, descontento de sí mismo y de todo lo que le rodeaba.

—Por ahora se acabaron mis preguntas —dije finalmente—. Quisiera conversar con usted en otra oportunidad. Nunca se sabe. Mi negocio está lleno de sorpresas.

—Ya sabe dónde ubicarme.

—Lo sé —dije y me despedí.

Al salir de la oficina pensé que Augusto Mollet debía estar satisfecho con mi trabajo de ese día. Nada concreto hacía fama en ningún blanco pero un par de ideas comenzaban a revolotear en mi cabeza. Era como el inicio de una historia oculta. De esas que un amigo novelista me había enseñado a conservar en mi interior, atando cada uno de sus hilos y posibilidades. Decidí dejarla en reposo y ocupar las próximas horas en el asesinato de Severino Caicheo.

Bebí dos copas en un bar de la calle Roca y luego un taxista y algunos pesos de propina me permitieron llegar al «Peñón», la residencia de la Gran Magda.

Doce

—¿Joyas, señor Heredia? —preguntó la mujer, al tiempo que buscaba en el fondo de mis ojos la verdadera intención de mis palabras—. No sé a qué se refiere, hace un momento usted dijo que se dedicaba a la venta de seguros.

Llegar junto a la Gran Magda había sido tan fácil como rebanar mantequilla. Una buena propina a un mozo y la mejor de mis sonrisas me habían bastado para acercarme a su lado. El «Peñón» era un prostíbulo tan popular como político embustero y entre sus paredes nada escapaba al control de la mujer que, desde un rincón del salón principal, atendía los movimientos de sus muchachas y los clientes. Como en otros pueblos, intuí que en un lugar con las características de Punta Arenas, una cabrona no solo administraba los polvos de los hombres, sino que además se encargaba de recoger información que para alguien, en algún momento, tendría valor.

—Cierta amigo encontró esta joya en la calle —contesté mostrando la figurilla dorada—. Al parecer es una pieza única y a mi amigo le interesó adquirir el resto de ella. Hice algunas consultas en las joyerías de la ciudad y me informaron que usted era la dueña de la joya.

En el rostro de la mujer se reflejó la duda y no pudo evitar una mueca de contrariedad. Su voz chillona, su nombre y su cabello teñido de un rubio pajizo me hicieron recordar a una obesa secretaria municipal que había conocido durante la investigación de unos robos de bienes fiscales. Un ogro con polleras, que pasaba la mayor parte del día humillando a los empleados a su cargo, armando intrigas, moviendo su abultado vientre de rana vieja.

—Puede ser buen negocio —agregué.

—Sí, creo reconocerla —dijo la mujer con cautela—. Pero ya no está en mi poder.

—Tal vez recuerde a quién se la dio.

—Digamos que la vendí.

—¿Se acuerda a quién? —pregunté, intuyendo que la mujer mentía.

—Fue algo especial. Un cliente que deseaba hacer un regalo y no figurar en los registros de ninguna joyería.

—¿Un regalo para una amante?

—La casa tiene sus reglas, señor. Y una de ellas es la discreción. En este negocio se conocen las historias ocultas de la gente. Los clientes confían en mí y trato de no defraudarlos.

—Le reitero que mi oferta puede ser generosa —dije.

—Lo tendré en cuenta y si una de estas noches aparece el cliente del que hablamos se lo comentaré. Pero no le prometo nada.

—Si es así, la visitaré de nuevo.

—Su casa —dijo la mujer al tiempo que esbozaba una falsa sonrisa—. Mientras eso ocurre beba una copa y conozca a las chicas. El primer trago es cortesía de la casa, los otros, asunto suyo.

Al escuchar a la Gran Magda pensé que alguna carta extraña se reservaba entre los pliegues abultados de su vestido. Su amabilidad era tan falsa como la fotocopia de un billete de tres mil pesos y no había que ser genio para darse cuenta de que ella no se detendría a recoger a su madre del suelo si eso le impedía obtener una ganancia. Pensé que había dado un mal paso, igual que la costurera del verso de Carriego. El dueño de la pulsera tendría la iniciativa y la ventaja de dar el siguiente golpe. Eso me obligaba a estar alerta y respirar profundo el aire enrarecido del prostíbulo.

Me alejé del lado de la cabrona y me senté junto a una mesa desde la cual tuve una buena visión del lugar. Dos rubias, seis traseros generosos, un par de escotes y media docena de piernas alcancé a contemplar en el primer vistazo. Nada nuevo, salvo el aspecto familiar del salón, decorado con plantas artificiales y cortinas de cretona. Lo demás eran una veintena de mesas, la pista de baile circular y un pequeño estrado en el que se apretujaba un conjunto instrumental. Los clientes actuaban con familiaridad y las mujeres hacían su trabajo con la calma de avezados artesanos.

Unos pocos hombres bebían a solas. Otros, la mayoría, jugaban a los naipes o bebían acompañados de algunas mujeres. Desde su mesa, la Gran Magda observaba con atención los movimientos de sus pupilas, y de tanto en tanto, les hacía una seña para que se preocuparan de los clientes solitarios.

Mi soledad duró el tiempo de un bolero, ya que enseguida se acercó a mi lado una mujer rubia, joven y bonita. En su rostro lucía una sonrisa frágil y en el fondo de sus ojos, una tristeza tan antigua como la vida.

—¿Quieres bailar? —preguntó.

—No.

—¿Quieres pasar a mi pieza?

—No.

—¿Te molesta si me siento a tu lado?

—No —contesté por tercera vez, al tiempo que observaba el escote de su vestido negro.

—No eres muy amistoso —agregó ella con cierta desilusión.

—Hasta ahora solo te he dado tres respuestas sinceras.

—¿Quieres invitarme una copa?

—Al fin una buena idea.

La mujer sonrió y llamó a un mozo colorín que revoloteaba por entre las mesas, alerta a los pedidos de las prostitutas y sus clientes. Ella le dijo algo al oído y al poco rato el hombre regresó a nuestro lado con un vaso largo lleno de un líquido oscuro. Brindé con mi acompañante y por unos segundos me concentré en reconocer el fondo de mi copa.

—Me llamo Nelly —dijo ella.

—Nelly —repetí—. Me alegra conocerte.

—¿Y tú?

—Heredia. Así me llaman cuando no me mentan la madre.

—¿Es un nombre o un apellido?

—Un apellido.

—¿Y tu nombre?

—Preferiría omitirlo. Fue un desliz de algún funcionario que no buscó más allá del santoral del día.

—No será para tanto. ¿Por qué tanto misterio?

Le dije mi nombre y ella se rió.

—No es bonito —comentó.

—Claro que no —dije ensayando una mueca grotesca.

—Cambias de ánimo, Heredia.

—No apuestes mucho a eso, Nelly.

—Tú no eres de la ciudad.

—¿Se nota?

—¿De dónde eres?

Mi respuesta quedó en suspenso a causa de la entrada de tres hombres extraños. El más alto parecía un paquidermo. El segundo era alto y delgado, con un bigotito recortado sobre los labios. Reconocí al tercero. Era Spolleteo, el policía. Se movieron con familiaridad por el salón y se acodaron a la barra del bar.

—¿Quiénes son esos que acaban de entrar? —pregunté a Nelly.

—¿Por qué? —interrogó a su vez, recelosa.

—Curiosidad.

—El más flaco se llama Bergamon. No sé el nombre de los otros. Son tiras.

—Desde luego que no tienen la gracia de los Tres Chiflados —comenté mientras veía que Bergamon se apartaba de sus amigos y se encaminaba hacia la mesa de la Gran Magda.

Saludó a la cabrona con besos en las mejillas. Ella le dijo algo y Bergamon miró sin disimulo hacia mi mesa. Luego llamó a sus acompañantes y con un par de instrucciones los puso en acción.

—¿Tienes líos con los tiras? —preguntó Nelly al ver que los dos hombres se acercaban a nuestra mesa.

—Tranquila. Los muñecos hacen su rutina —dije.

—Sus documentos —escuché decir al hombre gordo parado frente a la mesa.

—¿Cómo? —pregunté.

—Sus documentos —intervino Spolleteo—. Mi compañero le pide sus documentos.

—Bebo una copa y no molesto a nadie —dije.

—Somos policías y controlamos a quien se nos da en gana —agregó el gordo.

—¿Quién me asegura que lo sean? —pregunté y de inmediato sentí el peso de unas garras sobre mis hombros.

—Mejor tranquilice a su amigo, Spolleteo —dije. La mención de su nombre tomó de sorpresa al policía.

—La primera vez que lo vi tenía mejores modales —agregué—. Decía sí señor y no levantaba la vista del suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó Spolleteo.

—Me llamo Heredia. El comisario Drago, su jefe, podrá darle otros antecedentes. El nombre de Drago terminó por desanimar al policía.

—No lo tome a mal. Es simple rutina. Cuando aparece gente nueva es conveniente saber algo de ella. No queremos revoltosos, ebrios ni tipos que usen este lugar para sus reuniones políticas.

—Su discurso quedó pegado a otra época, Spolleteo. ¡Su jefe ya abandonó la Moneda!

—Eso no cambia nada. Los revoltosos siguen actuando.

—Sí, tal vez tenga razón. Sin embargo, hasta donde sé ninguna revolución ha nacido en una casa de putas.

Spolleteo intentó sonreír pero solo logró acentuar la expresión estúpida de su rostro.

—Y ahora desearía seguir a solas con mi amiga —agregué.

Por un instante el policía dudó en obedecerme. Lo vi llevar una de sus manos al interior del vestón e imaginé las formas duras de una pistola. Pero no se atrevió. Farfulló una despedida y regresó junto a Bergamon. Su informe fue breve y al poco rato los dos hombres salieron del lugar. El hombre gordo se quedó acodado en la barra y después de algunos minutos lo vi sentarse cerca de la mesa que ocupábamos con Nelly.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. Nunca vi tratar así a un policía.

—Un forastero que desea ser tu amigo.

—No quiero meterme en líos. Mejor me marchó.

—Tienes una copa pendiente.

—Ya no me interesa.

—Solo vamos a conversar —dije y luego, en un par de frases le expliqué mi oficio.

—Y eres amigo de Drago —agregó Nelly al término de mi relato.

—Sí —respondí—. ¿Eso te tranquiliza?

Nelly no contestó. Tomó su copa y bebió con más prisa de lo aconsejable.

—Ese tal Bergamon, ¿frecuenta la casa?

—Viene a diario.

—¿Le gusta el ambiente o es solo parte de su trabajo?

—Es muy amigo de la señora.

—¿Tienen negocios en conjunto?

—Dicen que le protege la casa a cambio de algunos pesos. Bergamon es dueño de una empresa de seguridad.

—¿Qué tantos pesos?

—Prefiero que no me haga más preguntas. No quiero tener problemas con la

señora.

En los ojos de Nelly había miedo. Tenía prisa y sus manos jugaban inquietas con el vaso, al tiempo que miraba con insistencia hacia la mesa ocupada por la Gran Magda. No quise forzar nuestra conversación ni menos quedarme a solas. Escuché que el grupo musical iniciaba un bolero, y en contra de todos mis gustos y aptitudes, la invité a bailar. Nos abrazamos en medio de la pista y respiré profundamente su perfume mientras uníamos nuestras mejillas y girábamos lentamente, como tanteando un terreno desconocido. Sentí el inicio del deseo y dejé que sus huesos se adhirieran a los míos. Un vocalista quejumbroso entonó los primeros versos del bolero y junto al cuello de Nelly susurré aquello de «si negara tu existencia en mi vivir bastaría con abrazarse y conversar». Ella sonrió y tomé de sus labios un beso rápido, lleno de intenciones.

—No sé quién eres pero me gustas —dijo ella.

—No sé quién eres pero me gustas —repetí.

—¿Te quedarás conmigo?

Le iba a decir que sí, que esa noche y toda la vida, pero en ese mismo instante sentí en uno de mis hombros la presión de una zarpa desconocida y hostil. Solté a Nelly, di un paso hacia atrás, y reconocí al gordo amigo de Spolletto que sostenía una botella entre sus manos.

—Huevón metete —dijo el hombrón mientras calculaba la distancia que nos separaba.

Mantuve la calma y lo observé a los ojos para adivinar sus próximos movimientos. Fue una mirada breve, porque de inmediato lo vi acercarse e incliné la cabeza para esquivar el botellazo del matón. Sentí dolor en el hombro derecho y procuré mantener el equilibrio. El gordo no se dio por vencido. Repitió su ataque y consiguió enterrarme la botella en el vientre. Me doblé lentamente y caí al suelo. Un zapato se incrustó en mis costillas y por unos segundos aspiré el polvo de la pista de baile. Luego escuché los gritos de algunos clientes y me resigné a recibir más castigo. Pero el hombre se detuvo de pronto y lo vi retroceder con las manos de Rondinoni aferradas a sus brazos.

—¿Qué pasa contigo, Menchaca? —oí preguntar al pugilista.

El gordo lo miró con ojos extraviados.

—Dame eso —insistió Rondinoni, quitándole la botella de las manos.

Comencé a incorporarme y, cuando volví a estar de pie, vi que el argentino conducía al matón hacia un rincón del salón. Los pasos del gordo eran vacilantes y al llegar junto a una silla se derrumbó como un costal.

Nelly se acercó a mi lado y volvimos a nuestra mesa.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí con la cabeza y vi acercarse a Rondinoni que parecía un niño feliz después de realizar sus tareas escolares.

Gracias —le dije—. Ese tipo deseaba partirme en dos.

—Hice lo que Dios manda —sentenció el boxeador—. Menchaca suele armar camorras cuando se cura.

—Hasta donde sé, Dios nunca le rompió el culo a nadie.

—Si Menchaca no se calmaba le pensaba dar con todo, como en los viejos tiempos.

—No creo que sea buen negocio pegarle a un tira.

—Con Menchaca no hay problemas. Lo conozco. Alguna vez lo socorrí en una mocha fiera. Por eso se calmó cuando me vio. Por lo demás, Dios sabía que estaba actuando bien.

—Confías mucho en Dios.

—Y en San Antonio de Luján —contestó Rondinoni, mientras sacaba de su chaqueta una arrugada estampita del santo—. La traigo desde que debuté en el Luna Park. Me la obsequió mi vieja y me ha ayudado tanto como los consejos de los hermanos del Ejército de Salvación.

—No es mi noche. Me ataca un gorila y después, las prédicas de un canuto.

—Quiero ser su amigo —dijo Rondinoni—. No se moleste, jefe.

—Descuida.

—¿Quieres otra copa? —preguntó Nelly, interrumpiendo el discurso del argentino.

—Es una buena idea. Una copa, dos y hasta tres pueden ser.

—¿Le cuento mi pelea con Zambrano? —escuché decir a Rondinoni.

—Otra noche, amigo.

—Mientras bailábamos te hice una pregunta —recordó Nelly.

—Eso también quedará para otra noche —dije acompañando mis palabras con un gesto de dolor—. Los botellazos del matón me hicieron algo de daño y por ahora solo tengo fuerzas para un par de copas.

—Pensé que podría ser una noche diferente —dijo.

—No se puede apostar toda la suerte en una noche.

Nelly hizo una mueca de disgusto. Acarició mis manos con las suyas y me miró en silencio. Después se puso de pie y se encaminó hacia uno de los pasillos interiores del prostíbulo.

—Creo que beberé una cerveza —oí decir a Rondinoni.

—Todas las que quieras —dije—. La cuenta es mía.

El licor hizo su trabajo con precisión de relojero. Tres horas más tarde salí del quilombo con la cabeza transformada en un infierno donde se confundían cada uno de los momentos vividos desde mi llegada a Punta Arenas. Rondinoni se había quedado dormido sobre la mesa y mis intentos de moverlo habían sido inútiles. Para ello se necesitaba estar sobrio, tener una grúa o ser Charles Atlas. Como no reunía ninguna de las tres condiciones, le di una palmada en las espaldas y lo dejé a cargo de los mozos. La noche estaba helada y sentí que mi rostro se adormecía lentamente. Di algunos pasos sin rumbo fijo y me costó más de la cuenta reconocer el barrio que

transitaba. Lo demás fue el olvido hasta que llegué a la pensión de Matic.

La casona mantenía sus puertas cerradas y en su interior no divisé luz. Sin necesidad de mirar el reloj deduje que el croata y su familia dormían desde hacía largo rato. Golpeé la puerta con insistencia y después de unos minutos escuché una voz conocida.

—Heredia —dije.

La puerta se abrió y vi aparecer a Yasna. Su cabellera había perdido la rigidez del peinado habitual y la débil luz que iluminaba su rostro lo convertía en una imagen misteriosa y atractiva. Era un ángel imprevisto, pensé y enseguida se lo dije. Ella retrocedió unos pasos. Me acerqué, la abracé de la cintura y busqué sus labios. Su resistencia impidió que el beso durara lo suficiente como para disfrutarlo. Se liberó de mis manos y cruzó mi rostro con una bofetada.

Maldije mis modales mientras la veía desaparecer al interior de la casa. Dio unos pasos y me acodé en la barra del comedor. Recordé el inicio de un cuento de Charles Bukowski: «Como cualquiera puede decirlo, no soy un hombre muy agradable».

Trece

El sol entraba por la ventana, rebotaba en el espejo resquebrajado de la cómoda y caía sobre mis ojos con la delicadeza de un verdugo. Con aplicación y destreza, unos enanos martilleaban dentro de mi cabeza, y entre sus golpes era difícil determinar el modo en que había logrado llegar a mi habitación. Recordé a Nelly, los tragos junto a Rondinoni, algunas calles heladas y al final, la imagen de Yasna prevaleció sobre todos esos recuerdos.

Busqué el reloj que había dejado encima del velador y su puntero detenido en el número cuatro fue un dato suficiente para lamentar una mañana perdida entre las sábanas y los resabios de la borrachera. Había sucumbido a un error que pocas veces cometía y las copas me habían adelantado en una carrera de la que solía salir victorioso, sin más rasguños que el sentimiento de estar en el fondo del pozo. Sentí deseos de coger mis cosas e irme de la ciudad en el primer avión disponible. Cerrar las cuentas con el pasado de Caicheo y volver al espacio reducido de mi oficina, donde me esperaban Simenon y muchas horas secas, aburridas como los recuerdos de la única tía solterona de la familia.

Con algún esfuerzo conseguí dejar la cama y caminar hacia el baño. Al salir de la pieza llamó mi atención un papel pegado en la parte superior de la puerta. Lo arranqué y antes de llegar al baño leí su contenido. Drago había llamado varias veces durante la mañana y Yasna no había querido despertarme. Arrugué el mensaje y lo lancé al cesto ubicado junto al lavamanos. Fue una canasta perfecta, como la de mis tiempos de estudiante, cuando jugaba al baloncesto y trataba de lucir mi puntería frente a un público de liceanas cimarreras.

Abrí la canilla y el contacto del agua con mis mejillas se me antojó la octava, novena o décima maravilla del mundo. Repetí la operación varias veces y después, mientras bebía un largo sorbo de agua, escuché que se abría la puerta del baño.

Vi a Yasna con una toalla roja entre sus manos. Me miró con atención y cuando llegué a su lado simuló una huida. La retuve suavemente de un brazo, busqué sus ojos y le pedí disculpas por lo ocurrido en la madrugada. Hizo un movimiento que supuse sería para alejarse pero me equivoqué. Simplemente alargó sus brazos, dejó caer la toalla al suelo y se aferró a mi cuerpo buscando el contacto de nuestros labios.

El beso duró todo lo que debe durar un buen beso.

—Deseaba que me besaras con tus cinco sentidos despiertos —dijo y el azul de sus ojos brilló al ver la sorpresa acumulada en mi rostro.

—No más que yo, te lo aseguro —mentí.

—Desde que llegaste a la pensión no he pensado en otra cosa.

—¿Lo dices en serio?

Ella iba a decir algo más, pero en ese instante la voz de su padre llegó como un trueno desde el comedor. Yasna se liberó de mis brazos, alisó su vestido y sin agregar nada más salió del baño.

Recogí la toalla del suelo y me dispuse a iniciar la afeitada.

—¿De qué te ríes? —preguntó el tipo que me miraba desde el espejo.

—¿Lo hago? —pregunté—. ¿Qué te hace pensar en ello?

—Tu expresión bobalicona, ¿qué otra cosa?

—Exageras, es solo el asombro.

—¿En qué lío del infierno te metes?

—Nada que no pueda controlar —contesté pasando por mis mejillas el hisopo cargado de jabón.

—Cuida tus pasos, Heredia. Si Matic te sorprende tonteando con su hija, tu pellejo valdrá muy poco.

—Mejor cuida los tuyos —respondí, al tiempo que iniciaba la lenta ceremonia de afeitarme.

Catorce

Cuando me acerqué al teléfono, Matic limpiaba la cubierta de la barra y cada cierto rato miraba a una mujer que estaba sentada junto a una de las mesas del comedor. La mujer, morena, baja y algo avejentada, tenía a su alcance una taza de café y observaba hacia la calle como si estuviera esperando la llegada de alguien que demoraba más de lo convenido.

Tomé el fono y la voz de Drago delató la impaciencia con que había aguardado mi llamada.

—¿En qué ha andado metido, Heredia? Esta mañana Spolletto me hizo algunas preguntas sobre usted. Quería saber a qué se dedica y qué relación tiene conmigo. Habló de una pelea en el «Peñón», y a todas luces tenía ganas de encerrarlo en la capacha. Me pareció oportuno llamarlo y advertirle sobre las intenciones de Spolletto.

—Descuide, comisario. Sé cuidarme.

—Spolletto dijo que usted había iniciado una discusión en el prostíbulo.

—Las cosas fueron de otro modo. Un tal Menchaca quiso sacudirme la chaqueta y Rondinoni se lo impidió. En lo demás no hubo drama. El argentino recordó sus viejos tiempos y yo aclaré algunas ideas relacionadas con la figurilla de oro.

—Explíquese, Heredia.

—Conocí a la Gran Magda.

—¿Qué relación hay entre ella y la joya?

—La compró en la Joyería Becker. Supuestamente por encargo de un cliente que deseaba regalársela a su amante. Eso dijo la Gran Magda y por lo que noté, el asunto la inquietó. Después apareció Bergamon. Conversaron entre ellos, y el hombre envió a Menchaca y Spolletto a molestarme. Jugaron a ser prepotentes y cuando dije su nombre, Spolletto recobró la calma.

—¿Quiere que detenga a Bergamon y lo interrogue?

—No todavía. Hay pocos huevos para armar una tortilla decente. El dueño de la pulsera está relacionado con la muerte de Caicheo y si el olfato no me engaña, Bergamon sabe algo de la joya.

—Voy a llamar a Spolletto para que explique su comportamiento en el prostíbulo.

—No lo haga, comisario. Sería reconocer que nos comunicamos y por ahora es preferible mantener nuestras cartas ocultas. Ya di ventajas al preguntar por la joya y no quiero cometer otro error.

—Usted sabe algo más que no me quiere decir.

—Se equivoca, Drago. Hasta ahora todo son especulaciones, nada que sirva en un tribunal ni para detener a los sospechosos.

Al otro lado del fono se produjo una pausa y la aproveché para encender un cigarrillo. Junto con la primera bocanada de humo escuché de nuevo la voz de Drago.

—Como quiera, Heredia. Quería advertirle sobre las consultas de Spolletto y también contarle que visité a la madre de Castaño. Le dije que usted la iría a ver. ¿Le

parece bien?

—Puede ser útil.

—Mañana son los funerales de Castaño. Después puede ir a su casa. Queda en la calle Boliviana 450, interior.

—Me acordaré de ello, comisario.

—Y cuídese, Heredia. Bergamon es un pájaro de cuentas.

—Tendré en cuenta su consejo —dije. Luego me despedí y dejé el fono en su sitio habitual. Matic hizo una seña indicando a la mujer que estaba en el comedor.

—Lo están esperando —dijo.

—¿Quién es? —pregunté en voz baja.

—La mujer de Severino Caicheo.

—¿Cómo no pensé antes en ella? —me pregunté.

Sin esperar el comentario de Matic, caminé hasta la mesa y ocupé una silla frente a la esposa de Caicheo.

—Hubiese querido acompañar a Severino en su sepelio, pero me estaba recuperando del asalto —dije después de presentarme—. Después he estado preocupado de investigar algunas cosas y ni siquiera he podido ir a dejarle unas flores al cementerio.

—Para mí también todo ha sido en contra del tiempo. Estaba fuera de la ciudad cuando sucedió el asalto. Llegué el día del funeral y tuve que preocuparme de la casa y los niños. Ayer un colega habló de usted. Fue una sorpresa, a pesar de que Severino me comentó que le había escrito a Santiago. Yo pensaba que se encontraba lejos de Punta Arenas y cuando supe que no era así, me apresuré en venir. Severino tenía una buena idea de usted.

—Y yo de él, se lo aseguro. Por eso, o porque aún no me conformo con su muerte, estaré en Punta Arenas hasta descubrir a sus asesinos.

—Eso puede llevar mucho tiempo. Fui a la Policía de Investigaciones y me dijeron que no tienen ninguna pista de los culpables.

—Los policías dicen muchas cosas y suelo creerles poco. Algo extraño ocurre con ellos en estos días. Hay delitos que se descubren en dos horas y otros a los que el tiempo pone una lápida. Aún trabajan como en los tiempos de las viseras y los bototos.

—Quiero justicia, señor Heredia. Siempre apoyé el trabajo y las ideas de mi esposo, y estoy segura de que él habría hecho lo imposible por revelar la verdad en un caso como el suyo.

La esposa de Caicheo hablaba con voz firme. Sus ojos miraban atentos y algo oscuro en su rostro delataba su pena reciente. La ayudé a encender un nuevo cigarrillo y le pedí a Matic un par de cafés.

—Me cuesta pensar que él ya no está conmigo —agregó—. Tengo sentimientos de culpa. Sin mí, Severino no se habría metido en tantos problemas.

—¿Por qué dice eso?

—Nos conocimos en 1980. Él trabajaba en un organismo de la Iglesia vinculado a los Derechos Humanos. Yo soy abogada y le traspasé gran parte de mis inquietudes de entonces. Severino ayudó a formar una agrupación de profesores cesantes a los que yo asesoraba, y sin ser de izquierda ni nada parecido, se comprometió con lo que hacíamos.

—Severino tenía conciencia de esos problemas desde mucho antes. No es raro que se haya interesado en lo que usted y sus colegas hacían. A menudo hablábamos de eso en la universidad.

La mujer buscó un pañuelo en el bolso y durante algunos segundos se refugió en él. No tenía más palabras de consuelo, así que esperé a que se calmara antes de hacerle otras preguntas. Matic nos trajo el café y ella lo endulzó en silencio.

—¿Sospecha de alguien? —pregunté finalmente.

—Hasta hace unos años, los anónimos y las amenazas tenían un origen conocido. Los grupos de seguridad de la dictadura hacían su trabajo, uno los reconocía y sabía a qué atenerse. Pero ahora es diferente.

—Aun así. ¿Tiene alguna sospecha?

—Severino le habrá contado que los anónimos comenzaron a llegar apenas se reabrió la investigación del bombazo en la Iglesia San Miguel. Él se hizo parte en el proceso y, al parecer, hay alguien interesado en que eso no progrese.

—Entiendo que en su momento sospechó de un hombre llamado Bergamon. Tenía un grupo...

—Sí, pero desde eso hace mucho tiempo —interrumpió la esposa de Caicheo—. Vivimos otra época.

—No estaría tan seguro, señora. Lo vi hace poco y sus modales no eran los de un caballero. Parecía un buitre turbio y sediento.

—Pero hoy en día...

—Hoy en día, ¿qué? El país sigue siendo ingrato. Entiendo poco de política y me interesa menos, pero hay algo molesto en los discursos y ceremonias. Muchas palabras vacías, muchas gárgaras con la pobreza, muchas sobadas de lomo a los militares. Se dicen cosas bonitas y sin embargo, miro a través de la ventana de mi oficina y veo la misma miseria de siempre. Rostros fríos y tristes. Sí, hay un exceso de palabras edulcoradas. Hermosas, abstractas y manoseadas como tantas otras que llenan el diccionario. Y detrás de las palabras hierve el mismo caldo oscuro de siempre.

—¿Qué quiere que le diga?

—No tiene nada que decirme —agregué—. Disculpe el discurso. No acostumbro a hacerlos.

—Quisiera ayudarlo.

—Ya lo está haciendo, señora. Antes de irme de Punta Arenas espero conversar con usted y darle los nombres de los asesinos de Severino.

—¿Me promete encontrarlos?

—Nunca hago promesas. No soy candidato a nada.

La mujer sonrió por primera vez y eso me pareció un buen augurio. Después volvimos a hablar de Caicheo y recordé algunas anécdotas de nuestra época de estudiantes universitarios. La conversación terminó a la hora de la cena. Matic nos ofreció de comer pero ella prefirió marcharse a su casa. Nos despedimos a la salida de la pensión y enseguida volví a la mesa.

A mi alrededor, unos clientes seguían con atención las alternativas de un partido de fútbol transmitido por la televisión. Otros jugaban a los naipes, y los menos conversaban mientras bebían unas copas de vino blanco. Matic deambulaba por las mesas y en cada una de ellas se detenía a intercambiar comentarios o chascarros. Yasna estaba junto al mesón y me observaba con insistencia en los momentos que su padre no estaba cerca.

Matic me sirvió un plato de liebre escabechada que tuvo la virtud de hacerme olvidar la resaca de la noche anterior. Fue como reintegrarme al mundo. A ese mundo al que habían pertenecido Doris Mollet, Caicheo y Castaño y en el cual debía encontrar a los culpables de sus muertes con la única e inútil intención de provocar un equilibrio en alguna parte de esa cosa mezquina que llaman sociedad.

Bebí una copa de vino y pensé que eran las inquietudes de siempre. Más allá de lo que hiciera, el mundo seguiría girando en el sentido de lo absurdo y lo injusto. Los poderosos construyendo armas y los pobres muriéndose de hambre en las esquinas. Los industriales engordando sus cuentas bancarias y las ballenas asesinadas por japoneses o coreanos. Las parejas seguirían haciendo el amor por primera vez y los viejos muriéndose en asilos de poca monta. Sí, era un discurso muy simple y todo continuaría igual al margen de lo que hiciera un detective solitario, cuarentón, aficionado a los tragos, el bolero, las carreras de caballos y a las novelas de Onetti y Hemingway. Un detective al que cada día le costaba recomponer su rostro y darse ánimo para salir a recorrer sus calles de costumbre, cada día más triste y cansado. Sí, la locura del hombre tenía varios siglos de organización y contra eso era muy poco lo que podía hacer, salvo mantener viva la ilusión, la gastada utopía de la justicia.

Cuando la liebre fue un montón de huesos y despojos, reconocí que estaba pensando demasiado y era conveniente mover los pies. Necesitaba un trago fuerte que removiera mis entrañas y recordé el restaurante donde había trabajado Doris Mollet. Me despedí de Matic, le hice un guiño a Yasna y diez minutos después me encontré sentado junto a una extensa barra de aluminio, vidrio y cuero negro. Me atendió un barman que vestía una chaqueta gris perla y le pedí un coñac. Mientras el hombre atemperaba la copa con agua caliente le hice escuchar el recitado completo de mi profesión y actividades por encargo de Augusto Mollet. La mención del amo hizo que el barman llenara mi copa con generosidad y pusiera atención a las preguntas.

—Nadie especial —contestó cuando le pregunté por las amistades de Doris Mollet—. Las visitas más frecuentes eran las de su amiga Raquel y las del señor Suzarte, su cuñado.

—¿Suzarte?

—La visitaba casi a diario. A veces comían juntos, aunque en el último tiempo la señorita parecía molesta con él. Incluso un día se negó a recibirlo. Eso lo recuerdo muy bien porque me causó extrañeza. Mal que mal eran familiares.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Dos o tres semanas antes de su muerte. Él la esperó un par de horas y ella salió por la puerta de escape del local. Después regresó acompañada de su amiga Raquel. Suzarte ya se había ido y ellas se encerraron en la oficina de la señorita.

—¿Suzarte dijo algo?

—Pidió una copa de vino y se sentó ahí donde está usted. Cuando le dije que la señorita Doris se había marchado, se la bebió de un trago y se fue sin decir ni media palabra.

—¿Eso le hizo pensar algo a usted?

—Yo miro y escucho, jefe. Sirvo los tragos y lavo copas. No me pagan para pensar.

—Una buena filosofía, amigo —dije mientras ponía sobre la barra una propina.

Las reiteradas visitas a su cuñada justificaban de sobra una nueva conversación con Suzarte. Salí del restaurante y mientras caminaba por la calle Borjes pensé que de alguna extraña manera las muertes que investigaba parecían estar encerradas en un mismo saco y llegar a conocer la razón no sería sorpresa, sino que la constatación de que el crimen se sienta a diario en nuestra mesa, sale retratado en los periódicos y sus imágenes se expanden a través de los televisores. Pero solo tenía una intuición, y el engranaje que uniría las piezas de mi rompecabezas estaba lejos de reflejarse con claridad.

Caminé más de una hora sin rumbo fijo. A mi alrededor pasaban algunos rostros que no significaban nada y la ciudad se iba adormeciendo a medida que el neón cubría sus veredas escarchadas. Las vitrinas de las tiendas estaban cerradas, y de unos pocos bares emergía una luz opaca, entremezclada con olores de frituras y vinos malos. Seguía pensando mucho y ese no era mi fuerte. Necesitaba acción y razones. Dos cosas que le daban sentido a mis pasos desde que era un bebé cagón, hediondo a leche cortada y a pañales percutidos por los orines.

Orienté mis pasos hacia la pensión. Al doblar en una esquina tuve la impresión de que me seguían. Miré a mi espalda y reconocí el roce del viento. Estaba solo y era un forastero en esa ciudad de noches tan largas como mis dudas.

Quince

El sol en lo alto parecía un objeto de utilería y la escarcha ampliaba sus dominios sobre los árboles y el pasto que sobrevivía en los senderos interiores del cementerio. Los vidrios de los mausoleos estaban empañados, las piedras adheridas a la tierra y un aire frío golpeaba mis mejillas sin ninguna compasión. A un costado de la entrada principal divisé una suerte de bandeja donde la gente ponía sus tarjetas. Sobre ella estaba colocado un papel con el nombre de Delfín Castaño y la hora de su sepelio. Consulté mi reloj y calculé que faltaban cinco minutos para que llegara el cortejo. Sentía frío y ganas de volver a la pensión.

Un hombre se acercó arrastrando una pesada carreta para transportar ataúdes. Golpeó con fuerza sus pies sobre el suelo y sacó del interior de su parka una cajetilla de cigarrillos. Lo imité con el tabaco y cuando terminé de fumar vi aparecer el cortejo compuesto por seis personas que seguían a un descolorido vehículo. El hombre apachurró su cigarrillo con un pie, se acercó a la carroza fúnebre y ayudó a bajar el ataúd.

Seguí el cortejo a la distancia, hasta que se detuvo frente a un nicho. Una mujer se abrazó al féretro y lloró con fuerza, entremezclando sus lágrimas con gritos desgarrados. Era una mujer mayor, delgada, de rostro moreno y cabellera negra amarrada con una cinta roja. Deduje que era la madre de Castaño y cuando el funeral llegó a su fin me acerqué a ella. Le dije un par de palabras a modo de pésame y enseguida caminé con paso rápido hacia la salida del cementerio.

Tres horas más tarde la volví a ver. El encuentro con ella fue la vuelta al mundo de la miseria en más o menos ochenta minutos. Vivía en una mediagua oscura, forrada con latas de aceite y fonolitas impregnadas de humo, ubicada al extremo de un callejón enlodado, triste, al igual que el resto de las casuchas que se inclinaban unas al lado de otras a lo largo de la cuadra.

La mujer me reconoció de inmediato. Repetí las condolencias del cementerio y mencioné a Drago.

—Mi hijo ya no paraba en esta casa —dijo después de ofrecerme asiento al lado de una estufa de fierro que emitía un inconfundible olor a leña quemada—. Se había ido hace un mes, después de que la policía comenzara a hostigarle. Lo detuvieron tres veces. La primera por el robo de una casa en la Población Explotadora; y luego, acusado de cogotear a una señora. Dos mentiras que mi hijo no aceptó a pesar de los golpes que le dieron.

La mujer hizo una pausa y miré a mi alrededor. La pieza servía de comedor, cocina y dormitorio a la vez. Sus paredes eran oscuras, y salvo el retrato del Padre Hurtado y un calendario de un supermercado, nada contradecía el mísero aspecto del lugar. Junto a la estufa había una cama estrecha y frente a ella, una mesa rodeada por dos bancas de madera.

—La tercera vez lo acusaron de asesinar a la señorita Mollet —agregó la madre

de Castaño—. Otra horrible mentira. Mi hijo le tenía mucho cariño y ella, a menudo, le encargaba algunos trabajos. Jamás le habría hecho nada, se lo aseguro, señor.

—Dicen que lo vieron cerca del lugar donde asesinaron a Doris Mollet.

—Acostumbraba a recorrer la Zona Franca. A veces conseguía una changa para desembalar mercaderías o hacer el aseo de los locales comerciales. Ganaba unos pesos con esas pegas. Además, cuando se fue de la casa se alojó donde unos amigos que viven cerca de la Zona Franca. No es extraño que lo vieran por ahí.

—¿Por qué se fue de la casa?

—Se lo dije. Estaba cansado de que lo molestaran a cada rato.

—Punta Arenas no es una gran ciudad. No debe ser fácil ocultarse de nadie.

—Pensaba que cambiando de lugar podía mejorar su suerte. Ideas que se le ponían en la cabeza a mi muchacho. Siempre fue igual.

—¿Estaba deprimido?

—Tomaba mucho y se sentía mal por eso.

—Lo suficiente como para matarse.

—No, él no habría hecho eso —dijo la mujer y me miró fijo a los ojos como para reafirmar la seguridad que tenía en sus palabras—. Tenía planes. Iba a dejar de beber y asistir a unos cursos que da la Iglesia Adventista. Después quería viajar a Río Turbio, en la Argentina. Quería trabajar y ahorrar algunos pesos.

—Pudo cambiar de idea.

—Ya le dije que era un cabeza dura.

—¿Lo vio el día de su muerte?

—Vino a verme temprano. Aún estaba adolorido por la paliza que le habían dado en el cuartel de la policía. Tomó un plato de sopa y después se fue. Le habían ofrecido una changuita en un aserradero. Eso lo tenía contento, porque era un trabajo que duraría una semana.

—¿Y después?

—Después vino el comisario Drago a darme la noticia de su muerte. Le pedí que me llevara al hospital y a pesar de eso, no me lo dejaron ver. A mi hijo me lo entregaron dentro de un ataúd sellado. Ni siquiera tuve el consuelo de verlo.

—Hice algunas averiguaciones y en la policía no hay antecedentes de las dos primeras detenciones de su hijo. No están registradas en ninguna parte.

Delfín me contó que lo había detenido el mismo policía que lo hostigaba todo el tiempo.

—¿Spolletto?

—Así lo oí mentar. Es un hombre gordo y algo raro. Creo que le dicen «Chino».

—¿Está segura?

—¿Qué gano con mentir?

—Le creo, señora —dije, y luego de encender un cigarrillo pregunté—: ¿Recuerda algo especial que le contara su hijo acerca de las detenciones? ¿El lugar al que lo llevaron? ¿Las preguntas que le hicieron?

—Ya se lo dije. Trataban de achacarle algunos robos y... Sí, espere. En una de las ocasiones le preguntaron por el abogado ese que mataron. El abogado de los profesores.

—Caicheo.

—Años atrás mi hijo trabajó con él.

—¿Qué le preguntaron?

—De las cosas que hacía ese señor. Algo de lo cual Delfín tampoco podía decir nada.

—Y esto que me dice, ¿se lo contó a Drago?

—Él no me preguntó nada.

—Claro, no tenía por qué —me dije a mí mismo mientras pensaba que la muerte de Castaño adquiriría un nuevo sentido. Al igual que otros hechos del pasado, olía mal y me parecía que era parte de la oscuridad que me rodeaba desde que había llegado a Punta Arenas atraído por el recuerdo de una antigua amistad. ¿Qué relación había entre Castaño y Severino? Castaño había sido testigo de la muerte de Doris Mollet o la víctima de alguien que deseaba ocultar al verdadero criminal. Cualesquiera de las dos ideas parecía buena. Solo que... ¿cuál era la relación entre los asesinos de Doris y Delfín? ¿Eran los mismos o todo era una casualidad? Pensé que eran buenas preguntas para tratar de resolver en las siguientes pesquisas. Algo así como una cuerda de la que sostenerse antes de hundirme en otras dudas.

Pero ¿quién estaba detrás de los tres crímenes? ¿Bergamon? Todos los dardos apuntaban a él, y aun así, la respuesta no me dejaba satisfecho. La intuición presagiaba otros nombres, y hasta ese momento era incapaz de imaginar qué relación existía entre Doris Mollet y Bergamon.

Las dudas y las interrogantes me jalaban de las orejas. La madre de Castaño respetó mi silencio y se dedicó a unos trajines caseros, breves y nerviosos.

—Es lo único que le puedo ofrecer —dijo al cabo de un rato pasándome una taza con té.

—Gracias. Siempre cae bien beber algo caliente —comenté después de probar el té que sabía a canela y azúcar.

—Delfín era un muchacho tranquilo —agregó ella, retomando nuestra conversación—. Le costaba adaptarse a la gente. Era temeroso, por eso lo acusaban de rebelde y duraba poco en sus trabajos.

—Sin olvidar el trago —interrumpí.

—Eso fue después. Cuando salió del liceo pensé que tendría una vida normal, mejor a la mía o a la de su padre. Sin embargo, conoció a Berta y ella no lo supo acompañar.

—¿Quién es Berta?

—Una muchacha del barrio. Se casaron y a los pocos meses ella se mandó a cambiar con otro fulano. Mi hijo no lo aguantó y se dio a la bebida.

—Me contó algo de eso la otra tarde.

—Le dolía peor que un fierro caliente —añadió la mujer y me quedó viendo con atención, para confirmar que seguía con interés sus palabras—. No era un santo, pero estoy segura de que era incapaz de matar a nadie. Soy su madre y pongo las manos al fuego por su inocencia.

—Conversé una vez con su hijo y me atrevo a pensar lo mismo que usted. Algo no calza en los detalles de su muerte, y si de mí depende, Delfín saldrá limpio de todo el enredo.

—Gracias, aunque eso no me devolverá a mi hijo.

Guardé silencio. El dolor de la mujer era algo particular, como el color de sus ojos o los recuerdos de su infancia. Fumé con rabia mi cigarrillo y la escuché hablar de su hijo y de su propia vida. Ella provenía de Chiloé, al igual que su esposo, un pescador que se había extraviado en el mar, junto a otros compañeros tan miserables como él. Pensé que uno nunca termina de sorprenderse con la capacidad de sufrimiento de la gente. A menudo, en medio de un problema, creía tocar fondo, pero siempre existía alguien más jodido que respiraba en mi hombro con la estúpida idea de variar su fortuna. Y la madre de Castaño era uno de esos seres jodidos y oscuros que a pesar del dolor seguían atisbando una lucecita amarilla en alguna parte, con una fe que yo no tenía, porque alguna vez había aprendido que cada uno de mis actos estaba condenado al fracaso, a esa muerte que sonreía al final del camino.

Terminé de escuchar a la mujer y me despedí con un renovado sentimiento de tristeza. Mientras me alejaba de la mediagua y caminaba por sobre el lodo del callejón, recordé mi oficina en Santiago. Extrañaba su olor a encierro y los ruidos que cada mañana entraban a despertarme con su insolencia de costumbre. Me hacían falta las calles atestadas de gente, el rumor de los bares y la mirada burlona de Simenon. Apuré mis pasos y por un segundo tuve de nuevo el deseo de tomar mi maleta y regresar al mundo que conocía. Pero fue algo pasajero y, aunque la noche ya avanzaba a tranco firme, decidí completar la lista de tareas autoimpuestas para ese día. Abandoné la barriada y en una esquina abordé un taxi que después de quince minutos me dejó frente a un letrero luminoso que decía: La Quinta Rueda.

La peña en la que cantaba Pablo Andes quedaba en el límite sur del sector portuario de Punta Arenas. Desde su entrada se podía escuchar el ruido del mar y las sirenas de los barcos que abandonaban el muelle. Estaba en un sector de bares y quilombos que había observado en mi visita al Oro Negro y que aún conservaba ese aire de aventura que habían respirado los antiguos habitantes de la ciudad.

Punta Arenas había tenido su momento de esplendor a principios de siglo, antes de que la construcción del Canal de Panamá liberara a los barcos del obligado paso por el Estrecho de Magallanes. Una época en que era común ver el puerto lleno de embarcaciones extranjeras de las que descendían oleadas de inmigrantes italianos, croatas o españoles; y un sinfín de gente que bajaba de paso, como lo hacían algunas compañías de teatro, circos o los tripulantes de las naves inglesas y alemanas que estaban en conflicto bélico a mediados de la segunda década del siglo.

Llegaron inmigrantes atraídos por la posibilidad de obtener una riqueza fácil o huyendo de existencias empobrecidas por las sequías o las guerras. Las noticias desfiguradas acerca del descubrimiento de oro en la Isla Tierra del Fuego encontraron su verdad en una tierra inhóspita y lejana. Los menos prosperaron en actividades comerciales, otros volvieron a sus pueblos de origen o se extraviaron en las pampas patagónicas; y el resto acomodó sus sueños a una vida de peones, cazadores de lobos o marineros que seguían el rastro de los fueguinos a través de los canales magallánicos.

Pero, aquello que recordaba de viejas lecturas o conversaciones con Caicheo en la universidad, no era otra cosa que imágenes fantasmales que salieron a mi encuentro al llegar a La Quinta Rueda. Lo inmediato y real era el murmullo de la noche, acrecentado por las voces que salían de la peña, alegres y despreocupadas.

Al entrar divisé a un hombre moreno, bajo, de barba entrecana que ocupaba el pequeño escenario instalado a un costado del salón principal. Sostenía una guitarra entre sus manos y al parecer, introducía con su charla la próxima canción a interpretar. El lugar tenía las paredes blanqueadas con cal; del techo colgaba un falso cielorraso de totora y alrededor de las mesas se veían cacharros de greda, algunas ruedas de carretas y braseros bien provistos de carbón. También divisé varios afiches de antiguos festivales folklóricos y algunas fotos con las imágenes de Víctor Jara, Alfredo Zitarrosa y León Gieco.

Me ubiqué junto a una mesa desocupada y a la muchacha que se acercó a tomar mi pedido le solicité una botella de vino y le pregunté si se encontraba Pablo Andes en la peña.

—Tendrá que esperar —contestó—. En estos momentos está cantando.

Cuando termine dígame que deseo conversar con él —agregué observando al hombre que estaba en el escenario—. Dígame que soy un amigo de Doris Mollet.

La muchacha se alejó y me dediqué a escuchar las canciones de Pablo Andes. Tenía buena voz y sabía puntear con acierto su guitarra. El público siguió en silencio sus interpretaciones y cuando bajó del escenario lo despidió con aplausos y gritos. Vi al cantante conversar con la muchacha que me había atendido unos minutos atrás y apuré la copa de vino.

La espera fue breve y antes de que al escenario subiera otro intérprete, Pablo Andes llegó a mi lado. Era más bajo de lo que aparentaba mientras actuaba sobre el escenario y su rostro tenía las inconfundibles huellas de alguien habituado al vino o las trasnochadas. Su voz era ronca, como hecha para otro cuerpo más fornido y alto.

—¿Era amigo de Doris? —preguntó después de que nos saludáramos.

Noté que hablaba en pasado con tristeza y eso me dio confianza.

—No —respondí, y a continuación le expliqué mis motivos.

—Sentí mucho lo de Doris... Era una buena amiga.

—Así me han dicho. Y también supe que se conocieron en esta peña.

—¿Quién se lo dijo?

—Da igual.

—¿No me tendrá en su lista de sospechosos?

—¿Lista de sospechosos? Lee muchas novelas policiales, amigo. No tengo listas, y en cuanto a los sospechosos, la policía descubrió al culpable y cerró las investigaciones.

—Entonces, ¿qué busca?

—Me pagan por ratificar las conclusiones de la policía.

—¿Quién?

—El padre de Doris.

—El viejo quiere limpiar su conciencia.

—¿Por qué dice eso?

—Ella y su padre no se llevaban bien.

—Trabajaban juntos.

—No quiere decir nada. Creo que el viejo nunca le perdonó que no terminara su carrera universitaria. Tal vez era eso. Ella pensaba que estaba frustrado por no haber tenido un hijo hombre.

—He escuchado antes esa opinión. En cuanto a usted, le pregunté si se habían conocido en este lugar.

—En los primeros meses de la peña. Durante los años duros, ¿me entiende?

—Más de la cuenta.

—Le gustaba venir. Escuchaba las canciones y conversábamos. Pocas veces hablaba de su trabajo...

—¿Leyó la prensa?

—Sí, lo de Doris y su asesino.

—¿Alguna vez ella mencionó a Castaño?

—Nunca.

—¿Se quejó ella de algún problema en los últimos meses?

—No. A lo más decía estar aburrída de vivir en Punta Arenas.

—¿Suzarte, le dice algo?

—¿Sebastián Suzarte? ¿Su cuñado?

—El mismo.

—Vaya tipo, ése. Tenía harta a Doris. Aparecía por la peña y se le pegaba como una sombra. Al principio era bien recibido pero de repente ella cambió de actitud.

—¿Se acuerda de qué conversaban?

—Bueno, no siempre estaba con ellos. Pero tengo la impresión de que se limitaba a mirarla, beber unas copas y pagar las cuentas.

—¿Nada más?

—No. Suzarte da la idea de ser un tipo aburrído que desea detener el tiempo jugando a ser joven y seductor. Son conocidos sus romances con distintas mujeres de la ciudad. En todo caso, en este sitio no encajaba.

—¿Doris no le hizo algún comentario sobre él?

—Ninguno. Una vez le pregunté por sus apariciones en la peña y me dio una respuesta vaga. No era un tema del que le gustara conversar.

—Y de Pablo Andes, ¿qué me puede decir?

—¿Vuelvo a ser sospechoso?

—Nunca ha dejado de serlo. ¿No lee las buenas novelas policiales? Le recomiendo las de David Serafín o Andreu Martín.

—¡Carajo! ¿Y esos quiénes son?

—Mi pregunta fue primera, amigo.

—Canto en esta peña, gano algunos pesos y vivo tranquilo.

—Se parece a la felicidad.

—No lo es, pero no me quejo.

—¿Tenía algún interés especial por Doris?

—De la clase que usted se imagina, no. Y en cuanto a su asesinato, tenga la seguridad de que jamás la hubiera tocado.

—Suenan convincente.

—Quisiera serlo.

—Le convidó una copa de vino, amigo.

—¿Una? —preguntó, risueño.

—Pueden ser más.

—¿Está seguro de que usted es detective?

—Lo dice una placa de acrílico que tengo atornillada en la puerta de mi oficina en Santiago.

—La verdad es que no lo parece...

—¿No?

—No. Pero igual le acepto el vino.

Dieciséis

Drago y Matic estaban en medio de una partida de Truco cuando regresé a la residencial. Parecían animados, y por sus comentarios daba la impresión de que llevaban varias horas jugando y que la fortuna iluminaba las cartas del dueño de casa. Sobre la mesa había dos botellas de vino tan vacías como la mente de un marrano.

Mi charla con Pablo Andes no había producido mayores sorpresas, y hasta donde mi olfato lo permitía, era un nombre a descartar del listado de los posibles culpables. Cantaba, bebía sus copas de vino y a veces congeniaba con algunas de las clientas. Nada que mereciera una temporada en la cárcel o un apretón de los tiras.

—Siéntese con nosotros y aprenda a jugar —dijo Drago. Su rostro, colorado y cubierto con algunas gotas de sudor, delataba el inicio de una alegre borrachera.

—He tenido una noche pesada y mi cabeza no está para naipes —dije acercándome a los jugadores.

—Al menos siéntese y beba algo —dijo Matic con un tono imperativo que no admitía una negativa.

—Una copa y luego me iré a la cama —agregué, mientras tomaba asiento junto a los dos hombres.

—¿Un día duro? —preguntó Drago sin distraer su atención de las cartas que sostenía en sus manos—. Por su aspecto parece que estuvo trasladando sacos de concreto.

—Más o menos.

—¿Y cómo le fue?

—¿Nunca se olvida de su oficio, comisario?

—Hasta en sueños estoy con las botas puestas.

—Le costará aceptar el retiro.

—¿Retiro? ¿Quién demonios habla de eso?

—Mucha gente —mentí.

—Si quiere sacar verdad de mentira, vaya a embromar a otra persona. A mí no me mueven del cargo hasta que yo dé el visto bueno.

—Solo quería explorar su ánimo.

—Mi ánimo mejorará apenas logre quebrarle la mano a este austríaco —dijo Drago, indicando a Matic que seguía nuestra conversación sin mucho interés.

—Y al parecer no es su noche.

—Ahórrese comentarios y respóndame la pregunta que le hice.

—¿Pregunta?

—¿Cómo le fue con el traslado de sacos?

—Encontré algunos hilos que no dan para madeja.

—Esa respuesta requiere algunas explicaciones, Heredia.

—¡Bogami, Drago! Juega o habla —exclamó Matic, enojado por la distracción de su compañero de naipes.

Drago prestó atención a sus cartas y dejó un siete de oros sobre la mesa. El rostro de Matic reflejó sorpresa y arrojó todas sus cartas sobre el mazo que estaba a un costado de la cubierta.

—Parece que los mirones traen mala suerte —dijo.

—Los mirones son de palo —comentó Drago y se puso a barajar los naipes con entusiasmo.

Aproveché la pausa y sin decir nada me puse de pie.

—¿Se va? —preguntó Drago—. Aún no me da sus explicaciones.

—Voy y vuelvo —mentí, al tiempo que me alejaba de la mesa.

Sentía los pies pesados y en mi interior un enano rebelde se negaba a seguir moviéndose, como si de pronto todo el trajín del día se hubiera acumulado en mi estómago. El frío acariciaba mis huesos con dedicación y mientras caminaba hacia el dormitorio me conforté con la idea de una cama tibia y próxima. Sin embargo, aún quedaba otra cosa que resolver esa noche y apenas entré a mi habitación supe que me aguardaba una sorpresa.

Era algo que estaba en el aire. Un perfume que lo impregnaba de modo inequívoco y que me hizo recordar las florerías de mi barrio, a las que de tarde en tarde pasaba a comprar violetas o claveles. Toqué el bulto de mi pistola, hice funcionar el interruptor de la luz y me enfrenté a la mirada de Yasna.

—Te esperaba —dijo sin apartar sus ojos de los míos.

Parecía una mujer distinta a la de los días anteriores. Su cabellera caía suelta sobre sus hombros, llevaba los labios pintados de un rojo suave y una bata casi transparente dejaba entrever las formas amplias de sus pechos y un diminuto espacio de tela blanca entre sus piernas.

—Apaga la luz —agregó.

Obedecí con la mansedumbre del niño mateo del curso y me acerqué a ella hasta rodearla con mis brazos. Nos besamos y luego dejé que me ayudara a despojarme de mi ropa. Yasna me imitó y nos dejamos caer sobre la cama, desnudos. Busqué de nuevo sus labios y nos dedicamos a perfeccionar un abrazo que tuvo la tranquilidad de un repentino golpe eléctrico.

La acaricié y ella no opuso resistencia. Tenía todo lo soñado y más. Mis dedos exploraron su espalda, sus glúteos duros y se detuvieron entre los vellos suaves de su pubis. La oí quejarse suavemente y recorrí sus pechos con mi boca hasta que sus quejidos aumentaron de intensidad.

—Te necesito —susurró.

La escuché y no dije nada. Toda mi atención estaba concentrada en ese cuerpo que durante mucho tiempo había aguardado caricias como las mías. Abandoné sus pechos y la recorrí con mi lengua hasta detenerme más abajo de su vientre. Por un segundo intentó rechazarme, pero el placer, la curiosidad o el deseo la vencieron. Mi boca se internó en su carne, sus piernas atenazaron mi cabeza y su respiración agitada dio cuenta de la eficacia de mi arte.

Luego todo fue rápido, intenso y bello, hasta que un grito de Yasna se ahogó sobre mi pecho.

—Te quiero —dijo después de todo, volviendo de todo, sintiéndolo todo.

Sonreí y la escuché decirme otras palabras al oído. Recuerdos, deseos, sueños. Fragmentos de algún romance adolescente, la soledad de muchos días junto a sus padres, el beso de la noche pasada.

No quise mentir ni acabar de golpe con la magia de ese encuentro. Cerré los ojos y dejé que el sueño hiciera su trabajo feliz. Tenía un pedazo de luna entre mis brazos y dormiría tranquilo. Lo demás era parte del futuro y no entraba en mis cuentas.

Diecisiete

Desperté con el ruido de una rama que el viento azotaba contra la ventana del cuarto. Era como los rasguños de un gato desesperado por la tardanza de su comida y cuando la rama dejó de apoyarse en los vidrios, oí el silbido fantasmal del viento filtrándose por el entretecho de la casa. El contacto de una piel cálida me hizo despertar por completo. Yasna dormía a mi lado y sus manos se apoyaban en mi pecho. Me moví para reacomodarme dentro de la cama. Ella abrió sus ojos y me observó con la malicia de una niña sorprendida en un juego prohibido. La besé en los labios y con una caricia prolongada recobré la dimensión de su cuerpo desnudo.

—Debo volver a mi pieza —reclamó luego de un rato.

—¿Es necesario?

—Mi padre no tarda en pasar a despertarme. Lo hace todas las mañanas después de encender el fuego de la cocina y tomar su desayuno. No quiero ni pensar lo que ocurriría si no me encuentra en mi cama.

Insistí con mis labios y ella respondió a mis besos.

—¿Por qué conmigo? ¿Por qué viniste anoche?

—Lo deseaba desde la primera vez que me miraste —dijo ella—. Hay algo en ti que me da confianza.

—¿Sí?

—Estoy enamorada y no quiero ocultarlo.

—Es muy poco tiempo para hablar de amor. Un día de éstos me voy a ir de la ciudad.

—Estoy en una edad en que no me puedo negar a mis sentimientos. Quiero vivirlos y no arrepentirme después de no haberlo hecho.

—Mi oficio no me hace un gran partido.

—Dejé de esperar al príncipe azul hace mucho tiempo —dijo Yasna, al tiempo que salía de la cama.

Su desnudez despertó mi deseo y se lo dije. Ella sonrió y se cubrió con su bata. Luego, retornó por unos instantes a mis brazos y se despidió con un beso rápido.

Quedé a solas con su recuerdo y el de una mujer a la que había amado en otro tiempo. Se llamaba Andrea y a veces llegaba a recorrer mi memoria. Entonces, por algunas horas, deseaba verla de nuevo y trataba de imaginármela en nuestro último encuentro.

Me adormecí con el perfume de Yasna que permanecía en la almohada y dejé que el sueño impusiera sus reglas. Cuando volví a despertar ya era mediodía y en mi estómago un gnomo hambriento aullaba con desesperación. Me di una ducha prolongada y me vestí sin prisa, disfrutando el roce de la camisa limpia y el aire puro que entraba por la ventana del baño.

Bajé al comedor cuando la mayoría de los pensionistas habían terminado de almorzar. Busqué a Yasna y la vi junto a su padre, detrás del mesón. La observé y ella

esquivó mi mirada. De inmediato oí que me llamaban desde una de las mesas y reconocí a Rondinoni que agitaba sus manazas de oso para llamar la atención. Era domingo y me propuse inventar un día distinto a los que había vivido hasta entonces en Punta Arenas. Recordé mi último domingo en Santiago, acompañado de Simenon, media docena de cervezas y una novela de Onetti que había leído con la devoción de un clérigo. Era la historia de un tipo que fumaba mientras en sus pensamientos se dibujaban los contornos de una ciudad inalterablemente gris. Un personaje que me había recordado a mí mismo, en otra época, cuando me dolía estar solo y aún no aprendía que aquella era la única posibilidad de ser heroico en medio de una ciudad devastada por el neón. Solo en la oscuridad de una ciudad triste y desgastada. Sí, Onetti sabía de todo eso y quizá, si viajaba alguna vez a Santa María tendría la oportunidad de decírselo cara a cara, con muchos cigarrillos y vino entremedio.

—¿Qué se hace en esta ciudad los domingos? —pregunté a Rondinoni, que estaba empeñado en vaciar una jarra de borgoña.

—Poco. Por la mañana misa, si vos creés en los santos. En la tarde, televisión, naipes, cine o hípica.

—Hípica —dije, sin ocultar mi entusiasmo.

—Si te interesan los caballos, te diré que tenemos un bonito hipódromo y algunos burros que no corren mucho, pero hacen carrerones entretenidos. Si no tenés otros planes, damos una vuelta por el hipódromo y en una de esas, calzamos un buen dividendo.

Antes de responder miré hacia el mesón. Yasna seguía junto a su padre, atareada con las cuentas que sacaba en un cuaderno de contabilidad.

—Veremos —dije, aún con la esperanza de volver a estar a solas con Yasna. Luego, acepté la invitación de Rondinoni y me serví una copa de borgoña. La bebida estaba insoportablemente dulce, pero me sirvió de pretexto para llamar a Yasna.

—Quisiera algo de ron o pisco —dije cuando ella estuvo a mi lado—. Y también saber qué se hace los domingos para entretenerse. Rondinoni sugiere las carreras de caballos. ¿Usted, qué me aconseja?

—Tal vez no sea una mala idea —contestó, con un tono de voz triste—. Yo acompañaré a mi madre a una visita familiar.

—Lástima —dije sin dejar de mirarla a los ojos—. No debe ser muy atractivo ese paseo.

—Hágale caso a Rondinoni —agregó y, sin decir nada más, volvió junto a su padre.

Esperé a que el argentino terminara de beber su borgoña y enseguida nos encaminamos hacia el hipódromo. Rondinoni no dejó de hablar de sus peleas durante la caminata y por un momento tuve la impresión de haber escogido al compañero equivocado. Pocas cosas me incomodan más que un latero que no sabe contener sus palabras y recita su biografía o sus pocas ideas con la constancia de un empleado bancario. Pero al pugilista lo salvaba su inocencia y sus ademanes de oso remolón

que, más allá de sus palabras, convertían su compañía en algo festivo.

El hipódromo era pequeño y estaba bien cuidado. Tres caserones de madera se alzaban frente a una pista fangosa, con restos de escarcha y abundantes huellas de caballos. En el horizonte se apreciaba el mar y un cielo cargado de nubes. En lo demás se parecía a otros hipódromos. Tipos ansiosos que arrugaban sus boletos de apuestas o apretujaban un programa de carreras mientras soñaban con el pingo que los haría ganar un buen dividendo.

Rondinoni me mostró las instalaciones del recinto y luego compré un programa. Los nombres de los caballos no me decían nada, así que observé a los competidores en la troya y busqué alguna tincada por el lado de las casaquillas de los jinetes o los números de cada purasangre.

—No hay mucho de qué agarrarse —comenté.

—Vamos por una copa —dijo el argentino, indicándome la casona donde funcionaba el bar del hipódromo—. Mientras bebemos, aprovecharé de hacer algunas consultas que nos iluminen.

Un tufillo de vino barato y avinagrado nos envolvió apenas entramos al bar. Rondinoni observó a su alrededor y enseguida me guió hasta donde se encontraba un grupo de seis o siete hombres que formaban un ruedo en torno a una mesa atestada de botellas a medio consumir. El argentino los saludó en voz alta y ninguno de ellos se molestó en levantar sus miradas más allá de los programas que estudiaban. Rondinoni movió los hombros con desgano y se detuvo al lado de uno de los apostadores.

—En su tiempo este era el gran hipódromo de la Patagonia —dijo a la espera de que los sabios terminaran de sacar sus conclusiones—. Alguna vez vino a correr un caballo de Gardel. ¿Sabés quién es Gardel, pibe?

—Dios.

—Y bueno, casi. El caballo se llamaba «Explotó» y nunca ganó un sorete. Pero era de Gardel, hermano.

—¿Qué tal, Firpo? —preguntó al boxeador el hombre a cuyo lado se había detenido. Era bajo, grueso, de cara redonda y colorada. Llevaba una boina desteñida y en sus manos sostenía una cantidad considerable de programas ajados y con anotaciones de lápiz en sus bordes.

—Taquito, hermano —lo saludó Rondinoni—. ¿Qué juegan los sabios esta tarde?

El gordito me observó mientras sacaba un cigarrillo arrugado del bolsillo superior de su chaqueta.

—¿Es de confiar el amigo? —preguntó a Firpo.

—Total, hermano, total.

El hombre me alargó una mano regordeta y blanda.

—Heredia. Taquito Baltra —nos presentó Rondinoni.

—Hay una máquina armada para la próxima —dijo el apostador en voz baja—. Se llama «Balzac».

Leí el programa de carreras. «Balzac» no había llegado más arriba del octavo

lugar en sus cinco últimas competencias.

—No parece ser un avión —comenté.

—En el papel claro que no. Pero el preparador es amigo nuestro y dice que lo tiene a punto. Es un potro viejo y a lo más le queda media docena de carreras por delante. El único inconveniente es que corre con «Ceremonial». Es el campeón, y aunque dé varios kilos de ventaja, nadie lo gana.

—¿Dónde está el negocio? —pregunté.

—¿Verdad que es de confiar? —volvió a preguntar Baltra a Rondinoni.

—¿Qué quieres, un certificado del Vaticano?

—Le dimos algunos mangos al jinete de «Ceremonial». Es un tipo viejo que solo corre cuando se necesita un jinete de sesenta kilos. Lo va a sujetar todo lo que pueda.

—No hay como una apuesta con referencias —comenté.

Taquito me miró sin saber si debía enojarse o reír.

«Balzac» era un caballo de doce años y en cualquier otro hipódromo lo habrían destinado a tirar carretas o a la cecinería más cercana. Pero en Punta Arenas las bestias corrían hasta caer solas, aunque solo fuera para felicidad de sus dueños. Observé a «Balzac» en la troya y lo noté grueso, aunque lo suficientemente nervioso como para intuir algún estimulante en sus venas. Le aposté una docena de vales con la misma confianza de la niña virgen que entra a un bar de marineros.

Los caballos largaron con retraso en relación a la hora fijada en el programa. Eran ocho, y salvo «Ceremonial» y una yegua vieja de nombre «María Dolores», ninguno de los competidores había obtenido muchas apuestas. «Ceremonial» pagaba un dividendo de dos veces y «Balzac» de setenta y cuatro.

Nuestro caballo tomó la delantera apenas soltaron la huincha de largada. Dos, cuatro, ocho cuerpos adelante de sus compañeros de galope. Parecía un *jet* y sus rivales una yunta de bueyes.

El amigo de Rondinoni llevaba unos prismáticos colgados al cuello, y se los pedí prestados. Enfoqué a «Balzac» y a su jinete que lucía una casaquilla granate cruzada por una banda amarilla. El caballo mantenía un tranco largo y su conductor, parado en los estribos, lo inducía a continuar el galope. A sus espaldas se agrupaban seis caballos y, un poco más atrás, «Ceremonial» avanzaba con tranco de lolita dominguera. Su jinete venía recostado sobre su pescuezo, igual que un costal de papa, y sus mejores esfuerzos los dedicaba a contener el accionar del potro que deseaba riendas sueltas para correr a su antojo.

Pronto los caballos entraron a la tierra derecha. «Balzac» con diez cuerpos de ventaja y los demás luchando por acortar esa distancia. Algunos apostadores ubicados en las tribunas comenzaron a pifiar al jinete de «Ceremonial», y éste no tuvo otra alternativa que acomodarse bien en el sillín y golpear con su fusta los lomos del animal. Era el favorito y si no daba pelea los apostadores lo desollarían apenas regresara a la troya. De inmediato, «Ceremonial» alcanzó al lote que seguía a «Balzac» y cuando quedaban cien metros para llegar a la meta, entre el favorito y

nuestro caballo no existían más de diez metros de separación.

Observé la pizarra de las apuestas y apreté el programa que tenía en mis manos. Rondinoni levantó sus manazas al cielo y se puso a gritar el nombre de «Balzac». A su lado una mujer lo miró con rabia y le mostró un miserable boleto jugado a «Ceremonial». A cincuenta metros del ojo mágico la diferencia entre los dos caballo será de apenas un cuerpo. «Ceremonial» volaba libre y «Balzac» sufría los rigores del látigo. Dejé los prismáticos a un lado y perdí la esperanza en el triunfo. Los caballos corrieron los últimos metros cabeza con cabeza. Las fustas se aplicaron con decisión y los apostadores se unieron en un grito feroz.

—¡Ganamos! —gritó Rondinoni.

—Lo pillaron —dijo su amigo Taquito.

—No fue una carrera limpia —murmuró la mujer que había apostado al favorito.

El recinto en el que nos encontrábamos se transformó en un hervidero de reclamos y garabatos en contra del jinete de «Ceremonial». Los caballos regresaron a la troya y ninguno de sus jinetes se atrevió a tomarse la foto del triunfo.

—Es mejor aguardar el resultado con una copa en la mano —le dije a Rondinoni.

El argentino asintió con entusiasmo y regresamos al bar. En su interior cada apostador tenía una versión de la carrera y sus resultados. Se cruzaban apuestas sobre la llegada y los que estábamos en el grupo de Rondinoni permanecimos en silencio, mirando de tanto en tanto los boletos jugados. Pasaron cinco minutos hasta que se escuchó la voz del locutor oficial.

«Primero “Balzac”, segundo “Ceremonial”, tercero “Amargo”. Carrera ganada por ventaja perceptible, el tercero a ocho cuerpos. Dividendo del ganador, setenta y cuatro pesos; placé quince pesos. Segundo placé, un peso diez».

Una sonrisa recorrió los rostros de nuestro grupo. Taquito bebió un trago de vino y Rondinoni me estrechó en un abrazo que casi me quita la respiración. Le pasé los boletos jugados al ganador y cuando llegó con las utilidades pedimos unas botellas de vino para compartir con sus amigos. Baltra no se cansaba de repetir los pormenores de la carrera y los demás le escuchábamos como si no la hubiéramos presenciado. Más tarde apareció Santana, el jinete de «Ceremonial». Taquito lo invitó a compartir una copa y le pasó un fajo de billetes que el invitado guardó en uno de los bolsillos de sus pantalones. Después sonrió, bebió el vino y se alejó del grupo entre las pullas de otros apostadores.

—Fijo que lo suspenden un mes —comentó Rondinoni.

—Da igual —dijo Baltra—. Con su peso y mala fama podría haber pasado un año entero sin montar.

—Alguna vez fue un buen jinete —agregó el pugilista.

—Alguna vez es mucho tiempo —dije.

Rondinoni se quedó callado. Bebimos en silencio y luego estudiamos las posibilidades de los caballos que corrían en las siguientes carreras. Quedaban siete competencias para terminar la reunión y aposté en todas ellas. Perdí en seis y en la

última atiné a un ganador de cuatro pesos.

Si el bolsillo está bien provisto el tiempo corre deprisa en los hipódromos. Dejamos que la mayoría de los apostadores se fueran del bar y cuando ya las luces interiores se apagaban salimos a la calle. La oscuridad y el viento hacían de las suyas. Los caballos rezagados eran conducidos a sus pesebreras, cabizbajos, con sus ojos opacados por la derrota que los obligaba a esperar una semana más, lejos del círculo mágico de la victoria.

Rondinoni propuso seguir el circo en un bar de los alrededores. Preferí separarme y sin muchas explicaciones me encaminé hacia la residencial. El frío pelaba las orejas y mi raído chaquetón de tela azul era una barrera que se doblaba a cada contacto con el viento. Apuré mis trancos y al llegar a mi destino encontré a Matic y su mujer mirando un programa de concursos televisivos.

Los saludé y luego de observar un momento el programa, insinué mi deseo de comer.

—Vaya a la cocina —dijo Matic, conteniendo a duras penas un bostezo—. La niña le puede servir algo.

La niña era Yasna y no hubo necesidad de intercambiar palabras para entender lo que cada uno deseaba. Apenas me vio entrar a la cocina se acercó a mi lado. Nos besamos largo y bien. Llevaba puesto un vestido ajustado y bajo él se adivinaban las formas de su cuerpo ansioso. Pedía fuego y se lo di. Con mis manos exploré bajo su vestido y ella se dejó acariciar, entusiasmada con mi osadía. Luego, se concentró en aflojar el cinturón de mis pantalones y con un poco de ayuda de mi parte terminé con las piernas al descubierto. Ambos sabíamos que era un juego peligroso. Desde el comedor llegaba el ruido del televisor y el diálogo entrecortado de los viejos. Subí su vestido, arranqué su bombacha y la hice cruzar sus piernas alrededor de mi cintura.

El resto lo hizo el deseo y el temor de ser sorprendidos.

—Te quiero —dijo más tarde, después de que ordenamos nuestras ropas y nos quedamos abrazados.

—Dime que me quieres —insistió.

—Te quiero. Ahora te quiero —dije.

—Iré a verte más tarde, cuando mis padres se vayan a dormir.

—No, esta noche prefiero que no.

—¿Por qué?

La pregunta me tomó de sorpresa y no pude decirle la verdad. Conocía la respuesta y preferí apostar al silencio. Si esa noche la dejaba dormir a mi lado no podría amanecer sin romper el encanto de nuestro juego.

Yasna me miró e intenté una mueca torpe que no logró borrar la tristeza de sus ojos. La besé en los labios y huí de la cocina y de la residencial sin que los padres de Yasna se dieran cuenta de mi partida. Quedé solo y sin aliento en medio de la calle. Vi encenderse las luces de la habitación de Yasna y esperé en vano que su rostro se reflejara en la ventana. Pensé en regresar pero ya era tarde.

Había llegado el momento de emborracharme.

Recorrí los alrededores de la residencial y entré a un bar llamado «Gallardo». Su vino era ácido y sus mozos desatentos. Las mesas contenían las huellas infinitas de otros bebedores y los vasos daban asco. Pero nada de eso me importó. Aquel lugar no era el Paraíso ni yo el Arcángel Gabriel.

Bebí una botella de ese vino malo. Lentamente, como el castigo que uno tiene conciencia de aceptar porque se ha portado mal y no queda otra alternativa que agachar el lomo y resistir. Todo lo demás me tuvo sin cuidado hasta que decidí regresar a la calle y buscar otro sitio donde maltratar esa noche. Al salir del bar, mis pies aún mantenían su equilibrio y mis ojos estaban lo suficientemente alertas como para darme cuenta de que un par de hombres me seguía a una corta distancia. Habían descendido de una camioneta Dogde y avanzaban con la seguridad de dos osos hambrientos.

Me detuve cuando pude escuchar sus pasos a mis espaldas. El viento helado y la Walther acomodada a la cintura fueron mi salvación. El primero me dio la lucidez necesaria para enterarme de que los matones se dejaban caer sobre mis huesos; y la pistola, esgrimida oportunamente, me permitió ganar unos segundos. Los vi vacilar un instante y di unos pasos en dirección al muro que me permitiría proteger la retaguardia. Fue un error, porque tropecé con una piedra y de inmediato sentí un golpe de puño en el rostro. Quise disparar y no pude. Otro puño se incrustó a centímetros de mi hígado y después las cosas se dieron fácil para los hombrones.

—No queremos metiches —oí decir a uno de los matones.

—Toma tus bultos y lárgate mañana, temprano —agregó el otro.

Quedé de espalda a la luna, con mi rostro confundido en el lodo de la calle. Más que los golpes me dolía el estúpido descuido. Cerré los ojos para identificar la magnitud del dolor y, antes de escuchar el golpe que daba la puerta de la camioneta al cerrarse, creí escuchar una frase arrastrada por el viento.

—Tú, llama al cabrón de Suzarte —decía uno de los matones.

Después pensé en Yasna y en los castigos de esa noche. Me dije que los merecía y poco a poco me fui incorporando. Estaba cansado de los misterios de Punta Arenas y de su violencia disfrazada tras una rutina provinciana, aparentemente tranquila. Pensé en mi oficina. En aquellas tardes en que nadie llegaba a verme y las horas se deslizaban en las páginas de una novela o en los tangos de Edmundo Rivero que oía cuando la soledad apretaba el ánimo. Era un extraño enlodado en la cuneta más fría del mundo y algo debía hacer para cambiar mi fortuna. Sentí que el viento atravesaba mis huesos. Logré ponerme de pie y avancé algunos pasos hacia ninguna parte.

Llegué a mi pieza de madrugada. Matic recorría la cocina de la pensión, afanado en dar fuego a una estufa. Le conté una versión distorsionada del ataque de los matones y se apresuró en servirme una taza de café.

Esa mañana era dueño de unos moretones, del nombre de Suzarte silbado por el viento, y de una mejilla cruzada por una cicatriz que había conseguido reconocer en

uno de mis agresores.

El domingo había quedado atrás y no todos los días se tenía la misma fortuna, pensé mientras me desvestía en mi habitación. Había abusado de mi buena suerte y subestimado a mis rivales. Dos errores que no volvería a repetir mientras continuara en Punta Arenas.

Decidí darme una ducha y tomar la iniciativa. Algo que Sebastián Suzarte sería el primero en saber.

Dieciocho

El mismo ocio y la misma secretaria sinuosa y aburrida de la primera visita me recibieron al entrar en la oficina de Sebastián Suzarte. Los personajes y el entorno se repetían como un aviso de televisión a la hora de las películas. La muñeca de uñas rojas sonrió con todos sus dientes, y por un instante imaginé la dimensión de sus labios en un encuentro lejos del escritorio y el computador que la rodeaban.

Pero esa mañana mi ánimo era otro y se lo hice saber. Reduje la tentación a la nada y sin esperar el ceremonial de la visita anterior, abrí la puerta que comunicaba el recibidor con la oficina privada de Sebastián Suzarte.

Lo sorprendí contemplándose en un enorme espejo que cubría gran parte de una de las paredes de la oficina. Hacía morisquetas, se alisaba el cabello y hundía su vientre para verse más delgado. El despacho conservaba su aspecto de inactividad y dinero desperdiciado. Al principio creyó que quien entraba en su oficina era la secretaria, pero al reconocermelo a través del espejo la sorpresa desdibujó su rostro. Quiso decir algo, pero no le di tiempo. Avancé unos metros y le propiné un golpe en el vientre, o tal vez algo más abajo, donde siempre duele si se tiene algo más que un calzoncillo entre las piernas.

Su frente dio contra el espejo y se coloreó con una mancha rosada. Era una pelea desigual y me sentí feliz de que así fuera. Esperé a que recuperara el equilibrio y cuando me ofreció una vez más su mentón, lo golpeé sin remordimientos hasta que se derrumbó igual que una torre de papas fritas.

La puerta de la oficina se abrió y entró la secretaria. La muñeca de carne observó a su jefe en el suelo e intentó salir en busca de ayuda. Pero no llegó muy lejos. Tomé uno de sus brazos, la apreté contra mi pecho y la empujé con fuerza hacia el baño privado de Suzarte. Gritó tres o cuatro veces y cuando se convenció de la inutilidad de su esfuerzo, guardó silencio. Entonces junté la puerta, giré la llave de la cerradura y volví a prestar atención a Suzarte que había conseguido ponerse de pie y se apoyaba en su escritorio.

—Si trata de hacerse el pillo me veré obligado a probar con otros ejercicios —dije—. Hasta ahora solo le he dado una muestra de lo que puedo hacer. Quiso jugar sucio y estoy dispuesto a devolverle la mano.

—¿De qué habla? —preguntó Suzarte.

Parecía asustado y en otras circunstancias habría dado crédito a sus palabras.

—Hay poco tiempo para jugar al tira y afloja. Usted y yo sabemos a qué me refiero. Anoche, unos gorilas me atacaron por cuenta suya.

—¿Sí? —preguntó Suzarte, y ya no volví a tener la misma impresión de su inocencia.

—Pegaban fuerte, pero hablaban demasiado. Dijeron que no hiciera más preguntas sobre usted y que me fuera lo antes posible de la ciudad.

Suzarte pensó en sus próximas palabras y ya no tuvo duda de que ocultaba algo.

Un asunto más gordo que su conocimiento de la paliza propinada por los matones. Me acerqué a su lado y tomándolo de un brazo lo obligué a sentarse en el sillón ubicado junto a su escritorio.

—¿Qué le molesta de mis preguntas? ¿Por qué envió a los matones?

—No tengo matones —balbuceó.

—Sus amigos, entonces.

—Le digo la verdad —gimoteó.

—Probaremos otro camino —comencé a decir—. Uno de los matones tenía una cicatriz en el rostro. ¿Eso no le dice nada? ¿No conoce a alguien con ese detalle?

Suzarte pareció hurgar en sus recuerdos. Vio mis manos empuñadas, dispuestas a llegar de nuevo hasta su cara y se recogió en un gesto de temor. Más allá de su apellido y su abultada chequera, no valía nada.

—Melgarejo —dijo finalmente—. Es un empleado de mi padre.

—¿Su padre? ¿Qué tiene que ver su padre en este lío?

—No lo sé. Hace meses que no lo veo. Vive encerrado en su casa desde que tuvo una enfermedad que lo dejó semiinvalído. Desde ahí maneja sus negocios y no quiere saber nada de mí. Esta oficina no es más que una pantalla.

—No tengo duda de eso, Suzarte. Ahora, deme un buen motivo para que su padre quiera alejarme de Punta Arenas.

—Lo ignoro. Ya le dije que no me relaciono con él.

—¡Miente!

—Tal vez supo de su trabajo y eso le molestó. En Punta Arenas es fácil conocer los pasos de un forastero. La gente comenta cosas y las noticias se expanden. Si hay algo que sobran son los chismosos.

—Tal vez usted fue con el chisme donde el viejo.

El comentario parecía haber tocado un hilo de la verdad y Suzarte no pudo evitar reconocerlo.

—Un mozo del bar donde trabajaba Doris me contó que usted andaba haciendo preguntas. Recordé a Melgarejo, el hombre de confianza de mi padre, y se lo conté. Dijo que iba a conversar con él.

—¿Y por qué se inquietó con mis preguntas? ¿Acaso, usted y Doris?

La respuesta de Suzarte quedó en suspenso. Desde el otro lado de la puerta llegaron voces. Tenía poco tiempo para conversar con Suzarte y procuré aprovecharlo.

—¿Por qué perseguía a su cuñada?

—¿De dónde sacó tal cosa? —preguntó envalentonado por las voces.

—Iba a diario al restaurante que ella administraba. También la seguía a la «La Quinta Rueda» y el odio de su esposa es algo más que los caprichos de una hermana consentida. ¿Necesita más detalles?

—Me gustaba hablar con ella.

Sonaron golpes en la puerta y escuché la voz de alguien que llamaba a Suzarte.

—Doris tenía todo aquello que su esposa ha perdido. Usted estaba enamorado de ella.

Suzarte me miró de frente sin delatar sus pensamientos. Por un instante dudé de mi historia y pensé que el castillo de naipes construido a partir del ataque de los matones se caería sin necesidad de ningún esfuerzo. También imaginé a Suzarte interesado en su cuñada. Tal vez, atraído por su sonrisa o por otra cosa indefinible que la asemejaba a su esposa en el pasado. Una atracción que probablemente se había transformado en una u otra palabra especial, inocente al principio, y finalmente clara para quienes los rodeaban.

La puerta de la oficina se abrió y dos mujeres acompañadas de un hombre pequeño entraron a vivir sus tres segundos de asombro. Tenían muchas ganas de gritar y llamar a la policía, pero saqué a relucir la Walther con suficientes balas para destripar a cada uno de ellos y se quedaron mudos, atentos, quietos, como tres niños asustados por el viejo de la bolsa. Supe que tenía una buena posibilidad de salir del paso y la aproveché.

—Esto es una conversación privada —dije, y acercándome a Suzarte hasta darle parte de mi aliento, agregué—: Tendremos otra oportunidad para concluir nuestra historia.

Suzarte no dijo nada ni hacía falta que lo hiciera. Noté el temblor de sus manos y supe que lo único que deseaba era verme salir para correr hasta el teléfono y llamar a su amigo Melgarejo o como se llamara el hombrón de la cicatriz en el rostro.

La pregunta pendiente y el ataque de la noche anterior me hicieron pensar que no tenía mucho tiempo por delante. El juego estaba sobre la mesa y aún restaban otras cosas por conocer. Hundí la pistola en el vientre de Suzarte y salí de la oficina sin preocuparme de la fiesta que dejaba.

Necesitaba actuar rápido. Recorrer los últimos rincones de esa ciudad que comenzaba a ser hostil y golpear en los lugares adecuados. La nieve y el viento solo eran la primera piel de esa ciudad, y bajo ella comenzaba a reconocer algunas redes que entretejían un lazo en torno a mi cuello como antes lo habían hecho con Caicheo. Los hechos tenían una cara oculta que no podía reducir a dos o tres palabras. Los matones que hasta ese momento había enfrentado eran la pálida imagen de seres más oscuros que no darían pasos en falso. Eran dueños del dinero y el fuego, de ese poder que ni siquiera adivinaban las personas que recorrían las calles sin otro aliciente que despertar al día siguiente con sus pequeñas alegrías o rencores.

Diecinueve

Detuve un taxi y pedí a su conductor que me llevara a la casa de Amadeo Suzarte. El hombre pareció sorprendido y miró por el espejo retrovisor para apreciar dónde comenzaban mis afanes de broma.

—¿No es de la ciudad? —preguntó luego de convencerse de que no me burlaba de él—. La casa de don Amadeo está a solo dos cuadras de aquí.

—Lo ignoraba, pero de todos modos, en marcha —dije—. Y no se preocupe del taxímetro. Haremos cuenta que vamos hasta donde el diablo perdió el poncho.

El taxista sonrió de oreja a oreja y puso pie en el acelerador.

La casa de Amadeo Suzarte era de las antiguas residencias de la ciudad. Estaba ubicada a pocos metros de la Plaza de Armas y sus detalles exteriores daban cuenta de un pasado próspero que se mantenía casi inalterable, a pesar del tiempo y de los rigores climáticos. Su estilo imitaba al de esas mansiones inglesas que muestra el cine. Paredes altas, grandes ventanales, pilastras gruesas, mucho césped en cada uno de sus rincones. Todo ideado con cierto exceso, como si el arquitecto a cargo de su construcción hubiera querido materializar de una vez todas sus ideas. Era una mansión para perpetuarse en el tiempo, criar familias de nueve hijos o servir de nido a las palomas.

Bajé del taxi y enfrenté una gran puerta, maciza, que tenía una placa de bronce con el nombre de Amadeo Suzarte. Ubiqué el timbre y lo presioné con urgencia. Oí un lejano ruido de campanas y, luego de unos minutos, salió a recibirme un mayordomo listo para acogerse a jubilación. Le pregunté por su amo e inventé una historia de negocios importantes y citas preconcebidas. El viejo me observó sin saber a ciencia cierta si debía crearme o no y me hizo pasar a un recibidor que poseía una chimenea con bordes de mármol negro y adornos de cobre. A simple vista la chimenea aparentaba no haber sido usada en mucho tiempo. Sobre ella había un cuadro con la escena de una cacería de zorros en Inglaterra. Los jinetes eran gordos y daban la impresión de estar más interesados en un buen trago de *whisky* que en el zorro dibujado entre unos árboles.

El mayordomo preguntó mis señas, me ofreció una silla vienesa que estaba arrinconada y se fue, arrastrando sus pies a través de un pasillo alfombrado. Tres minutos más tarde regresó acompañado de un hombre que lucía una cicatriz en el rostro y avanzaba con evidente intención de no perder su tiempo con palabras de más.

Recordé su nombre y aproveché la ventaja de haberlo visto con anticipación. Tomé el atizador que colgaba a un costado de la chimenea y cuando entró al recibidor, lo azoté contra su vientre.

El hombrón se dobló en dos, gritó con entusiasmo y antes que llegará al suelo lo castigué en el rostro.

—Sé que no me va a creer, pero cada día odio más la violencia —dije al mayordomo que se había quedado petrificado junto a la puerta.

El viejo miró a Melgarejo y movió su cabeza en un inesperado gesto de conformidad, como si solo le hubiese dicho que deseaba una taza de té.

—Ahora, lléveme donde el amo.

El mayordomo dio media vuelta y caminó en dirección a la habitación ubicada al final del pasillo alfombrado. Pensé que en aquella casa se vivía bien y nadie se preocupaba en ocultarlo. Las paredes tenían tantos cuadros como un museo y a lo largo del pasillo había varios muebles de arrimo con figurillas de mármol o porcelana.

Llegamos frente a una puerta y el mayordomo la abrió, después de golpear suavemente con sus nudillos. Luego se hizo a un lado para dejarme pasar. Lo tomé de un brazo y lo obligué a entrar en primer lugar.

Amadeo Suzarte revisaba una carpeta, sentado junto a un escritorio grande de caoba o lo que fuera la madera que relucía igual que un espejo. A su espalda colgaba la bandera de una naviera y el dibujo de un vapor de comienzos de siglo. La pieza tenía sus cortinas cerradas y una luz tenue brotaba de la lámpara colocada en medio del escritorio.

Arrojé el atizador al suelo y recién en ese instante el millonario se dio por enterado de nuestra presencia.

—¿Qué sucede, Moisés? ¿Quién es esa persona que lo acompaña? —preguntó al mayordomo que permanecía a mi lado sin intención de moverse.

—Heredia —dije, acercándome al escritorio.

El millonario me observó con interés y enseguida apoyó su cabeza en el respaldo de la silla. Su rostro era de una blancura enfermiza y sus manos temblaban levemente. Estaba sentado en una silla de ruedas y cubría sus rodillas con un chal de lana. Llevaba chaqueta de cachemira y en su cuello un pañuelo de seda. Lo estudié y nada de su aspecto me resultó agradable.

—Heredia. Usted es...

—El hombre de quién le habló Melgarejo, o tal vez su hijo —interrumpí.

—El detective nortino o algo así.

—Al menos conserva una buena memoria —dije, indicando la silla de ruedas.

—Su impertinencia es de mal gusto, señor —contestó el viejo—. Y la verdad es que no esperaba verlo en mi casa. Y tampoco puedo decir que sea un placer.

—Me tienen sin cuidado su placer o sus esperanzas. Recibí el recado de sus matones y decidí venir a escucharlo de nuevo.

—Tiene humor, Heredia —agregó Amadeo Suzarte y enseguida cerró los ojos por unos segundos. Al reabrirlos, parecieron no reconocer el lugar en que se encontraba y recorrieron ausentes los distintos rincones del despacho.

—Puede retirarse, Moisés —dijo al mayordomo.

—Sin alarmas ni teléfonos —aconsejé al anciano, que dudaba en obedecer a su patrón.

Después pensé que no debía preocuparme por él. Era un viejo boxer amaestrado a

lo largo de muchos años y no haría nada sin que el amo se lo pidiera.

El millonario y yo quedamos solos, estudiándonos como pugilistas que se temen y no se atreven a lanzar el primer golpe. Durante unos minutos el único testigo de nuestro duelo fue un silencio espeso, duro, casi violento.

—Soy hombre de negocios, Heredia —dijo finalmente—. Espero que lo entienda y se dé a la razón. De lo contrario tendría que llamar a otro de mis empleados.

—Si se refiere al tipo de la cicatriz, pierde su tiempo. Duerme una siesta —contesté, al tiempo que señalaba el atizador sobre la alfombra.

—Tiene agallas. Lástima que las use mal.

—Es un punto de vista que prefiero no discutir. La vida es dura y hay que ser fuerte. Sobre todo si uno no es dueño de una mansión llena de esclavos que obedecen al menor tosido.

Suzarte agitó sus manos como si tratara de espantar moscas invisibles, un demonio o su descontento. Aguardaba a que le mostrara mis cartas y le di en el gusto.

—¿Qué es lo que no quiere que sepa de su hijo?

—No quiero hablar de él. Hablemos de negocios. Todo se compra en la vida, todo tiene un precio. ¿Cuál es el suyo, Heredia?

—Sus palabras no son muy novedosas, pero están acordes con los nuevos tiempos.

—¡Pamplinas!

—Hay cosas que no están en el mercado.

—Eso es filosofía de fracasados.

—Tengo una idea de cómo debe vivir un hombre y trato de ser consecuente con ella.

—¿Cuál es su precio, Heredia?

—¿En cuánto valora la vida de su hijo?

Amadeo Suzarte buscó mis ojos y enterró en ellos una mirada de odio. Mi pregunta había dado en el blanco y el hombre comenzaba a retroceder. Pensé que diez años atrás no habría ofrecido dinero, sino que intentado apretar en mi cuello sin ningún remordimiento. Pero eso era hablar del pasado y frente a mí había un viejo cansado hasta de sí mismo.

—No trato a mi hijo desde hace tiempo. Y a pesar de eso, él es lo más importante que tengo. Lo único que me sobrevivirá después de muerto. Durante muchos años traté de incorporarlo a mis empresas, como lo hizo conmigo mi padre. Lo envié a estudiar a la universidad y cuando regresó con su título puse mis esperanzas en que se hiciera cargo de todo. Pero está hecho de otra madera.

—Tiene en alta estima al inútil de su hijo.

—¡Cállese y escuche! Lo que le cuento es para que comprenda y acepte mi oferta.

Me quedé en silencio y encendí un cigarrillo mientras Suzarte ponía a mi alcance un cenicero de plata. Algo en sus palabras me hizo pensar que me acercaba a una revelación y debía disponer del tiempo necesario para que el millonario expusiera su

verdad.

—Lo que tengo es un legado familiar. Las tierras, las embarcaciones, los negocios. Mi abuelo llegó cuando esta ciudad era una colonia penal instalada en el fin del mundo. Buscó oro y tuvo suerte. Compró tierras que nadie deseaba y fue de los primeros en dedicarse a la crianza de ovejas. Después le tocó el turno a mi padre, que supo administrar e incrementar sus bienes. Y en su momento fui el heredero de un imperio que enorgullecía a la familia. Lo que hice fue mantener el nombre de mi padre y a mi hijo le toca hacer lo mismo. Por eso me preocupan sus aventurillas y cuando Melgarejo me habló de usted no dudé en darle algunas instrucciones. No es nada nuevo, ya que en el pasado también debí tapar sus errores o pagar el silencio de algún aventurero entrometido.

—¿Trata de pasarse de listo o ignora ciertas cosas?

—¿Qué quiere decir?

—Mis investigaciones se relacionan con Doris Mollet.

—¿Doris? La muchacha asesinada.

—Su hijo la pretendía.

—Eso es absurdo. Usted no ignora que eran cuñados.

—Sebastián asesinó a Doris Mollet —afirmé.

Amadeo Suzarte se tomó la cabeza con las manos. Tuve la impresión de que con ese gesto rompía una máscara y que el aire de la habitación se enrarecía con algo que iba más allá del humo de mi cigarrillo.

—Él no es capaz de hacer nada por su cuenta. Jamás ha tomado una iniciativa cuerda. Sus estudios, su trabajo y hasta su esposa han sido mis decisiones —dijo Amadeo Suzarte, con rabia.

—Tal vez por una oportunidad hizo algo solo.

—¿Qué sabe? Usted es un metiche que apareció de pronto en la ciudad y se cree en condiciones de juzgar los actos de gente que no conoce. Los Suzarte no somos cualquier cosa en Punta Arenas. Tenemos un nombre, un respeto, un honor.

—Estoy hablando de un crimen.

—Un crimen que ya está resuelto por la policía.

—Eso no justifica ni cambia nada.

—Desnudar los hechos no devolverá la vida a esa muchacha.

—Sus deseos no son los únicos que cuentan en el mundo.

—Ofrezco diez millones por su silencio.

La cifra rebotó en las paredes y entró a mis oídos como una música. Era más dinero de lo que ganaría nunca con mi trabajo. Una cantidad que no podría gastar ni con las siete vidas de mi gato Simenon.

—¿Quiere que calle y no diga que su hijo mató a Doris?

—Diez millones —insistió el viejo, sin responder a mi pregunta.

—No quiero su dinero —dije, y creí escuchar que alguien me tildaba de imbécil.

—Le doy el doble, Heredia.

—Quiero que responda a mis preguntas. Su dinero me tiene sin cuidado.

—En eso no puedo ayudarlo.

—Tal vez su hijo estaba enamorado. Tal vez alguna vez algo sucedió entre ellos y Doris quiso darle fin. Tal vez a Sebastián eso no le gustó. Tal vez se reunieron por última vez y discutieron. Tal vez forcejearon y ella se golpeó en una piedra. Tal vez hasta ese punto tendríamos un homicidio simple y algunos pocos años de cárcel. Tal vez un buen abogado lo pondría pronto en libertad. ¿Se da cuenta?

—Son muchas suposiciones —dijo el millonario, desganado.

—Y además no fue tan simple el asunto. Su hijo desnudó a Doris, se aprovechó de su cuerpo inerme y lo transformó en un espectáculo repugnante.

—Hay muchas cosas que mi hijo no sabe manejar —agregó y, de inmediato, reaccionando al pensamiento que había dejado escapar, agregó—: pero eso no prueba nada. El crimen de Doris ya está resuelto.

—¿Y el de Castaño?

—¿Qué importa ese sujeto? Estamos hablando de mi hijo.

—Había que encontrar un culpable y Castaño estaba a mano. Bastó comprar a un asesino, inventar una carta y matarlo. Poca cosa. Y todo en beneficio del hijo único que llegó a llorar su torpeza en las faldas de su padre.

—Tiene mucha imaginación, Heredia.

—Usted me dio la idea principal. Todo se compra. ¿No es así?

Amadeo Suzarte no dijo nada. Arrastró sus manos sobre el escritorio en un gesto de hombre vencido. Su rostro estaba más pálido que al comienzo de nuestra conversación y pensé que era la oportunidad de avanzar en mi larga lista de dudas.

—Supongamos que lo de su hijo es secundario —dije—, que el que mató a Castaño está relacionado con otro asesinato que me interesa revelar.

—¿Se olvidaría de Sebastián?

—¿A quién compró, señor Suzarte?

—Necesito su silencio, Heredia.

—Quiero ese nombre que usted conoce.

—Imposible. No sé de quién me habla.

—Le doy una oportunidad a cambio de un nombre.

—¿Qué propone?

—Un nombre, una oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—Primero el nombre.

—Spolletto —dijo Suzarte con las pocas energías que parecían sobrevivir en su cansado cuerpo.

Sonreí satisfecho y me puse de pie con la intención de abandonar la habitación.

—La oportunidad —recordó el millonario.

—¿No lo adivina?

—Eso, jamás.

—Su hijo tiene un día para actuar como hombre y confesar.

—No lo hará.

—Entonces, junte su dinero y compre una escopeta para que se vuele los sesos.

—¡Miserable!

—No más que usted —contesté y salí de la habitación.

Nada me retenía en esa casa. Ni siquiera la posibilidad de observar las lágrimas del millonario o esperar a que llamara a la policía.

Al salir me encontré de nuevo con el mayordomo y me detuve un momento a su lado.

—Vaya buscando un asilo —le dije.

El hombre miró de reojo e hizo una mueca extraña.

—Y recuérdeme que Sebastián tiene un día para pensar —agregué, mientras el mayordomo entraba a la pieza de su amo.

Llorarían juntos y me daba lo mismo. Sin embargo, apenas salí de la casa tuve la certeza de que mis pensamientos habían escogido el camino errado. El dinero de Amadeo Suzarte era ley en Punta Arenas y el millonario no abandonaría su intención de poner tierra sobre el asunto.

Le había otorgado la posibilidad de hacer un movimiento más y de seguro lo aprovecharía. Había jugado a ser un Dios y debía pagar mi error.

Veinte

Caminé en dirección a la Plaza de Armas y me senté en uno de los escaños que rodeaban el monumento a Hernando de Magallanes. Un sol tibio se deslizaba sobre los árboles y los pocos transeúntes que cruzaban la plaza. Una familia se fotografiaba a los pies del monumento, en un largo ritual de poses y morisquetas dirigidas por quien parecía ser el padre.

Pensé en Amadeo Suzarte y me sentí repentinamente desprotegido. No podía olvidar que era un extraño en esa ciudad y que más allá de sus apariencias, desconocía el verdadero aspecto de quienes la controlaban y no tardarían en hacerme sentir el peso de sus intereses. Visitar al millonario había sido arriesgado y ya no existía oportunidad de remediarlo. Los mecanismos oscuros se pondrían pronto en marcha y de seguro mi permanencia en Punta Arenas tenía sus horas contadas.

El hogar estaba lejos y, aunque era agradable la tranquilidad de la ciudad, solo estaba de paso y no debía encariñarme con nada ni nadie.

Pensé en Yasna e imaginé sus palabras a la hora del adiós. Luego dejé el asiento y seguí mi camino. Leí los titulares de los diarios que llegaban de Santiago y después me detuve a observar los carteles de las películas que exhibían en el Cine Cervantes. Tenía la torpe idea de que si dejaba pasar el tiempo los peligros pasarían por mi lado sin importarme. Una idea infantil de la época en que había vivido en un internado y me refugiaba en la oscuridad de mi cama para espantar la soledad y los temores lejos de las burlas de los otros niños y de los inspectores que nos humillaban recordándonos que estábamos solos, ajenos a toda ayuda que nos librara de sus castigos o de esos domingos invernales que veíamos transcurrir tras una ventana.

Después de encender un cigarrillo, espanté los recuerdos y entré a una oficina de correos. Escribí una carta a mi amigo Dagoberto Solís. Detallé los principales antecedentes de mi trabajo y una fecha tentativa de regreso a Santiago. Pensé que con esos datos él sabría qué hacer en caso de que algo malo me sucediera. Lo conocía desde nuestros años de estudiantes universitarios y, aunque se encontraba retirado de la Policía de Investigaciones, contaba siempre con su ayuda. Después tomé una parte del dinero que había ganado en las carreras de caballo y le envié un nuevo giro a Anselmo, junto con un par de líneas recomendándole el cuidado de Simenon.

Al salir de la oficina postal me sentía más seguro. Me dirigí a la residencial y al llegar encontré a Matic acompañado de Rondinoni y Yasna.

Ella estaba junto a la caja registradora cuando me acerqué a usar el teléfono. Nuestras miradas se cruzaron con la misma intensidad de los encuentros anteriores y por un instante temí olvidar el motivo de mi llamado.

—Te estaba extrañando —dijo ella en voz baja.

—Luces muy bonita —respondí, observando sus labios rojos.

Ella sonrió, al tiempo que espiaba a su padre, que conversaba con el pugilista argentino. Me alcanzó el fono y luego de marcar un número pedí hablar con el

comisario Drago. Una voz al otro lado de la línea me informó que el policía no se encontraba en su oficina.

—Drago llamó hace un momento y dijo que venía para acá —añadió Yasna.

—Entonces lo esperaré.

—¿Quieres beber algo?

—Todo lo tuyo y un poco de ron con hielo.

Yasna se sonrojó. Sirvió la bebida y de inmediato se apartó de mi lado, inquieta por las posibles sospechas de su padre.

Al tercer sorbo de la bebida llegó Drago.

—¿Dónde se había metido, Heredia? —preguntó, acercándose a la barra—. Me tenía preocupado.

—En el lodo y la miseria, comisario.

—Diablos, Heredia. Está hablando en difícil y se le nota excitado, como si hubiera visto resucitar a un muerto.

Le relaté mis encuentros con Melgarejo y Amadeo Suzarte.

—Tantas cosas y en tan poco tiempo —comentó.

—Trato de hacer mi trabajo.

—Lo que dice del joven Suzarte es grave. ¿Se imagina el revuelo que puede armar en la ciudad?

—Hasta ahora todas mis averiguaciones me conducen a él.

—Tenga por seguro que don Amadeo no se quedará de brazos cruzados. A esta hora ya debe haber conversado con mis jefes.

—O algo peor.

—Eso es más difícil de creer, aunque pensándolo bien, no es tan descabellado. Alguna vez tuve ciertos antecedentes de los tratos de Amadeo Suzarte con Folliani, un sujeto vinculado a las drogas y las whiskerías que funcionan en Punta Arenas.

—¿Folliani? Ese nombre...

—Tal vez lo ha oído en Santiago. Cuando la pista se le puso pesada en Punta Arenas, emigró al norte. Después de eso, he sabido que instaló unos negocios de *topless* en la calle Diez de Julio.

—Le lleva las cuentas en los dedos, comisario.

—No se imagina cuántas ganas tenía de atraparlo. Pero eran los tiempos en que gobernaban los militares, y entre algunos de ellos y Folliani se cocinaban buenas migas. Lo más cerca que estuve fue con ocasión del incendio de una casa donde alojaba a las mujeres que traía desde Santiago. Estaba en el Barrio Croata y murieron seis de ellas. Las sobrevivientes hablaron de coca y yerba, pero una vez que se les pasó el susto cambiaron sus declaraciones. Después Folliani se hizo humo. En todo caso, es una historia antigua...

—Y ahora el tema es Suzarte y su colega Spolletto.

—Llamaré a mi jefe y obtendré una orden de arresto para Suzarte.

—Cuidado, Drago. Va muy de prisa. Tenemos un buen cuento, pero

absolutamente refutable con unas pocas mentiras. ¿Cuánto tiempo cree que mantendría detenido a Suzarte? Sin algo concreto corremos el riesgo de perder lo conseguido hasta ahora. Prefiero que mantenga la calma y me deje jugar un rato más al solitario.

—No le entiendo, Heredia.

—Ya lo hará. Confíe en mí.

—Sí —dijo Drago, sin mucha convicción—. Y en cuanto a Spolletto, le daré una buena apretada de clavijas.

—No antes que yo converse con él.

—¿Qué espera conseguir?

Mi respuesta quedó en suspenso, ya que en ese mismo momento se escuchó el timbre del teléfono y Yasna me hizo una seña para que me acercara.

—Es una mujer —dijo.

Reconocí la voz de Nelly, la prostituta que había conocido en «El Peñón». Sus palabras llegaban a mis oídos convertidas en susurros.

—¿Heredia? —preguntó dos veces, temerosa.

—El mismo que un día de estos volverá a verte.

—Sí, eso dijo la otra noche.

—No he tenido tiempo.

—Lo entiendo —dijo Nelly—. Pero lo llamaba por otra cosa. Apareció el dueño de la pulsera con figurillas de la que me habló. Pensé que le interesaría saberlo.

—No imaginas cuánto.

—Aún no sé por qué lo llamo. Debe ser porque a ese tipo todas las chicas lo detestan.

—¿Te refieres a Bergamon? —pregunté, suponiendo que junto a Nelly se podrían encontrar algunos oídos extraños y especialmente sensibles al nombre del matón.

—Sí, ¿ya lo sabía?

—No. Tenía una intuición.

—Vino en la mañana a conversar con la señora. Ella parecía molesta y en algún momento dijo algo acerca de una pulsera. Él quería devolvérsela y que la doña inventara una historia con otro propietario. Se dieron de gritos y después ya no pude escuchar más.

—Con eso basta para aclarar algunas cosas, Nelly.

—No diga a nadie que yo se lo dije. Podría...

—Descuida. Es un asunto entre los dos.

—¿Vendrá alguna de estas noches?

—Alguna de estas noches —repetí igual que un eco. Después le agradecí la información y nos despedimos.

—¿Qué sucede? —preguntó de inmediato Drago—. Da la impresión de que...

—Todo fluye, comisario.

—¿Y ahora qué pasa?

—Si no me equivoco, pronto tendremos noticias respecto a la muerte de Caicheo.

—¿Caicheo?

—Debo hacer una nueva visita a «El Peñón».

—Podría ser más explícito.

—Dejé una cuenta pendiente.

—No entiendo nada, pero lo voy a acompañar.

—Prefiero que se mantenga lejos del asunto. No es bueno que nos vean juntos.

Drago asintió de mala gana, hizo una seña a Rondinoni, y cuando éste estuvo a nuestro lado le pidió que me acompañara al prostíbulo.

—Es peligroso que ande solo —agregó Drago.

—Con mucho gusto lo acompaño —dijo Rondinoni.

—Es un problema que no le corresponde, amigo —respondí—. Puede haber líos.

—¡Me encantan los líos! —exclamó Rondinoni, dispuesto a contradecir cada uno de mis argumentos.

Veintiuno

Rondinoni no dejó de hablar desde que salimos de la residencial. Avanzaba a mi lado con la decisión de un peso completo rumbo al *ring*, rodeado de sus asistentes y de los gritos destemplados de la hinchada que exige una victoria rápida. Sus brazos oscilaban como péndulos y cada veinte pasos hacía un breve juego de piernas y una especie de finta que concluía alisando el mechón rebelde que le tapaba buena parte de su frente. Me recordó a un colegial que disfrutaba su primer día de vacaciones y lo dejé hablar sin interrumpirlo.

—En alguna época fui recibido con vítores en «El Peñón». Eran días de buenos golpes y abundante guita en los bolsillos. Las minas peleaban por estar a mi lado. Pedía champán, bailaba con ellas y dejaba que hicieran un sorteo para decidir quién se quedaba conmigo el resto de la noche. Locas bárbaras y lindas. Me llevaba de a dos a la pieza y a la mañana siguiente mi manager, enfurecido, me sacaba a empellones de la cama para ir a los entrenamientos. Otro tiempo, amigo Heredia. Después las cosas cambiaron y cuando me di cuenta el conteo iba en diez. Lo supe la noche que me tumbó Facundo Guajardo. El tipo se veía poca cosa y no me preparé. Era un relleno mientras me armaban un entrevero con el campeón de Chile. Pero todo fue distinto a lo imaginado y desde esa noche los naipes se enchuecaron. Claro, antes estuvo esa pelea con Zambrano. ¡Qué combate! Las piñas parecían interminables y terminamos el décimo asalto dándonos sin tregua. ¡Qué peleón! ¿Se lo he contado, Heredia?

—No, y ya no hay tiempo —dije, indicando el letrero luminoso que daba calidad de salón de baile al quilombo.

—Cierto, ya llegamos —reconoció Rondinoni con desencanto.

—Quédate atrás —agregué—. Cuenta hasta diez y después entra. Prefiero que me vean solo.

Rondinoni hizo un ridículo gesto militar de asentimiento y se detuvo. Presioné el timbre de la puerta y esperé hasta que una mujer franqueó la entrada. El quilombo parecía tranquilo y en orden. Había pocos clientes y muchas hembras dispuestas a jugarse el pellejo.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad vi acercarse a Nelly. Me besó en una mejilla y agradecí su llamado.

—Estaba conversando con la dueña y llegó Bergamon —dijo ella, iniciando un relato abreviado de lo que me había contado por teléfono—. Antes de irse le preguntó a la señora si tú habías vuelto a preguntar por la pulsera.

—Está claro que el hombre que busco es Bergamon —dije, y luego de acariciarle una mejilla con dos de mis dedos, agregué—: Aléjate de mí, no quisiera ocasionarte problemas.

Nelly sonrió levemente. Se despidió y la vi perderse en medio de tres parejas que ocupaban de mala gana la pista de baile. Me acerqué a la barra custodiada por la Gran

Magda.

Pedí un *gintonic* y vi que la mujer se aproximaba para hacer más evidente el desagrado que le producía mi presencia en el quilombo. Su rostro seguía siendo una máscara de payaso y su voz mantenía ese tono chillón e insoportable de una asistente social atendiendo menesterosos.

—Otra vez por aquí —dijo.

—El lugar es bueno y las muchachas bonitas —respondí, esbozando una sonrisa.

—En su visita anterior ocasionó muchos líos. Así que beba su copa y váyase.

—La idea de abrir botellas con las cabezas de los clientes no fue mía.

—De todos modos, prefiero que su visita sea breve.

—Eso depende de usted.

—¿Sí?

—¿Se acordó de mi encargo? ¿Del dueño de aquella pulsera con figurillas del zodiaco?

—No recuerdo que me encargara nada semejante.

—Pensé que se había dado tiempo para conversar con su amigo Bergamon —dije, y aprecí la rabia reflejada en los ojos pequeños de la mujer.

—Si desea conversar búsquese a una de las chicas —contestó con aparente indiferencia—. Tengo otros asuntos que atender.

—Puedo preguntar de otro modo, señora.

—¿Me está amenazando?

—Bergamon —insistí, al tiempo que presionaba uno de los brazos de la cabrona.

—¡Suélteme! —chilló.

—Responda —dije a voz en cuello.

—La señora está ocupada —escuché que una voz familiar decía a mis espaldas.

—¡Qué oportuno! —exclamó la Gran Magda—. Este hombre ocasiona problemas, inspector.

La voz era de Spolletto. La cara, los ojos achinados y la expresión de ñoqui mal cocido eran de Spolletto. La pistola en mis costillas y dos más a prudente distancia eran de Spolletto y sus secuaces. La situación incómoda era solo mía.

El policía dio una orden y sus acompañantes me empujaron hacia la salida del prostíbulo. Junto a la puerta divisé a Rondinoni y mientras los matones me punzaban la espalda con sus armas logré hacerle un guiño cómplice. Lo necesitaba al margen de los acontecimientos y con información para seguirme los pasos.

Me obligaron a subir a un automóvil estacionado cerca de la entrada y quedé aprisionado en el asiento trasero, entre dos custodios. Spolletto se ubicó al lado del chófer y de inmediato el vehículo se puso en movimiento.

Mientras avanzábamos, aproveché un momento de distracción de mis guardias y miré por el lente retrovisor. Un taxi nos seguía a corta distancia y en su interior reconocí a Rondinoni. Nos alejábamos del centro de la ciudad y por primera vez desde mi arribo a Punta Arenas cuestioné el brillo de mi buena estrella.

—Don Amadeo nos contó que visitó su casa —dijo Spolletto.

—Debí suponer que el vejete no se quedaría callado —contesté.

—No se aflija, Heredia. Le aseguro que no cometerá dos veces el mismo error.

—¿Me encontrarán ahorcado como a Castaño o tiene alguna otra idea más original?

—Debió irse a tiempo, metiche. Ahora ya es un poco tarde y hay ciertas cosas que no pueden ver la luz. Sería complicado...

—Cosas como el asesinato de Severino Caicheo.

—Sí, ese comunista que trabajaba para otros comunistas con sotanas.

—Habla como en los discursos de otro tiempo.

—Nada ha cambiado para nosotros...

—¿Nosotros? —interrumpí—. Parece mucha gente.

—No piense que me está haciendo hablar, Heredia. Cuando este paseo acabe no podrá contar nada a nadie. Conversaremos algunas cosas y después lo llevaremos a nadar al Estrecho. Verá que sus aguas son muy heladas —dijo Spolletto y lanzó una carcajada.

Volví a observar el espejo retrovisor. El taxi en el que viajaba Rondinoni seguía a la misma distancia de un rato atrás, y eso me tranquilizó momentáneamente.

Recorrimos algunas cuadras más y luego de atravesar un paso nivel, nuestro vehículo se detuvo. El conductor señaló tres veces seguidas con las luces y oí el ruido que hacía un portón al abrirse. Me hicieron bajar y anduvimos por un sendero de maicillo hasta llegar a una casa desocupada.

Entramos a una pieza que contenía una mesa ovalada y seis sillas metálicas. Sus paredes estaban sin adornos y del cielo raso colgaba una ampolleta que emitía una luz débil y amarillenta.

Me hicieron sentar en una de las sillas y los cuatro hombres se colocaron a mi alrededor. Observé sus rostros e intuí que no me reservaban un destino feliz. Spolletto sacó de su chaqueta una cajetilla de cigarrillos y encendió uno con parsimonia.

—Más o menos ya sabemos lo que conoce —dijo después de dar una calada a su cigarrillo—. Y en lo que a usted respecta, nos da lo mismo. Solo nos interesa saber con quién más habló.

Mantuve silencio. Uno de los matones dio un paso hacia adelante y me golpeó en el rostro. Quise incorporarme, pero otro golpe más violento que el primero me hizo caer al suelo. Cerré los ojos y sentí que un líquido espeso llenaba mi boca.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Spolletto, mientras uno de sus hombres me ayudaba a recuperar mi posición sobre la silla. Miré al policía y seguí en silencio. El matón que me había castigado iba a repetir su trabajo, pero en ese mismo instante se escucharon unos golpes en la puerta de la casa. Spolletto dio una mirada a dos de los matones y éstos se dispusieron a investigar. Consideré que era la oportunidad de intentar algo y lo hice.

Respiré hondo y me impulsé hasta ponerme de pie y clavar un golpe en las bolas

del policía que me había maltratado. El hombre se retorció y quedó de rodillas intentando una plegaria que nunca llegó a su memoria. Le di un zapatazo en la cabeza y su rostro adquirió la expresión dura de los que sufren.

Spollete reaccionó tarde. Mis puños se adelantaron a su intención de sacar una pistola y se adormeció en el suelo con la placidez de un saco de aserrín. Junto a la puerta uno de los matones recibía un mamporro de Rondinoni en la nariz, mientras un segundo se le iba encima con más entusiasmo que esperanza. La lucha fue breve y el argentino no tuvo dificultad en dejarlo convertido en un ovillo de carne quejumbrosa.

Me sequé el hilillo de sangre que se escurría por mis labios y saludé a Rondinoni.

—Por segunda vez te debo el pellejo —dije.

—Dale con eso. No sabés lo que me entretiene todo esto —dijo el pugilista.

—Tu aparición fue muy oportuna.

—Por un momento pensé que no llegaba, porque el taxista estaba muerto de susto y a cada rato quería abandonar el seguimiento. Entre ruegos y amenazas me acompañó hasta el final. Le dije que me dejara frente a la casa y apenas me bajé del auto se mandó a cambiar.

Le hice una seña a Rondinoni y éste se dispuso a dar un vistazo a las demás habitaciones de la casa. Cinco minutos más tarde, regresó con un par de pistolas y una escopeta de caño recortado.

—Encontré estos trabucos —dijo, en el mismo momento en que uno de los matones adormecidos por Rondinoni se ponía de pie. El pugilista trató de alcanzarlo, pero no tuvo éxito. Me lancé al suelo cuando escuché un disparo y sentí un ardor en el hombro derecho. Cerré los ojos, y por los ruidos supe que el matón huía a través de las sombras que rodeaban la casa.

—La bala raspó el hombro —dijo Rondinoni después de examinar la herida y aplicarme un torniquete—. Dolerá, pero no se te escapan las tripas.

—Lo peor es que ese cabrón ya estará alertando a sus amigos y este lugar se va a llenar de otros invitados.

—¿Nos vamos?

—No antes de averiguar algo con Spollete —contesté, al tiempo que me acercaba a él y lo reanimaba con un par de cachetadas. Rondinoni lo sentó en una de las sillas, y recién en ese momento estuvo en condiciones de aclarar un par de interrogantes.

—La vida tiene sus vueltas —le dije—. Y más vale que sea breve y claro.

—No me haga daño —gimió Spollete.

—Eso depende de tus respuestas, cabrón.

—¿Respuestas? —preguntó el policía tratando de ganar tiempo.

—Déjemelo a mí, Heredia —dijo Rondinoni—. Alguna experiencia tengo en urgir a este tipo de babosos.

—Esperemos a ver cómo se porta —respondí al argentino y, luego, dirigiéndome al policía, agregué—: Lo de la niña Mollet y Castaño lo tengo resuelto. Pero, con respecto al asesinato de Caicheo me quedan algunas dudas.

Spollete intentó una sonrisa que no prosperó.

—Tengo algo que pertenece a Bergamon —seguí—. Una joyita que dejó botada en el lugar del crimen. Eso me basta para saber que él fue parte en el asunto. Solo quiero la confirmación.

El policía no dijo nada y le hice una seña al pugilista, que observaba desde un rincón de la pieza.

Rondinoni se acercó a su lado y lo golpeó en las mejillas.

—Estamos en guerra y el abogado era nuestro enemigo —balbuceó Spollete antes de cerrar los ojos en búsqueda de una paz que no existía—. El ataque era un asunto del pasado y allí debía quedarse.

—Caicheo era un buen hombre —dijo Rondinoni con rabia.

Spollete movió sus hombros y una mueca risueña se dibujó en su rostro.

—Para mí es suficiente, lo dejo en tus manos —dije al pugilista.

—Caicheo era un buen hombre —repitió Rondinoni—. Y Castaño, un pibe con el que algunas veces conversaba.

Me acerqué a la puerta y le hice una seña al argentino para que aturdiera al policía. Firpo no se dio por enterado. Se aproximó a Spollete y lo cogió por el cuello. Sus manos se convirtieron en tenazas y a medida que la presión fue mayor los ojos del policía se abrieron de un modo inesperado. El dolor se reflejó en su rostro y algo dentro de su cuello crujió más de la cuenta.

Los pantalones del asesino se cubrieron con una mancha oscura y hedionda. Miré a Rondinoni y lo vi concentrado en su trabajo. Sin esfuerzo siguió apretando el cuello del policía hasta estar seguro de que ya no respiraba. Luego, soltó a su víctima y la cabeza de ésta se azotó contra el suelo.

El ruido de unos vehículos que se aproximaban me alertó. Tomé a Rondinoni de un brazo y lo obligué a salir. Casi de inmediato aparecieron tres vehículos. Corrimos a través de un potrero baldío y a poco andar nos ocultamos tras unos árboles. Desde la distancia divisamos siete sombras que descendían de los autos y luego de llamar a gritos a Spollete, se ponían a disparar en contra de la casa.

Pensé en algunas tardes de ocio junto a Simenon y mis libros, pero no pude concentrarme mucho tiempo en el recuerdo. Debía correr.

Veintidós

Con los últimos ruidos de la balacera a nuestras espaldas dejamos el escondite y caminamos hasta llegar a una carretera barrota y mal iluminada. Esperamos a que pasara algún vehículo y luego de algunos minutos, conseguimos detener a una camioneta cargada con ovejas.

Rondinoni conversó con el conductor y le contó que habíamos tenido un accidente en motoneta y que yo me encontraba herido. El hombre, bajito y de abundante cabellera canosa, lamentó lo sucedido e indicándonos a la mujer gorda y los tres niñitos que lo acompañaban en la cabina dijo que solo podía llevarnos en la carnada. El argentino me hizo una seña y sin mucho entusiasmo subí a la camioneta. Las ovejas nos recibieron asustadas y se apretujaron en un rincón, mientras ambos tratábamos de acostumbrarnos al olor a cebo y mierda que nos rodeaba.

—¿Los llevo al Hospital Regional? —oímos preguntar al conductor.

—Vamos a una pensión en la calle Armando Sanhueza —respondió Rondinoni—. Cuando estemos cerca le preciso el camino.

La camioneta inició su marcha y con el impulso fui a dar contra una de las ovejas. Rondinoni me ayudó a sentarme de nuevo y entonces aprecié el hilillo de sangre que se escurría por la manga de mi chaqueta.

—¿Duele? —preguntó Rondinoni.

—Algo —dije y, luego de respirar hondo, agregué—: Si tan solo hiciera menos frío.

—Aguante. Después de todo, el tipo que dejamos en la casa quedó peor.

—No va a ser fácil explicar eso, Rondinoni.

—¿Y quién lo va a saber? Solo vos y yo. Los demás no dirán nada. Tendrían que explicar más cosas que nosotros.

—¿Lo habías hecho antes?

—¿Qué?

—Matar.

—Dos veces, amigo. Una en el *ring* y otra en Río Turbio. Me habían contratado de krumiro durante una huelga de mineros. Yo era un pibe. Agarramos a uno de los huelguistas y...

—No necesitas contar los detalles, Firpo.

—Lo de *ring* no fue culpa mía. Subieron a un paquete mal entrenado. Le di tres piñas fuertes... Tal vez fueron más y no supe detenerme a tiempo.

—Las justificaciones están de más, Rondinoni. Uno no piensa en la muerte, pero a veces llega.

—¿Tú cargas con algún tipo?

La pregunta me hizo olvidar el olor de las ovejas y el frío que nos azotaba a su antojo. Pensé en una muchacha que se llamaba Marcela Rojas y en un par de matones que la habían asesinado en la época en que Santiago era una ciudad triste. Era una

historia del pasado y esos hombres ya no podían contarla.

—Hace un frío de la gran puta —dije, sin responder la pregunta del pugilista—. ¿No tienes un pitillo?

El argentino negó con la cabeza y miró hacia el horizonte oscuro y silencioso que íbamos dejando atrás.

Rondinoni me ayudó a bajar de la camioneta cuando llegamos a la residencial. Entré a la casona apoyado en uno de sus hombros. En el comedor estaban tres clientes bebiendo junto a una mesa y Matic que, como de costumbre, vigilaba su boliche parapetado detrás de la máquina registradora.

El pugilista me acomodó en una de las sillas del comedor y llamó a Matic con un grito.

—¿Viene curado? —preguntó cuando estuvo a nuestro lado.

—Tiene un raspón de bala en el hombro —dijo Rondinoni.

—¡Bogami! —exclamó Matic, y corrió al interior de la casa, para regresar al cabo de un rato en compañía de Yasna.

—Consiga vendas, señorita —dijo Rondinoni—. Heredia tuvo un accidente.

Yasna se inclinó a mi lado, deshizo el torniquete que había improvisado Rondinoni y revisó la herida.

—No es grave, pero sangra —sentenció.

—Yasna estudió enfermería en la Cruz Roja —comentó su padre—. Ella sabe...

—Buscaré unas vendas —dijo Yasna.

—Y usted, llame al comisario Drago —ordené a Matic—. Temo que su boliche se llene de clientes.

—¿Está bien? —preguntó Rondinoni una vez que el dueño de la pensión se alejó.

—Estaré mejor si me traes un poco de la medicina que guarda Matic bajo el mesón.

Rondinoni entendió el mensaje y a zancadas se dirigió al bar. Regresó con una botella de pisco y me ayudó a llevármela a los labios. Bebí un sorbo largo y como en un acto de magia sentí que el frío se alejaba. Yasna reapareció en pocos minutos y cubrió mi herida con un prolijo vendaje.

—Falta una cosa para recuperarme del todo —dije, observando sus labios.

Ella miró a su alrededor y por un segundo acarició mis mejillas.

—¿Qué sucedió? —preguntó enseguida.

Iba a responder, pero en ese momento entró Drago. Venía acompañado de Vicencio, su ayudante, y era evidente que la llamada de Matic lo había preocupado.

—No es nada —expliqué cuando su mirada se detuvo en el vendaje de mi brazo—. Nuestro amigo Rondinoni puede contar los detalles.

El argentino dio su versión de lo ocurrido y la cara del policía tomó un tono magenta.

—Diablos. Supongo que lo de Spolletto fue inevitable —indagó el policía.

—Lo fue —contesté, sin dar otras explicaciones.

—Así como están las cosas, esa gente dejó de actuar a escondidas. Tendré que informar a mis superiores y alistar a mis hombres —dijo Drago.

—Dudo que haya tiempo para eso, comisario. Pronto llegarán Bergamon y los suyos.

—De todos modos debo avisar —agregó Drago, y enseguida ordenó a Vicencio comunicarse con la oficina.

—También dígame a Matic que despida a sus clientes —añadí.

Rondinoni fue a conversar con las personas que ocupaban el comedor. Luego, cuando todos se marcharon, arrimó unos muebles junto a la puerta de entrada.

—El teléfono no funciona —gritó Vicencio desde la barra.

—¡Insista! —ordenó Drago.

Minutos más tarde escuchamos el ruido que hacían unos vehículos al detenerse frente a la pensión. Rondinoni espió por una de las ventanas y nos alertó sobre la llegada de Bergamon y otros cuatro hombres.

—Sube con tu madre al segundo piso —dije a Yasna.

Ella me observó y se alejó de mala gana.

—Y usted, Matic, vaya con las mujeres o quédese detrás del mesón —dijo Drago al croata, que veía convertirse su residencial en un campo de batalla.

—Pero... Mi negocio —protestó—. ¿Qué va a pasar con mis cosas?

—La línea está cortada —volvió a gritar Vicencio.

—¡Carajo! —exclamó Drago—. Deje el teléfono y cubra la parte de atrás de la casa.

—¡Van a entrar! —gritó Rondinoni apostado junto a una ventana.

Me puse de pie y me acerqué al interruptor de la luz. La sala quedó a oscuras, apenas iluminada por las luces que llegaban desde la calle. Di unos pasos, y en la penumbra observé a Drago que revisaba su revólver antes de acercarse al pugilista.

Entre la calma y el infierno mediaron unos minutos. Bergamon no deseaba perder tiempo y lo demostró desde el comienzo. Una ráfaga de metralleta barrió la entrada. Los vidrios de la puerta se quebraron y sus astillas cayeron hacia el interior de la casa.

Me acerqué a una de las ventanas y miré hacia afuera, reconociendo a un par de hombres que estaban amparados detrás de unos vehículos. Saqué mi pistola, apunté a las sombras y disparé. Mi disparo dio en un parabrisas y la respuesta no se hizo esperar. Unos proyectiles pasaron sobre mi cabeza. Me tiré al suelo. Caí sobre el hombro herido y por unos instantes perdí la noción de lo que ocurría. Luego los disparos se intensificaron y a la destrucción de las ventanas siguió la de las botellas ubicadas tras la barra, el espejo y un par de lámparas. Volví a mirar hacia la calle, donde una sombra se apartaba de uno de los vehículos. Drago se acercó a la ventana y disparó. El tipo se llevó sus manos a la cara y se fue de bruces. Uno de sus amigos corrió en su auxilio, hice funcionar mi pistola y no tuve suerte. El bulto se escurrió en la oscuridad y maldije mi mala puntería.

—¡Ríndanse! —gritó alguien desde afuera.

—¡La puta que los parió! —contestó Rondinoni, envalentonado.

Las metralletas reiteraron su melodía. Drago lanzó un grito y cayó de espalda a mi lado. Un proyectil había traspasado su muslo derecho. Lo arrastré hasta el mesón y lo dejé al cuidado de Matic. Enseguida, tomé su arma y se la tiré a Rondinoni, que seguía apegado a una de las ventanas. El argentino la cogió con entusiasmo y disparó varias veces hacia el exterior. Se escuchó un grito y a continuación la voz de alguien que solicitaba ayuda.

—Le di. Le di, carajo —exclamó Rondinoni.

En la parte trasera de la casa sonaron unos estampidos. Después, transcurrido un par de minutos, vimos aparecer a Vicencio en el comedor. Traía sus manos aferradas al vientre y su rostro se veía pálido. Le habían dado duro y el policía lo sabía. Rondinoni salió a su encuentro y logró sostenerlo antes que se derrumbara.

—No pude evitar que entraran —dijo con un hilo de voz.

Nada se podía hacer por Vicencio. Una ráfaga de metralla le había abierto el estómago. Le quité la pistola que aún mantenía en una de sus manos y corrí a cerrar la puerta que comunicaba el comedor con el resto de la casa. Al rato regresé junto a Vicencio y alcancé a verlo morir en los brazos del boxeador.

Calculé que a Bergamon solo le quedaba uno de sus hombres; y antes de que terminara con el juego de las matemáticas, la puerta que acababa de cerrar se estremeció con los impactos de unos proyectiles. Los vidrios cayeron al suelo, hechos pedazos. Una cabeza se asomó por el improvisado hueco y Rondinoni trató de hacer blanco en ella. De inmediato, el caño de una ametralladora apareció en la puerta y apuntó en mi dirección. El argentino se cruzó y recibió la descarga. Disparé mi arma y aguardé el resultado antes de intentar otro movimiento.

La figura de Bergamon hizo su aparición en la sala. Llevaba puesta una casaca de cuero negro y en las manos portaba una ametralladora tan negra como sus intenciones.

—¡Deje su arma en el suelo! —ordenó.

Lo vi acercarse al interruptor de la luz y de inmediato las luces que sobrevivían a la balacera iluminaron el lugar. El comedor estaba convertido en un revoltijo de muebles, vidrios rotos e impactos de balas.

Bergamon vio aparecer la cabeza de Matic y le ordenó salir desde su escondite tras el mesón.

—Nos volvemos a encontrar, Heredia —dijo, y en su rostro se dibujó una sonrisa forzada. Alzó su arma y pude ver que en la muñeca izquierda le colgaba una pulsera de oro.

Intuí su deseo de disparar y procuré ganar algo de tiempo.

—Le falta una de las figurillas —dije.

—Supe que estuvo haciendo preguntas y la verdad es que ya no importa. No necesitaré seguir con sus deducciones. El asunto termina esta noche.

—Lo pensaría un poco, Bergamon. Alguien se dará cuenta de lo sucedido. Mal que mal, todo el barrio estará pendiente de lo que pasa en esta casa.

—Me es indiferente. Todos saben cuántos puntos calza Bergamon.

—No será fácil justificar tantos cadáveres.

—Tengo amigos que creerán la historia que les cuente —contestó, encañonándome con decisión—. Usted regresará a Santiago en un cajón estrecho y de mala calidad.

Un estampido hizo vibrar las paredes. Concentré mis sentidos buscando el sitio donde debía nacer el dolor y no sentí nada. Bergamon hizo una suerte de pirueta extraña y cayó al suelo, sin prisa. Matic observaba aterrado la escena. El disparo había salido desde el mesón. Miré en su dirección y vi a Drago aferrado a una escopeta de caza.

—El austríaco de mierda tenía escondida esta reliquia bajo la barra —dijo intentando una sonrisa.

Era el fin y me acerqué a Rondinoni. Lo habían alcanzado en el pecho y no le quedaba mucho tiempo. Tomé la cabeza del gigantón entre mis manos y lo vi abrir los ojos.

—¿Ganamos? —preguntó.

—Ganamos.

—Dimos una buena pelea. ¿No es cierto?

—Es mejor que reserves tus fuerzas.

—¿Se lo dirás a la Carmelita?

—Se lo dirás tú, campeón.

—No, pibe. Ya escucho la cuenta de diez.

Cerré los ojos. No podía mentirle.

—En el camarín del gimnasio donde entreno tengo guardado mi albornoz. Buscálo... Es tuyo.

—Lo cuidaré hasta que puedas usarlo de nuevo.

—¿Te conté alguna vez mi pelea con Zambrano?

—Nunca.

Firpo Rondinoni inició su historia. Alcanzó a decir un par de palabras y sus labios se detuvieron.

—Era un buen hombre —dijo Matic.

—Todos son buenos hombres cuando ya es demasiado tarde —respondí.

Una hora después la pensión recuperó parte de su normalidad. Los cuerpos de Rondinoni, Vicencio, Bergamon y sus hombres fueron trasladados a la morgue en dos ambulancias. Drago terminó en el hospital, con una herida que, más allá del dolor del momento, no tendría consecuencias.

Tomé una botella del mesón y fui a mi pieza. Punta Arenas era una historia pasada. Lo que restaba por hacer era trabajo de Drago, y la violencia, un negocio que prefería olvidar.

Había material para los periodistas amarillos y algo que contar a la mujer de Caicheo. Estaba cansado y triste. Solo, lejos de mi hogar y de las cosas que amaba. Pensé en Rondinoni y me despedí de él con un largo trago de licor. Le debía una vida y no existía forma de pagar esa deuda. Él lo entenderá, me dije, y repetí el trago hasta sentir que mis entrañas recuperaban el equilibrio de otras horas.

Más tarde escuché unos golpes a la puerta y antes de que alcanzara a decir nada, entró Yasna. Parecía cansada, pero no me dejé engañar por las apariencias. En su boca y en su piel conservaba ese deseo que me contagiaba con solo mirarla.

—Se fueron todos y mis padres se acostaron. Están deshechos.

—¿Necesitas una disculpa para estar aquí? —pregunté.

Se aproximó a la cama y le ofrecí mis brazos. Nos besamos en silencio y enseguida le ofrecí un poco de licor. Ella bebió un sorbo y no pudo reprimir una mueca de disgusto.

—¿Por qué tantas muertes? —preguntó—. Nunca supe que pasara nada igual en esta ciudad.

—Para responder tendría que dar una larga explicación y ahora no tengo ánimo para eso.

—¿Por qué lo de Caicheo y Doris?

—Olvídate de eso por un momento. Tendrás muchos días para encontrar una respuesta.

—Tengo miedo, Heredia.

A través de la ventana comenzaba el amanecer y acallé sus preguntas con un abrazo.

Veintitrés

Ese día la paz tenía otro nombre. Se llamaba Yasna y decía estar enamorada de un forastero. La vi despertar y en silencio acaricié su rostro hasta que los ruidos de la casona nos avisaron que era el tiempo del adiós. Sentí el inconfundible dolor de las despedidas y me dije que renunciaba a un amor que me perseguiría en horas de recuerdos. En un espacio y tiempo distintos, lejos, solo, igual que esas embarcaciones que veía desde la ventana, adentrándose a un mar tan frío como el olvido.

Nos quedaban pocas horas para estar juntos y ella no lo sabía. La dejé marchar sin decirle que la pasada había sido nuestra última noche.

Más tarde me vestí, examiné la venda en mi hombro y bajé al comedor con la intención de tomar desayuno. Un viento helado se filtraba por los vidrios rotos de la casona y en el suelo sobrevivían algunos restos de los destrozos. Matic ordenaba las mesas y las sillas. En su mirada noté las huellas de una mala noche.

—¿Quién responde por todo esto? —preguntó al verme a su lado.

—Está vivo y eso es más de lo que podría haberle asegurado ayer por la noche.

—Aun así, no me resulta fácil entenderlo.

—Llevará su tiempo.

—¿Y su herida, cómo está?

—Unas horas de sueño le hicieron bien.

—¿Y ahora qué piensa hacer? —preguntó Matic, mientras pasaba un guaipe mojado sobre una de las mesas.

—Por de pronto, tomar mi desayuno —contesté y el croata se dirigió a la cocina para ordenar que me atendieran.

Al rato apareció Yasna. Traía una bandeja y, sobre ella, una taza de café, panecillos, y un plato de huevos revueltos.

—Te preparé el mejor desayuno de la casa —dijo en voz baja—. Me imagino que lo necesitas.

La besé con los ojos y nos sonreímos.

Sentí deseos de quedarme en Punta Arenas, conversar con Matic y plantearle un par de cosas con relación a su hija. Imaginé su sorpresa y tal vez su ira al intuir los paseos nocturnos de Yasna. En unas semanas aprendería los trucos del negocio, los nombres de los clientes y hasta el uso de la registradora. Luego tendríamos un hijo, o dos. Yasna engordaría como su madre y poco a poco se transformaría en el fantasma de la mujer que había amado la noche anterior. Entonces comenzaría a quedarme más tiempo con los clientes y, al igual que Matic, acabaría todas las noches con una considerable dosis de alcohol en el vientre. Tal vez fuera una buena vida, pensé.

Pero el deseo fue algo pasajero. En mi interior alguien me recordó que mi lugar estaba en Santiago y que pronto extrañaría a su gente alborotada, su esmog y su mierda organizada a gran escala. Entre sus calles estaba todo lo que amaba y lo vivido desde la primera conversación con Caicheo era parte de un pasado al que no

volvería.

Di cuenta del café, los huevos y el pan. Respiré satisfecho y enseguida me acerqué a la mesa en que Matic hojeaba el diario de esa mañana.

—¿Dice algo de lo de anoche? —le pregunté.

—Poco —dijo, mostrándome la página de las crónicas policiales.

«Policía se enfrentó a pandilla de maleantes que asaltó pensión del Barrio Prat» decía el titular, y más abajo se relataba una historia de ciencia ficción que unía a Bergamon y sus hombres con una supuesta banda de delincuentes. Nada decía de Doris Mollet. Nada de Caicheo y Castaño, ni de Vicencio o Rondinoni.

—Aquí tiene la respuesta a su pregunta de hace un rato —le dije al croata.

—¡Linda cosa! ¿Qué se creen esos tipos del diario?

—Cumplen órdenes.

—¡Carajos! —exclamó Matic y, luego de una pausa, agregó—: Olvidaba decirle que Drago lo llamó.

—¿Qué dijo?

—Que está en su oficina —contestó Matic.

Me acerqué al teléfono, marqué un número y pedí hablar con el comisario.

—Heredia —dije al reconocer la voz gruesa del policía.

—¡Al fin! ¿Cómo le va?

—Sigo mirando el mundo sin encontrar algo que me agrade. ¿Y a usted, cómo lo trata su herida?

—Duele al caminar, pero sanará.

—Acabo de leer la prensa y no hay mucha verdad en ella. ¿Qué pasó?

—Me ordenaron guardar silencio. Hablar de pandillas formadas por exagentes de seguridad no es algo adecuado a los tiempos que corren. Usted entiende, es el tema de las relaciones cívico-militares, o como le llamen los políticos. Dar velas a lo sucedido significaría poner en tela de juicio a ciertos milicos. En resumen, Heredia, mañana tengo que entregar un informe junto con mi solicitud de jubilación. La idea es tapar el asunto. Por eso, le recomiendo dar una última vuelta a la plaza y preparar las maletas.

—¿Y lo de Spolletto? —pregunté sin atender a sus palabras finales.

—Se considerará como baja en servicio. Habrá un sumario interno y nunca se dirá nada.

—Como si nada hubiese ocurrido en la ciudad.

—Usted lo dice, Heredia.

—¿Y Sebastián Suzarte? ¿No pensará dejarlo en libertad?

—Ese será mi último trabajo. Lo voy a detener e interrogar. Sin embargo, no me hago muchas ilusiones. Salvo que confiese, todas las pruebas en su contra pueden ser desestimadas. Le bastará con tener un buen abogado, y para eso, a su padre le sobra dinero.

—Su optimismo me abruma, Drago.

—Conozco mi ciudad y a mucha de su gente.

—A lo menos, Sebastián Suzarte se llevará un buen susto.

—No apueste mucho a eso —dijo Drago y, luego de una pausa, agregó—: La orden de su arresto ya está dada. Incluso, él ya está al tanto de eso.

—¿Qué motiva esa concesión? Es preferible no dar alas a ese pájaro.

—Su padre habló con mis superiores. Quiere discreción y buen trato.

—Y quizás un poco de tiempo para huir.

—Lo tengo vigilado.

—Me gustaría encontrarme con él una vez más.

—Es preferible que se mantenga lejos.

—Se lo pido como un último favor.

—Lo pasaré a buscar a la residencial —dijo Drago, sin mucho convencimiento.

Nos despedimos y regresé a la mesa que ocupaba Matic. Tenía una tarea pendiente, y para realizarla necesitaba papel, lápiz y una copa.

—Quiero una botella de coñac —dije a Matic—. También unas hojas de carta y un par de sobres. Me lo pone todo en la cuenta.

—¿Se marcha? —preguntó, sorprendido.

—Mañana tomaré un avión de regreso a Santiago.

—Lo vamos a extrañar —dijo el croata y sonó sincero.

—Quizá vuelva algún día. Hay algunas personas a las que no olvidaré fácilmente.

—Cuando lo haga, no deje de pasar a visitarnos.

—Descuide. Será el primer lugar al que acuda —contesté, al tiempo que pensaba en Yasna y en la conversación que teníamos pendiente.

Veinticuatro

Escribí dos cartas. En una explicaba lo sucedido a la viuda de Caicheo; los detalles de las pistas seguidas y lo que me pareció oportuno de entregar al tribunal que investigaba el asesinato. Si la suerte estaba de su lado, encontraría un juez dispuesto a destapar un par de inmundicias y llegar a fondo, aunque solo fuera para su tranquilidad, ya que en esas instancias donde los jueces cubren sus piernas con chales y babosean a través de sus placas dentales, lo más seguro era que todo quedara reducido a una penosa negación de justicia. Al final de la carta puse el nombre de Bergamon y relaté el asalto a la residencial de Matic. Terminé con un par de recuerdos de Severino Caicheo y mi dirección en Santiago.

La segunda carta era más breve, y estaba dirigida a la madre de Castaño. Simplemente escribí: Su hijo nunca le mintió, era inocente.

Cerré ambos sobres y los entregué a Matic para que los hiciera llegar a sus destinatarios. Luego subí al dormitorio y preparé mi maleta. Al ordenar la ropa descubrí la carta de Severino. Estaba ajada y tenía la huella de un vaso en una de sus esquinas. Tuve la sensación de que había transcurrido mucho tiempo desde que la leí mientras mataba el ocio con una larga dosis de vodka.

Abrí la ventana de la pieza y la arrojé a la calle. Durante unos segundos logré seguir su destino, pero enseguida una ráfaga de viento la tomó en sus brazos y ya no la vi más.

Me quedaban pocas cosas que hacer en Punta Arenas. Una de ellas era llamar a Augusto Mollet y darle una cuenta detallada de mi trabajo. Prefería hacerlo por teléfono y evitarme la molestia que me ocasionaba su mirada despectiva y su tono autoritario.

Bajé al comedor y pedí a Matic el teléfono.

La voz del comerciante me llegó dura y distante.

—Estoy al tanto de lo sucedido. El comisario Drago llamó esta mañana —dijo y, después de una breve pausa, agregó—: Supe lo que usted hizo y se lo agradezco.

—Solo di sentido a su dinero.

—Haré un cheque extra.

—Hágalo y envíeselo a la madre de Delfín Castaño. Con lo que me pagó antes tengo de sobra para el *whisky* de un año. Por lo demás, hay algunas cosas que no hice por dinero.

—Me sorprende, Heredia.

—A veces lo hago hasta conmigo mismo.

—Si necesita algo más, es el momento de que lo diga.

—¿Por qué sospechaba de Sebastián Suzarte?

Al otro lado de la línea se hizo un silencio largo y por unos momentos solo oí la respiración agitada de Mollet.

—Había escuchado los rumores del personal de mi restaurante —dijo finalmente

—. Sabía del interés de Sebastián por Doris. Los hice seguir por un hombre de mi confianza y averigüé de sus citas clandestinas.

—¿Citas?

—Durante un mes. Luego eso se acabó y Suzarte inició el asedio. Lo demás lo intuí.

—¿Y sobre la policía?

—El cuento del borracho asesino no era creíble. Hice algunas averiguaciones y descubrí que Amadeo Suzarte había girado un cheque a nombre de Spolletto. Pregunté por él y me dijeron que era un matoncillo amanerado y de pocas luces. El estúpido ideal para cualquier servicio detestable. Pero eso lo supe después de contratarlo a usted.

—Y ese contrato tenía sus razones...

—Suelo no dejar nada al azar en mis negocios —dijo Augusto Mollet con un tono de voz que pretendía dejar al descubierto mi ingenuidad—. No podía enfrentar directamente al viejo Suzarte. Tenemos empresas comunes y dependo de sus préstamos. Si me equivocaba tendría que dar algunas explicaciones molestas y tal vez pasar más de un momento ingrato. Además estaba Amalia. Ella...

—Seguramente lo sabía todo.

—Y nunca quiso pedir explicaciones a Sebastián. Sí, se dio tiempo para reprocharme su matrimonio con él y exigirme que resolviera el asunto. Después, y esto tal vez no debería decírselo, tuve la sensación de que se sacaba un peso de encima cuando murió Doris.

—¿Sabe que la mató Sebastián Suzarte?

—Me pidió que hiciera algo para evitar su condena.

—Cosa que no hizo.

—No todos los problemas de Amalia son de mi responsabilidad.

—Gracias —dije, sin deseos de continuar la conversación—. Eso aclara mis últimas dudas.

Lo escuché hablar un rato más y luego nos despedimos.

—¿Necesita otra copa? —oí que preguntaba Matic a mi lado.

Contemplé el espejo instalado detrás de la barra y noté el cansancio depositado en cada centímetro de mi rostro. Intenté una sonrisa y en el espejo se reflejó una mueca burlona.

—Necesito aire y todo lo que sirva para evitar un vómito.

Matic me observó sin entender. Sirvió una ración de pisco en una copa y se la bebió de un trago.

—Se está bebiendo las utilidades —dije y me alejé de la barra.

Salí de la residencial y me puse a caminar sin un rumbo fijo. Disponía de tres horas antes que Drago pasara a buscarme y decidí aprovecharlas en un recorrido por la ciudad.

En la Plaza de Armas existía un monumento en recuerdo de los indígenas extintos

con la complicidad de los colonos que lucían sus nombres en varias calles de la ciudad. Un ona gigantesco miraba hacia el Estrecho de Magallanes y uno de sus pies colgaba a la altura de las personas que se detenían a su lado. Mientras lo observaba, un niño de pocos años se acercó al pie y lo besó con entusiasmo. El dedo grueso de la escultura lucía gastado y brillante. Le pregunté al niño por el motivo de su beso y me explicó que daba buena suerte y servía para el regreso de los forasteros.

Por la suerte o el regreso, besé el dedo tres veces. Después caminé por una avenida que trepaba hacia los cerros y llegué a una explanada desde la cual se contemplaba la ciudad. Los techos rojos, las calles simétricas y el profundo azul del mar confundido con el cielo, hicieron que el tiempo perdiera su sentido. Mis pulmones se llenaron de aire puro y cuando tuve la certeza de que no olvidaría jamás ese paisaje, bajé del cerro en dirección al mar.

Anduve por calles cercanas al puerto, entré al muelle y me entretuve contemplando el movimiento de las olas. Nada podía ser más poderoso que el mar. Había vida en esas aguas interminables y se lo dije a unas embarcaciones que se perdían en el horizonte.

Un reloj instalado a la salida del muelle dio las cinco en punto de la tarde. Pensé que era oportuno regresar a la residencial, y lo hice con el tiempo justo para ver la llegada de Drago. Nos saludamos, compartimos una bebida y abordamos el auto policial que nos aguardaba frente a la casona de Matic.

—¿Qué hará ahora que lo jubilan? —pregunté al comisario cuando el auto se puso en marcha.

Miró hacia la calle antes de responder e intuí que mi pregunta lo había tomado de sorpresa. Amaba su oficio y le costaría estar alejado de su trabajo.

—Nada o todo —contestó—. Tal vez compre una caña de pescar o un buen juego de pinceles. Pescar y pintar son dos cosas que siempre he querido hacer. Ahora tendré la oportunidad de darme esos gustos.

—Usted no deseaba retirarse.

—Se lo conté el otro día, ¿no? Tengo una nieta a la que le pago sus estudios en la universidad. Además, a nadie le gusta salir de circulación. Jubilar aproxima la muerte, y eso duele.

—Si reclama podrían reconsiderar la medida.

—No, Heredia. La jubilación es inevitable. Mi código se ha hecho viejo y no calza con las jefaturas de hoy.

—Yo no diría eso.

—No preciso consuelo, Heredia. Sé lo que me espera en las próximas semanas. Un galvano de tres chauchas y una buena patada en el culo.

Nos quedamos en silencio hasta que el auto policial se detuvo frente a la casa de Amadeo Suzarte.

—Pensaba que iríamos a la casa de Sebastián —dije.

—Quiso que la detención fuera en la residencia de su padre.

—¿Otra concesión, o el dinero huele mejor en ese palacio?

—Bájese, Heredia, y terminemos el asunto de una vez por todas —respondió Drago.

Un hombre vestido de gris se acercó a Drago en la entrada de la casa y le dijo algo al oído.

—Sebastián Suzarte está en la biblioteca —me informó Drago—. Está vigilado por mis hombres.

—¿Y el viejo?

—En su despacho. Pidió que actuáramos rápido y no se le molestara.

Caminamos hasta la biblioteca, cuyas paredes se veían tapizadas de libros empastados y retratos de personajes de otras épocas. En un sillón estaba sentado Sebastián Suzarte y desde una butaca próxima, su esposa lo observaba como tratando de entender a ese hombre que formaba parte de su vida.

Suzarte se puso de pie. Intentó un saludo, como si hubiéramos estado al inicio de una reunión social, pero se dio cuenta de su error y solo dio unos pasos sin destino. Lucía demacrado y sus manos temblaban levemente. No quedaba nada del hombre autosuficiente de nuestra primera entrevista.

—Ya es la hora, Suzarte —dijo Drago.

Suzarte asintió con la cabeza y permitió que un policía lo esposara. Drago caminó a su encuentro, y en ese mismo momento la biblioteca se llenó con los gritos estridentes de Amalia Mollet.

—La amabas —gritó la mujer a Suzarte—. La amabas y ella te rechazó.

—Poseía todo lo que tú nunca me has dado —contestó con desprecio, Suzarte.

Amalia Mollet acalló su llanto y se alejó hasta un rincón de la biblioteca. La seguí con la mirada y no sentí nada especial por ella.

—Tendrán muchas oportunidades para conversar —les dijo Drago. Enseguida, ordenó a sus subordinados que se llevaran al detenido.

Los ayudantes de Drago alcanzaron a dar un par de pasos en dirección al asesino. Una detonación se multiplicó en la sala y Sebastián Suzarte miró incrédulo a la mujer que empuñaba la pistola. Me abalancé sobre la mujer para evitar otros disparos. Amalia Mollet no opuso resistencia y dejó caer el arma. Suzarte quedó tendido sobre el piso alfombrado de la biblioteca. Una mancha roja a la altura del pecho se abrió paso a través de su camisa. Drago se inclinó para auscultarlo.

—¡Una ambulancia! —ordenó a sus hombres.

Todo había sido demasiado rápido e imprevisto. Drago dio instrucciones de sacar a la mujer de la biblioteca y enseguida se dejó caer sobre el sillón que ocupaba minutos atrás Sebastián Suzarte. Le ofrecí un cigarrillo y encendí otro para mí.

—¿Cree que sobreviva? —pregunté, mientras observaba a los personajes de los cuadros colgados en las paredes.

—La herida parecía leve.

—Entonces, tendrá toda una vida para lamentarse.

—Quién sabe, Heredia. Quizás era lo que necesitaba...

—En cuanto a mí —interrumpí—, necesito llegar al bar más cercano.

Veinticinco

Regresé a la pensión de amanecida. Nevaba y había caminado un par de horas observando cómo todo a mi alrededor adquiriría una suavidad blanca y uniforme. Mis hombros estaban cargados de nieve, al igual que mis cabellos y cejas. El efecto de cuatro copas bebidas en un clandestino próximo al puerto se había esfumado entre las calles de Punta Arenas, mientras pensaba en Severino Caicheo y su muerte, entroncada con un pasado que se resistía al olvido, a esa vuelta de página que promovían los diarios para beneplácito de aquellos que ocultaban una sombra en sus conciencias. Tal vez, en algunos meses más, un juez daría una versión real del asalto que le interesaba desenmascarar a Caicheo. Una verdad que no asombraría a nadie y terminaría por encubrirse con el nombre de Bergamon.

El resto de lo sucedido había sido producto de la casualidad. Doris Mollet y Suzarte nada significaban para mí. Los recordaría cada vez menos, como una más de esas muertes que me tocaba conocer desde que instalé la oficina de investigaciones.

En mi habitación encontré una nota de Matic con la cuenta del alojamiento y una carta de Yasna. No lloraba ni pedía nada. Su amor se resumía en seis líneas apretadas que me hicieron pensar en ir a su pieza y repetir nuestros encuentros de las últimas noches.

Pero fue un impulso pasajero. Su carta no cambiaba mis sentimientos y en Santiago me aguardaban Simenon, mis bares favoritos y esos trabajos insignificantes que me permitían seguir en la huella con más resignación que entusiasmo. No era gran cosa, solo mi vida y la posibilidad de respirar el aire que necesitaba a diario.

Dejé sobre la cama los billetes que cancelaban la deuda con Matic y cogí la maleta, consciente de que daba inicio a una huida. Miré por última vez la habitación y bajé al comedor. Matic aún no se levantaba y en el lugar sobrevivía un pesado olor a vino y comida recalentada.

Salí de la pensión y caminé diez o quince pasos sin volver la vista atrás. Luego me detuve, observé la casona y desde lejos le hice un gesto de adiós. La mañana estaba fría y las veredas estaban cubiertas de nieve. Encendí un cigarrillo y, acompañado de su pequeña y tibia ternura, esperé a que pasara un taxi.

Llegué al aeropuerto con dos horas de anticipación a mi vuelo. Sus pasillos estaban despejados y unos pocos operarios trasladaban algunas cajas. Pregunté dónde podía beber un café y subí al casino ubicado en el segundo nivel del edificio.

Pedí la bebida a una muchacha soñolienta y ocupé una mesa que conservaba sobre su cubierta los restos de un pastel y *La Prensa Austral* del día anterior.

Más tarde, cuando escuché el llamado a los pasajeros, pagué la cuenta y salí del casino.

Entonces la vi llegar a mi lado. Llevaba la cabellera suelta y un vestido claro que cubría con un grueso chaquetón de cotelé.

—Llegué a creer que te quedarías —dijo, después de un beso tan frío como la

mañana.

—Jamás lo dije. Y no son las ganas ni eres tú. Solo que esta ciudad no es mi lugar.

—Puedo viajar contigo.

—Sufrirías lejos de Punta Arenas.

Yasna bajó la mirada y vi las lágrimas que comenzaban a recorrer sus mejillas. La besé y bebí sus lágrimas hasta que la sentí más tranquila. En los parlantes sonó el nuevo llamado a los pasajeros. Se hacía tarde y era tiempo de partir.

—¿Escribirás alguna vez? —preguntó.

Miré hacia la loza del aeropuerto y no dije nada.

—Dime algo —susurró.

La aparté de mi lado y la miré por última vez a los ojos.

—Mi madre tenía razón. Una vez hablábamos de hombres y ella me advirtió que nunca debía enamorarme de un forastero.

—Sí, nunca enamores a un forastero.

Tomé la maleta y sin volver la vista atrás caminé hacia el avión. Punta Arenas comenzó a ser un recuerdo. Nevaba y Santiago aún estaba muy lejos.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.